

HAY AUSENCIAS QUE DEJAN HUELLA.
OTRAS DEJAN LUZ.

9N

9 NORTE

NARRATIVAS QUE BUSCAN VERDAD

3J



EL DÍA DEL CAFÉ PERDIDO

UNA NOVELA SOBRE AMOR, AUSENCIA
Y LOS REGALOS QUE NO SE OLVIDAN



IVÁN CARBONERO MENDÍA



HAY AUSENCIAS QUE DEJAN HUELLA. OTRAS DEJAN LUZ.



Clara y Gabriel compartieron una vida tejida de silencios,
miradas y pequeños regalos que solo ellos entendían.

Junto a 3J, su compañero fiel, construyeron un mundo
propio en Valderia: paseos sin rumbo, cafés sin prisa
y una forma única de decir “te quiero” sin palabras.

Cuando 3J ya no está, nada vuelve a ser igual.
Pero su ausencia se convierte en presencia,
y cada recuerdo en un mensaje que les enseña a seguir.

Una novela sobre el amor que no desaparece,
los regalos que dejan huella y los días que cambian
para siempre el sentido de nuestra vida.



CAFÉ PERDIDO:
un símbolo.



3J:
una luz.



VALDERIA:
un hogar.

*A veces el amor no se elige.
Te elige.*



9N

9 NORTE

NARRATIVAS QUE BUSCAN VERDAD



9 788412 561371

3J

**EL DÍA DEL CAFÉ
PERDIDO**

Iván Carbonero Mendía

© Iván Carbonero Mendía, 2026
Primera edición: junio de 2026
ISBN: 978-84-125613-7-1
Depósito Legal: LR 870-2026
Edita: PS09 S.L.
Sello editorial: 9NORTE
Reservados todos los derechos.

*A quienes descubrieron demasiado tarde
que algunas historias nunca se rompen del todo.*

*Solo aprenden a esconderse
entre silencios, ciudades, fotografías
y cafés pendientes.*

*A quienes alguna vez compartieron el camino
con perros imposibles,
miradas orgullosas
y abrazos que parecían durar para siempre.*

*Y, especialmente,
a quienes todavía sonrían
al escuchar ciertos nombres:
Blus, Kika y Centurión.*

*Porque el tiempo,
la soledad
y el silencio
también sirven para comprender
que un café de 1,50 €
puede terminar siendo lo más importante de una vida.*

Para Beatriz:

A veces la vida complica los finales
más de lo que merecen los recuerdos.
Por eso he querido que en este libro
quedara intacto algo que sí fue verdad:
el reconocimiento a tu trabajo,
a tu capacidad para sostener, ordenar
y acompañar cuando más hacía falta.

La ficción cambia nombres y escenas,
pero no siempre cambia lo esencial.

Y lo esencial aquí es esto:
mi respeto por tu labor y la gratitud
por lo valioso que también existió.

Ojalá recibas este ejemplar como
un gesto sereno de paz y reconocimiento.

Con respeto,
Iván Carbonero Mendiá



“Quiero hacerte un regalo...”

El regalo más grande - Tiziano Ferro y Amaia Montero



“Yo solo quiero darte un beso...”

Darte un beso - Prince Royce



“Confieso que me haces tanta falta...”

Confieso - Kany García



“¿Quién te quiere como yo?”

Quién te quiere como yo - Carlos Baute



“Un último baile...”

El último baile - Marlena

“Si vis amari, ama.”

Séneca



“Omnia vincit amor.”

Virgilio



“Hoy es siempre todavía.”

Antonio Machado



“El amor no mira con los ojos, sino con el alma.”

William Shakespeare



*“El recuerdo es el único paraíso del que no podemos
ser expulsados.”*

Jean Paul Richter



“Fuerte es el amor como la muerte.”

Cantar de los Cantares 8:6

NOTA DE AUTOR

Esta novela es una obra de ficción inspirada en hechos reales.

Sus personajes, lugares, empresas, asociaciones, conversaciones y situaciones han sido transformados literariamente. Algunos hechos parten de vivencias, recuerdos, emociones y episodios reales; otros han sido modificados, condensados, desplazados en el tiempo o recreados con finalidad narrativa.

Gabriel y Clara no pretenden ser un retrato documental de personas concretas, sino dos personajes de ficción contruidos a partir de una historia emocional, de sus luces, sus heridas, sus silencios y sus contradicciones.

Cualquier parecido con personas, entidades o situaciones reales debe entenderse dentro de ese proceso de transformación literaria.

Esta historia no busca ajustar cuentas, sino dar forma narrativa a una memoria: la de aquello que se quiso, se perdió, se recordó y, de algún modo, siguió esperando un café.

ÍNDICE

Prólogo - El café	19
PARTE I - ANTES DEL INCENDIO	23
Capítulo 1 - El Opel Kadett.....	25
Capítulo 2 - El Parque de Valdelago	29
Capítulo 3 - El Paréntesis	37
Capítulo 4 - Gabriel Armentia Salazar	41
PARTE II - VALDERÍA NO OLVIDA	47
Capítulo 5 - La ciudad de las esquinas.....	49
Capítulo 6 - Clara Valcárcel Montero	53
Capítulo 7 - Antes de los besos	57
Capítulo 8 - El Pato Borracho	61
Capítulo 9 - Elena Ugarte en Lantavia	65
Capítulo 10 - La entrevista.....	69
Capítulo 11 - Natalia Ordóñez.....	73
Capítulo 12 - La Agencia de los Días Señalados	79
Capítulo 13 - El ramo sin tarjeta	83
Capítulo 14 - El fax.....	85
Capítulo 15 - El solitario	89
Capítulo 16 - El reloj del aeropuerto.....	93
Capítulo 17 - Lua, Lagun, Iru y Perla	95
Capítulo 18 - Blus	99
Capítulo 19 - El día de la Comunidad	103
Capítulo 20 - La cuadratura del círculo.....	139
Capítulo 21 - La mujer que brilló.....	147
Capítulo 22 - La última persona.....	151
Capítulo 23 - Centurión.....	155

Capítulo 24 - La noche sin dormir	167
Capítulo 25 - La vida que parecía una tregua	171
Capítulo 26 - La canción y la puerta	175
Capítulo 27 - Kika	179
Capítulo 28 - El malo y el salvador.....	183
Capítulo 29 - La relación operativa.....	187
Capítulo 30 - Una caja dentro de otra caja	191
Capítulo 31 - La campaña invisible	195
Capítulo 32 - La calle que siempre volvía	197
Capítulo 33 - El expediente.....	201
Capítulo 34 - La canina	205
Capítulo 35 - El padre	209
PARTE III - EL INCENDIO DE 2025	213
Capítulo 36 - Los regalos que no se cobran	215
Capítulo 37 - Enero todavía parecía enero.....	219
Capítulo 38 - San Valentín en dos escaparates.....	223
Capítulo 39 - El encargo de las nueve.....	227
Capítulo 40 - Donde está Clara	231
Capítulo 41 - Seis perros	235
Capítulo 42 - La avería.....	239
Capítulo 43 - Las luces de Navidad	241
Capítulo 44 - El teléfono de Bruno	243
Capítulo 45 - La palabra sola	245
Capítulo 46 - Antes del incendio.....	247
Capítulo 47 - El nombre de Valeria.....	249
Capítulo 48 - Bruno Ledesma	253
Capítulo 49 - Valdería con Laura	257
Capítulo 50 - El mismo mimo	261
Capítulo 51 - El 3J.....	265
Capítulo 52 - El dieciséis de junio	279

Capítulo 53 - La llamada de dos horas.....	287
Capítulo 54 - Dos mujeres al teléfono.....	291
Capítulo 55 - El cumpleaños de Gabriel	299
Capítulo 56 - Hay otras urgencias	301
Capítulo 57 - Que dejes de hablarme de ella.....	303
Capítulo 58 - Bloqueado	305
Capítulo 59 - UMI	309
Capítulo 60 - La vuelta.....	321
Capítulo 61 - Nochebuena.....	323
Capítulo 62 - El silencio total.....	327
PARTE IV - LA CAMPAÑA DEL CAFÉ PERDIDO	335
Capítulo 63 - Nevada	337
Capítulo 64 - El hombre que fabricaba escenas	349
Capítulo 65 - Gerberas naranjas	367
Capítulo 66 - El preestreno	371
Capítulo 67 - El videobook	375
Capítulo 68 - Para quienes nunca dejaron de acompañarte.....	379
Capítulo 69 - El padre	383
Capítulo 70 - Un café	387
Epílogo - 3/J/26 - Un año después	391
Sobre el autor	399

PRÓLOGO

El café

El 3 de junio de 2025, Clara Valcárcel Montero tomó café sola.

Aquello, dicho así, no parecía gran cosa. Una mujer en una cafetería, una taza sobre una mesa, una cucharilla dando vueltas dentro de un líquido demasiado caliente, una mañana de cumpleaños en una ciudad que seguía funcionando como si nada.

Valdería abría sus persianas con la indiferencia exacta de las ciudades que han visto pasar demasiadas historias como para detenerse ante una más. Los autobuses frenaban en seco en las paradas, los repartidores dejaban furgonetas en doble fila, los bares sacaban las primeras sillas de terraza, los funcionarios cruzaban deprisa hacia los edificios públicos y los escaparates del centro fingían optimismo bajo una luz que todavía no era de verano, pero ya amenazaba.

Clara cumplía años.

No una edad redonda. No una de esas cifras que obligan a celebrar ni a fingir que se está feliz por seguir

cumpliendo. Pero era su cumpleaños. Y eso, en el idioma secreto de Clara, significaba algo.

Gabriel Armentia Salazar tardaría demasiado en entenderlo.

Al principio pensó que Clara exageraba. Que había convertido un café en una acusación. Que le echaba encima una ausencia como si él no hubiera estado ausente porque ella misma le había dicho que no fuera.

—No vengas.

—No hay café.

—No aparezcas.

Gabriel había obedecido. O eso quiso creer.

No fue a Maison Canis, la boutique insignia de Clara, donde los escaparates olían a colonia para perros caros, a cuero nuevo y a ambición bien iluminada. No entró, no llevó flores, no se plantó delante de ella con un paquete envuelto, no hizo una de esas escenas que antes habían sido su forma de decir: estoy aquí.

Pero sí pasó cerca. Demasiado cerca para poder llamarlo ausencia. Demasiado lejos para poder llamarlo presencia.

Clara, en cambio, sí fue. Había salido de la tienda con un encargo preparado a primera hora: una caja rígida de Maison Canis, cinta beige, etiqueta negra, perfume de perro envuelto en papel de seda, un arnés italiano de talla

pequeña y varios sobres para documentación de franquicia. Tenía que dejar parte del material en un punto de paquetería y pasar después por una oficina de envíos para resolver una incidencia con dos pedidos que llevaban días bloqueados.

No era una entrega heroica. No era una misión imposible. Era una de esas gestiones pequeñas que sostienen el comercio sin aparecer en ningún titular.

En otra versión de la mañana, Gabriel habría ido con ella. Habrían cargado la caja juntos. Él habría protestado por el peso. Ella le habría dicho que no exagerase. Él habría hecho algún comentario absurdo sobre el mensajero, sobre la etiqueta, sobre la forma de empaquetar, sobre la vida, sobre cualquier cosa. Después habrían tomado café.

Pero Clara hizo la gestión sola. Y después tomó café sola.

Un café de un euro cincuenta.

Más tarde lo repetiría con rabia, como si la cifra fuera ridícula y sagrada al mismo tiempo.

No era el dinero. Clara podía aceptar un regalo caro sin pedirlo y despreciar una disculpa brillante sin pestañear. Había llevado joyas, relojes, perfumes y perros de raza en brazos con esa mezcla suya de orgullo y pudor. Pero aquel día no necesitaba nada de eso.

No quería un diamante. No quería una campaña. No quería una limusina, ni una habitación con gerberas naranjas, ni un cachorro envuelto en una manta.

Quería un café.

Quería que Gabriel, el hombre que había encontrado hoteles imposibles, camerinos cerrados y puertas que nadie sabía abrir, hubiera sido capaz de leer lo más sencillo.

Que aquel día tenía que estar.

Gabriel había fabricado escenas para media Valdería. Había llenado calles, convencido periodistas, movido concejales, rescatado comercios hundidos con campañas que parecían una locura y había hecho brillar a Clara delante de todo el mundo.

Pero el 3 de junio de 2025 falló en lo único que no necesitaba presupuesto.

Una silla enfrente.

Clara tomó café sola. Y aquel café, perdido en una mañana cualquiera, terminó pesando más que muchos regalos.

PRIMERA PARTE Valdería no olvida

PARTE I

Antes del incendio

CAPÍTULO 1

El Opel Kadett

Antes de que Clara Valcárcel Montero se llamara Clara para Gabriel, antes de que existieran Maison Canis, las franquicias, los perros de exposición, las gerberas naranjas, los hoteles imposibles, los mensajes largos y el café perdido, hubo un coche.

Un Opel Kadett negro.

Negro de verdad, no el color impreciso con que la memoria lava algunos coches antiguos. Negro con ese brillo de los vehículos que en los noventa parecían tener más carácter del que la ficha técnica podía explicar; negro como una pequeña declaración de juventud, gasolina y prisa.

Gabriel Armentia Salazar tendría que haber empezado la historia por otro sitio. Por Valdería Viva, por las reuniones de comercio, por la entrevista de radio, por aquel beso junto al coche en el que Clara dijo “joder, joder, joder” como si acabara de comprobar que una puerta cerrada seguía abierta. Pero las historias verdaderas rara vez empiezan donde uno cree.

La suya empezó mucho antes.

En los recreos. En las salidas del instituto. En los bordillos llenos de chavales con carpetas, mochilas mal cerradas, bocadillos envueltos en papel de aluminio y esa seguridad absurda de quien todavía no sabe que la vida va a terminar pidiendo cuentas.

Clara, que entonces no era todavía Clara Valcárcel Montero, ni directora de expansión, ni mujer de personalidad importante, ni dueña de una manera de entrar en las habitaciones que obligaba al aire a apartarse, conducía aquel Opel Kadett con una naturalidad que a Gabriel le parecía impropia de su edad.

Venía con una amiga. Venían a buscar a Óscar, un amigo de Gabriel. Óscar salía con esa mezcla de orgullo y vergüenza que tienen los chicos cuando una chica con coche aparece a buscarlos delante de los demás. Gabriel miraba desde cerca, sin pertenecer del todo a la escena, pero tampoco fuera de ella.

—Ahí vienen —decía alguien.

Y todos sabían a quién se refería.

Clara abría la ventanilla.

—Venga, sube, que no tengo todo el día.

Óscar protestaba.

—Ya voy, ya voy.

Sonia reía.

Gabriel observaba.

No sabía entonces que una vida puede estar pasando por delante sin pedir permiso. No sabía que aquella chica del Kadett reaparecería años después convertida en una mujer capaz de moverle el suelo. No sabía que un día él diseñaría campañas para hacerla brillar, que le compraría perros, que llamaría a su padre, que esperaría audios, que escribiría cartas imposibles, que sufriría su silencio como se sufre una amputación.

No sabía nada.

Y quizá por eso aquella escena conserva todavía una pureza extraña.

Clara no esperaba nada de Gabriel. Gabriel no quería nada de Clara. Valdería no había empezado a colocarlos uno frente al otro.

Eran jóvenes. La vida aún no había usado sus mejores trampas.

A veces, al recordarlo, Gabriel pensaba que en aquel Opel Kadett ya estaba todo: la velocidad de Clara, su forma de llegar sin pedir permiso, la impaciencia, la energía, el deseo de moverse, de llevar a otros, de decidir cuándo se arrancaba y cuándo se cerraba la puerta.

También estaba él, mirando.

Siempre mirando un poco antes de entender.

El Kadett arrancaba. Los chavales volvían al ruido del patio. La tarde seguía.

Y Gabriel, sin saberlo, acababa de ver pasar una parte de su destino con la ventanilla bajada.

CAPÍTULO 2

El Parque de Valdelago

Los domingos por la mañana, Valdería parecía otra ciudad.

No mejor. No más hermosa. Solo más lenta.

Las tiendas cerradas dejaban de competir por la atención de nadie, los bares abrían con la pereza de quien sabe que el primer café del día no necesita convencer, las familias caminaban sin prisa, los jubilados ocupaban bancos como si hubieran sido asignados por decreto y el Parque de Valdelago recogía a todos los que querían fingir durante una hora que la ciudad no tenía deudas, ni rumores, ni política, ni calles comerciales en guerra.

Valdelago era el pulmón sentimental de Valdería. Tenía un lago irregular, más bonito en la memoria que en las fotos, rodeado de caminos de tierra, álamos, zonas de sombra, patos demasiado acostumbrados al pan y una pequeña explanada donde los niños aprendían a caerse de la bicicleta con dignidad.

Gabriel iba allí con Elena Ugarte. Entonces todavía estaba con Elena. Todavía podía decir “mi novia” sin sentir que la palabra se le quedaba antigua en la boca. Caminaban

los domingos por Valdelago como caminan las parejas que ya han hablado de casarse, aunque una parte de ellas todavía no haya aceptado todo lo que esa promesa implica.

Elena era docente, inteligente, tranquila de una manera que a veces parecía distancia. Gabriel la quería, o había aprendido a quererla dentro de la vida que habían construido. Pero algo en él ya empezaba a moverse con incomodidad, como una silla mal colocada.

Aquellos paseos tenían rutina. Café antes o después. Una vuelta al lago. Comentarios sobre conocidos. Silencios que todavía no eran graves.

Y, muchas mañanas, Clara.

A lomos de un caballo.

Gabriel la veía aparecer por uno de los caminos laterales, erguida, con el cuerpo acompasado al paso del animal, el pelo recogido de cualquier manera y esa expresión de concentración que no era dureza, pero se le parecía.

Clara adoraba aquel caballo. Lo quería con una pasión limpia, casi feroz, de esas que no necesitan explicación porque pertenecen a una etapa de la vida donde amar a un animal todavía no tiene la carga de las pérdidas futuras.

—Mira, ahí va Clara —decía Gabriel alguna vez.

Elena miraba apenas.

—¿La conoces?

—De hace años. Venía con una amiga a buscar a Óscar al instituto.

—Ah.

Nada más.

Elena no preguntaba demasiado. Quizá porque no le interesaba. Quizá porque confiaba. Quizá porque una parte de ella ya sabía que hay nombres que no conviene alimentar.

Clara pasaba a caballo, levantaba una mano si los veía, saludaba con un gesto rápido.

—¡Gabriel!

—¡Clara!

Y seguía.

No había nada. Ese es el detalle que más inquietaba a Gabriel cuando lo recordaba años después.

No había nada.

Ni una promesa. Ni un deseo formulado. Ni una mirada demasiado larga. Ni una conversación secreta. Solo una mujer joven sobre un caballo, un hombre joven caminando con otra mujer, un lago, un domingo, una ciudad pequeña guardando escenas para usarlas años después.

Porque Valdería no olvida.

La ciudad guardaba lo que uno no sabía que estaba viviendo.

Guardó el Kadett. Guardó el caballo. Guardó el lago. Guardó el saludo.

Y muchos años después, cuando Gabriel ya no pudiera caminar por ningún recuerdo sin encontrar a Clara en alguna esquina, el Parque de Valdelago volvería como una prueba de que ella había estado allí desde antes.

No como destino.

Como presencia.

Y a veces las presencias son más peligrosas que los destinos.

Aquella mañana de Valdelago volvió muchas veces a la memoria de Gabriel con una nitidez injusta.

No era la más importante. No había besos, ni promesas, ni una frase que pudiera subrayarse después como prueba de nada. Pero algunas escenas se quedan no por lo que ocurre en ellas, sino por lo que todavía no ha ocurrido.

Elena caminaba a su lado con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. Hacía frío de domingo, de ese que no parece grave hasta que una nube tapa el sol. El lago tenía una película de luz gris y los patos se acercaban a la orilla esperando pan, convencidos de que todos los humanos llevaban algo para ellos.

—Te has quedado callado —dijo Elena.

Gabriel tardó un segundo en contestar.

—No. Estoy mirando.

—Eso haces siempre.

Lo dijo sin reproche. O con un reproche tan antiguo que ya ni siquiera necesitaba fuerza.

Gabriel sonrió y siguió andando.

Entonces apareció Clara por el camino lateral, a caballo, con una chaqueta oscura y el pelo recogido de cualquier manera. No iba elegante en el sentido convencional. No hacía falta. Clara tenía esa clase de presencia que convertía incluso una ropa práctica en declaración de carácter. Llevaba el cuerpo erguido, las manos firmes, los ojos atentos al camino y una seguridad física que a Gabriel le pareció, durante un instante, una forma de libertad.

El caballo avanzaba al paso. Clara no tenía prisa. Eso también era raro en ella.

—Ahí está otra vez —dijo Elena.

Gabriel giró la cabeza demasiado rápido.

—¿Quién?

Elena lo miró de lado.

—Gabriel.

Solo dijo su nombre. A veces no hace falta más.

Clara los vio y levantó una mano.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días! —respondió Gabriel.

Elena también saludó, más baja, más educada.

Clara pasó cerca. El caballo dejó sobre la tierra húmeda un sonido lento, hueco, casi ceremonial. Durante unos segundos estuvieron en el mismo punto del camino: Elena y Gabriel a pie, Clara elevada sobre aquel animal que parecía obedecerla y desafiarla a la vez, el lago detrás, el domingo detenido.

—Qué frío hace —dijo Clara.

—Eso te pasa por venir a lucirte —contestó Gabriel.

Ella lo miró con una sonrisa rápida.

—Yo no me luzco. Yo entreno.

—Ya.

—¿Ya qué?

—Nada. Que hay gente que entrena y gente que aprovecha para que todo el parque la mire.

Clara soltó una carcajada breve, luminosa, sin protección. Años después Gabriel la recordaría mejor que muchas conversaciones serias.

—Tú siempre igual —dijo ella.

—Todavía no sabes cuánto.

La frase salió como una broma. Nadie la recogió. Nadie podía saber entonces que dentro llevaba una profecía.

Clara siguió su camino.

Gabriel la vio alejarse.

No demasiado. Lo justo.

Elena también lo vio.

—Te cae bien —dijo.

—¿Clara?

—No. El caballo.

Gabriel se rio.

—Sí. Me cae bien.

—Ella también.

La frase quedó entre ellos con una suavidad peligrosa. Gabriel pudo negarlo. Hacer una broma. Cambiar de tema. Lo hizo todo a la vez.

—Es de hace muchos años. La conozco de vista, de salir, de amigos comunes.

—Ya.

La misma palabra. Otro significado.

Siguieron caminando.

Gabriel no volvió a mirar hacia atrás, pero supo exactamente en qué momento Clara desapareció tras la curva de los álamos. Hay miradas que uno no hace con los ojos.

Aquella tarde comieron en casa de los padres de Elena. Se habló de trabajo, de una boda cercana, de una prima

embarazada, de reformas, de dinero, de una hipoteca. Gabriel contestó cuando correspondía. Sonrió. Hizo comentarios. Pareció estar.

Pero por alguna razón absurda, al volver a Valdería, cuando pasaron cerca de Valdelago, pensó en Clara sobre el caballo.

No pensó en deseo.

No todavía.

Pensó en movimiento.

En alguien que avanzaba sin pedir permiso al camino.

Y quizá eso fue lo primero que Clara representó para él: no una mujer, sino una dirección distinta.

Mucho después, cuando todo estuviera contaminado por cartas, perros, hospitales, reproches y cafés perdidos, Gabriel volvería a esa mañana con una nostalgia casi limpia.

Porque allí no había culpa.

No había deudas.

No había regalos.

No había promesas.

Solo una mujer joven a caballo, un hombre que aún no sabía mirar sin guardar, y un lago fingiendo que la vida podía permanecer quieta un domingo entero.

CAPÍTULO 3

El Paréntesis

En los años noventa, el casco antiguo de Valdería era un animal nocturno.

De día parecía piedra, comercio, persianas, iglesias, turistas despistados y vecinos cargando bolsas. De noche respiraba de otra manera. Las calles estrechas devolvían música, humo, risas, vasos de plástico, chaquetas de cuero, grupos que se deshacían y se recomponían en cada esquina, portales convertidos en refugio y bares con nombres que solo tenían sentido a partir de la una de la mañana.

Uno de ellos era El Paréntesis.

Clara trabajaba allí de camarera.

A Gabriel le parecía un nombre perfecto para un bar de copas: un lugar entre dos partes de la vida, un espacio donde nadie era exactamente quien decía ser durante el día. En El Paréntesis se entraba para suspender algo. La rutina, la familia, los estudios, el trabajo, la pareja, la prudencia.

Gabriel salía entonces con Elena Ugarte. Clara estaba con Darío, hijo de un empresario fuerte de Valdería, de

esos apellidos que no necesitaban presentación porque la ciudad ya los pronunciaba con tono de reverencia o resentimiento, según quién hablara.

Los fines de semana, Gabriel y Elena pasaban por las calles del casco antiguo. Difícil era la noche en que no veían a Clara detrás de la barra o entrando y saliendo con esa rapidez de quienes aprenden a esquivar manos, voces, pedidos mal dichos, borrachos simpáticos, borrachos menos simpáticos y hombres que confunden una sonrisa profesional con una invitación.

Clara no sonreía gratis.

Esa fue una de las primeras cosas que Gabriel entendió de ella.

Podía ser amable, podía bromear, podía contestar con rapidez, pero había en su forma de estar detrás de la barra un límite muy claro. Quien lo cruzaba, lo notaba enseguida.

—¿Qué vais a tomar? —preguntaba.

—Lo de siempre —decía alguien.

—Lo de siempre no existe. Hoy tengo mucho lío. Hablad claro.

Gabriel se reía.

—Siempre tan simpática, Clara.

Ella lo miraba.

—Y tú siempre tan gracioso.

Elena pedía. Darío aparecía a veces, apoyado en un extremo de la barra, con esa seguridad de los hombres que han crecido creyendo que el mundo, si no es suyo, al menos les debe una explicación. Clara iba y venía. Trabajaba. Mandaba. Contestaba. No parecía pertenecer del todo a nadie.

Gabriel no pensaba en ella al volver a casa.

O eso creía.

Pero la recordaba.

Recordaba el modo en que se giraba cuando alguien decía su nombre. La forma en que colocaba las botellas. El gesto con el que apartaba un vaso vacío. La velocidad. La impaciencia. La claridad.

Clara decía las cosas. Desde joven. A veces demasiado. Ya entonces tenía esa manera de lanzar una verdad sin envolverla, como quien cree que la sinceridad disculpa el golpe.

—Yo soy muy clara —diría años después.

Y Gabriel pensaría: sí, Clara. Lo eres.

Pero a veces confundes claridad con incendio.

En El Paréntesis todavía no había incendios entre ellos.

Solo chispas sueltas.

Y nadie mira demasiado una chispa cuando la noche
está llena de humo.

CAPÍTULO 4

Gabriel Armentia Salazar

Gabriel Armentia Salazar conocía Valdería como los tramoyistas conocen un teatro vacío.

Sabía qué camarero servía los cafés demasiado calientes. Qué imprenta trabajaba mejor cuando había prisa. Qué periodista podía guardar silencio y cuál necesitaba contarle todo. Qué comerciante pagaba tarde. Qué empresario fingía seguridad mientras debía dinero hasta a los fantasmas. Qué veterinario abría la clínica un domingo por la noche si un perro empeoraba. Qué rotulista aún colocaba vinilos bajo la lluvia. Qué chófer aceptaba un encargo imposible si Gabriel llamaba personalmente.

Había aprendido la ciudad desde dentro.

No desde los mapas.

Desde las urgencias.

Desde los favores.

Desde las campañas.

Desde las madrugadas.

Desde las llamadas que empezaban con un «necesito que me hagas un favor» y terminaban doce horas después con alguien llorando, abrazando a otra persona, inaugurando algo, brindando, sonriendo para una fotografía o creyendo que la vida, durante unos minutos, encajaba perfectamente.

Gabriel llevaba demasiados años provocando pequeñas coreografías invisibles.

A veces pensaba que no sabía vivir de otra manera.

Mientras otros recordaban fechas, él recordaba escenas.

La forma exacta en que alguien había mirado una caja antes de abrirla. La expresión de sorpresa de Clara al encontrar flores en una habitación de hotel sin entender cómo demonios él había averiguado dónde estaba. El ruido del papel al envolver un ramo. La luz de una cafetería a las ocho y cuarto de la mañana de invierno. La voz cansada de Natalia Ordóñez diciéndole que no descansaba nunca.

No descansaba.

Pero tampoco sabía parar.

Gabriel tenía una virtud peligrosa: era capaz de convertir detalles mínimos en acontecimientos enormes.

Y durante muchos años eso hizo felices a muchas personas.

O eso quería creer.

Porque la realidad era más compleja. Había gente que adoraba aquella intensidad y gente que terminaba agotada dentro de ella. Gabriel no regalaba objetos. Regalaba escenas. No le interesaba entregar un perfume; le interesaba el instante exacto en que Clara abría una caja y tardaba dos segundos en comprender lo que había dentro.

No le importaba tanto un reloj como el momento en que ella descubría que él había desaparecido fingiendo ir al baño y volvía con una bolsa escondida detrás de la espalda. No le importaban las flores. Le importaba la historia que quedaba pegada a ellas.

Por eso recordaba más el fax enviado a un hotel que el contenido del mensaje. Más la búsqueda del destino que las palabras. Más la reacción que el regalo. Como si toda su vida hubiese consistido en fabricar recuerdos antes de que existieran.

A veces Clara le decía que montaba películas en su cabeza.

Y quizá tenía razón.

Porque Gabriel necesitaba que las cosas significaran algo. Un café nunca era solo un café. Un ramo nunca era solo un ramo. Una canción nunca era solo una canción. Todo acababa convertido en símbolo. Incluso las discusiones. Incluso los silencios. Incluso las ausencias.

Ese era probablemente su mayor defecto.

No sabía querer poco.

No sabía dejar que las cosas simplemente ocurrieran. Necesitaba sostenerlas. Empujarlas. Construir las. Salvarlas. Como si el amor, la amistad o los vínculos fueran mecanismos delicados que dependían únicamente de que alguien siguiera sujetándolos desde dentro.

Y durante años creyó que ese alguien debía ser él.

A veces funcionaba. Y era maravilloso. Gabriel conseguía cosas improbables. Reservas imposibles. Invitaciones. Campañas que parecían demasiado grandes para una asociación pequeña. Escenarios que hacían sentir importantes a quienes estaban cerca de él.

Clara brillaba especialmente dentro de aquellas historias.

Gabriel sabía hacerlo. Sabía detectar exactamente qué podía hacer feliz a alguien. El problema era que también acababa creyendo que debía seguir haciéndolo siempre. Como si detenerse equivaliera a perder a las personas. Como si el silencio fuera peligroso. Como si la distancia fuese el principio del derrumbe.

Quizá por eso le aterraban tanto las despedidas pequeñas. Los mensajes fríos. Los cambios de tono. Los cafés cancelados.

Otros hombres no habrían dado importancia a ciertas cosas. Gabriel sí. Demasiada. Porque mientras la mayoría de personas vivían los días, él los archivaba emocionalmente. Guardaba conversaciones, frases, calles, músicas, horas exactas, el color de una chaqueta, la manera

en que Clara pronunciaba su nombre cuando estaba enfadada y cuando no lo estaba.

Y todo aquello acababa pesando muchísimo.

Con los años empezó a comprender algo incómodo: había personas que disfrutaban de sus gestos, de su intensidad y de su capacidad para hacerlas sentir especiales, pero no necesariamente querían vivir dentro del mundo emocional que él construía alrededor de ellas.

Y quizá ahí empezaban todos los incendios.

Porque Gabriel confundía muchas veces permanencia con profundidad. Creía que algunos vínculos debían durar simplemente porque habían significado mucho. Como si el tiempo tuviera obligaciones morales. Como si los recuerdos firmaran contratos invisibles.

Pero la vida no funcionaba así.

La gente cambiaba. Se cansaba. Se alejaba. A veces incluso sin dejar de querer.

Y Gabriel nunca aprendió a aceptar del todo esa parte del mundo.

Por eso Valdería estaba llena de fantasmas para él. Cada esquina conservaba algo. Una campaña. Un desayuno. Una discusión. Un perro. Una canción dentro de un coche. Una promesa pronunciada demasiado rápido.

Clara.

Siempre Clara.

Incluso cuando ya no estaba.

O peor aún: cuando seguía estando un poco.

Porque Gabriel había descubierto que las ausencias completas dolían menos que las presencias intermitentes. Las intermitentes dejaban esperanza. Y la esperanza era peligrosísima para alguien como él.

Aquella noche, mientras cruzaba solo el Ensanche de la Estación, Gabriel volvió a mirar escaparates apagados, persianas bajadas y semáforos vacíos como si estuviera recorriendo los restos de una ciudad que solo él seguía viendo encendida.

Entonces comprendió algo que llevaba años evitando admitir.

El problema nunca fueron los regalos.

El problema era todo lo que Gabriel esperaba que sobreviviera dentro de ellos.

PARTE II

Valdería no olvida

CAPÍTULO 5

La ciudad de las esquinas

Valdería era una ciudad de tamaño medio, pero tenía memoria de pueblo.

Todo se sabía.

No siempre del todo, no siempre bien, casi nunca con justicia, pero se sabía. En Valdería bastaba con cruzar dos calles para que una historia cambiara de dueño. Un rumor nacido en un mostrador podía llegar corregido, aumentado y convertido en certeza a una reunión de empresarios antes de la hora del café.

La ciudad tenía un río estrecho, una catedral con piedra cansada, una avenida comercial donde los escaparates competían con más orgullo que ventas y una prensa local capaz de convertir una farola torcida en crisis institucional si coincidía con una semana sin noticias.

Gabriel Armentia Salazar conocía cada grieta de Valdería.

Sabía quién hablaba con quién. Qué concejal prometía sin cumplir. Qué asociación de comerciantes estaba rota por dentro. Qué empresario presumía de éxito mientras

aplazaba pagos. Qué bar servía café quemado y qué camarero tenía más información que un jefe de gabinete.

Su empresa se llamaba La Agencia de los Días Señalados.

El nombre lo inventó una tarde de cansancio y luego ya no supo cambiarlo. Al principio hacía carteles, campañas de comercio, pequeñas acciones de barrio, escaparates de Navidad, promociones de San Valentín, sorteos, notas de prensa y alguna inauguración con canapés pobres y discursos largos.

Después fue creciendo. No mucho en dinero. Sí en reputación.

Gabriel tenía una habilidad peligrosa: convertía cualquier cosa en escena.

Una calle sin clientes podía parecer una avenida de oportunidades si él encontraba el hilo adecuado. Una campaña de Navidad podía empezar con bonos de compra y terminar con una ganadora bajando de una limusina mientras dos personal shoppers la acompañaban por las tiendas. Un comercio viejo podía parecer histórico si se iluminaba con la frase correcta. Un regalo podía dejar de ser regalo y convertirse en un recuerdo.

No era exactamente publicista. Tampoco relaciones públicas. Ni asesor político. Ni gestor de asociaciones. Era una mezcla incómoda de todo eso.

Gabriel fabricaba momentos.

Y cuando los fabricaba para vender, funcionaban.
Cuando los fabricaba para amar, podían salvar una tarde. O
destruir años.

CAPÍTULO 6

Clara Valcárcel Montero

Clara Valcárcel Montero no entraba en los sitios.

Los ocupaba.

No necesitaba gritar. No necesitaba llegar tarde ni hacer ruido con los tacones. Había personas que se imponen por volumen; Clara se imponía por temperatura. En cuanto aparecía, algo en la habitación cambiaba de presión.

Tenía una personalidad importante.

Gabriel se lo diría muchas veces.

—Tú tienes una personalidad importante.

Ella levantaba una ceja.

—¿Importante?

—De esas que se hacen notar.

Clara fingía molestarse, pero no siempre lo estaba. Sabía que era verdad. Le gustaba estar arriba, aunque nunca lo dijera así. Le gustaba que las cosas llevaran su sello, que los demás reconocieran su criterio, que una mesa se ordenara cuando ella llegaba, que alguien preguntara su opinión antes de decidir.

Trabajaba como directora de expansión de Maison Canis, una cadena internacional de boutiques para animales de compañía con más de cien franquicias abiertas entre España, Portugal, Francia, Andorra y parte de Latinoamérica.

Maison Canis no vendía pienso. O no solo pienso.

Vendía camas ortopédicas con diseño italiano, correas de cuero vegetal, colonias con nombres franceses, chubasqueros para perros pequeños, champús hipoalergénicos, snacks gourmet, jerseys de lana merina, perfumes caninos, collares personalizados, arneses, placas grabadas y una idea muy sencilla: que querer a un perro también podía ser una forma de lujo.

Clara encajaba allí como si la hubieran diseñado para la marca.

Podía hablar de márgenes, aperturas, franquicias, logística y escaparatismo con la misma naturalidad con la que, cinco minutos después, enseñaba en el móvil un vídeo de Kika dormida panza arriba o de Centurión moviendo la cabeza con una dignidad de príncipe destronado.

Sus perros no eran mascotas. Eran territorio emocional.

Lua, Lagun, Iru, Blus, Kika, Centurión. Y Perla, la gata callejera que un día decidió que aquella casa también era suya.

Cada nombre correspondía a una época. A una pérdida. A una alegría. A una forma distinta de Clara.

Gabriel lo entendería pronto: quien quisiera entender a Clara tenía que aprender primero el idioma de sus perros.

Ejemplar personal para Beatriz

CAPÍTULO 7

Antes de los besos

Antes de que Clara fuera Clara para Gabriel, fue un nombre dentro de una guerra.

Eso era lo extraño de su historia.

No empezó con una cena romántica ni con una mirada sostenida en un bar. No empezó siquiera con deseo, aunque quizá el deseo estuviera escondido desde antes, esperando su momento con paciencia de animal dormido.

Empezó con comercio. Con asociaciones. Con bandos.

Con reuniones largas en salones demasiado iluminados, cenas donde todos sonreían sin confiar en nadie, llamadas desde despachos políticos, informes que nadie quería firmar pero todos necesitaban leer, presidentes de asociaciones midiendo fuerzas, subvenciones, federaciones, siglas, fotografías para la prensa y una ciudad pequeña fingiendo que las batallas pequeñas no eran batallas.

Gabriel presidía una asociación de comerciantes del Paseo de los Castaños de Valdería. Clara representaba otra zona, más céntrica, más visible, más incómoda. Ambos

acudían a reuniones en las que se hablaba de unidad mientras cada uno calculaba qué podía ganar o perder.

Allí estaba también Natalia Ordóñez, gerente de la asociación de Gabriel.

Natalia no tenía la presencia de Clara ni la capacidad de Gabriel para incendiar una sala con una idea. Pero tenía algo más útil: sentido práctico. Sabía escuchar, ordenar papeles, detectar mentiras pequeñas y medir el estado emocional de las personas por la forma en que colgaban el teléfono.

El día de una presentación oficial, Gabriel apareció sin estar invitado con Natalia a su lado.

No era casualidad. En Valdería casi nada lo era.

A Gabriel y Natalia les hicieron el vacío. El tipo de vacío elegante que se hace en las ciudades pequeñas: no se insulta, no se empuja, no se echa a nadie. Simplemente nadie mira. Nadie invita. Nadie deja sitio.

Cuando ya se iban, Clara apareció.

Gabriel llevaba años sin verla de verdad, aunque en una ciudad como Valdería ver y no ver son verbos complicados. La recordaba de otra época, de un coche antiguo, de los noventa, de noches en el casco viejo, de calles con música y juventud mal peinada. Pero aquella Clara ya no era la chica que pasaba a buscar a un amigo en un Opel Kadett ni la camarera de un bar de copas donde el humo parecía parte de la decoración.

Aquella Clara era otra cosa. Una mujer hecha. Segura. Con el gesto de quien ha aprendido a defenderse antes de que la ataquen.

Gabriel se inclinó hacia Natalia y dijo:

—Esta es Clara. De todos, fíate solo de ella.

Natalia lo miró, sorprendida.

—¿Solo de ella?

—Solo de ella.

No era un cumplido. Era una toma de partido.

Y quizá, sin saberlo, la primera línea de una historia que no iba a saber cerrarse.

CAPÍTULO 8

El Pato Borracho

El Pato Borracho tenía manteles de papel, servilletas demasiado finas y una máquina tragaperras junto a la puerta que hacía ruidos alegres en momentos inadecuados.

A Gabriel le gustaba por eso. Los sitios sin solemnidad permiten decir cosas graves con menos peligro de parecer importante. Si una estrategia política se decide en un despacho con madera noble, todos adoptan voz de estadista. Si se decide en una cafetería con olor a fritura y café recalentado, al menos queda claro que el mundo real siempre entra por alguna rendija.

Adriana Villalba había elegido la mesa del fondo. No era casualidad. Adriana no hacía casi nada por casualidad. Vega Santamaría, en cambio, estaba de lado, con una carpeta cerrada y el móvil boca abajo. Eso en ella era una señal: cuando Vega ponía el móvil boca abajo, quería que la conversación pesara más que la agenda.

—Esto huele a encerrona —dijo Gabriel.

Adriana sonrió.

—Huele a café malo.

—Eso también.

Vega fue directa:

—Necesitamos hablar de Valdería Viva.

La tragaperras soltó una melodía ridícula justo en ese momento. Gabriel miró hacia la puerta.

—Ni el decorado nos respeta.

Nadie se rió demasiado. Era una de esas reuniones en las que las bromas sirven solo para comprobar el grosor del hielo.

La estrategia se cocinó en una cafetería llamada El Pato Borracho.

A Gabriel siempre le pareció un nombre ridículo, pero los nombres ridículos tienen una ventaja: nadie sospecha que allí se decidan cosas importantes.

Adriana Villalba lo citó una tarde.

Adriana tenía la habilidad de decir frases suaves con consecuencias duras. Venía del mundo político, aunque ella habría preferido llamarlo “gestión pública”. Conocía a todos, sabía qué puertas se abrían con una llamada y cuáles era mejor no tocar hasta que hubiera testigos.

Cuando Gabriel llegó, Adriana no estaba sola.

La acompañaba Vega Santamaría, asesora de comercio del gobierno regional, una mujer de mirada rápida, agenda

imposible y esa forma de escuchar que tienen quienes ya han decidido antes de que termines la frase.

Hablaron de la federación. De Valdería Viva. Del UCV. De las asociaciones. De los presidentes. De los equilibrios. De las subvenciones. De la necesidad de desmontar algo antes de que se consolidara demasiado.

Gabriel escuchó.

No era ingenuo. Sabía por qué lo habían llamado. Sabía que tenía fama de conseguir cosas. No siempre ganaba, pero lo intentaba con una terquedad casi suicida, y en Valdería esa clase de hombres sirven para trabajos que otros prefieren no firmar.

—Necesitamos a alguien dentro —dijo Vega.

Gabriel no preguntó quién. Lo supo.

Clara.

La misma mujer de la que había dicho a Natalia que podía fiarse. La misma que estaba dentro de aquello. La misma que, si decidía hablar, podía abrir una grieta en una estructura que desde fuera parecía cerrada.

Adriana lo miró.

—¿Puedes?

Gabriel sonrió apenas.

—Puedo intentarlo.

En su boca, intentar significaba otra cosa. Significaba llamar, esperar, insistir, escuchar, conseguir, no dormir, buscar otro camino cuando el primero se cerraba, pasar por encima de mil cabezas si hacía falta.

Años después, Clara le reprocharía esa capacidad.

No porque no la admirara. Sino porque la había visto funcionar demasiado cerca.

CAPÍTULO 9

Elena Ugarte en Lantavia

La carretera a Lantavia se le hizo larga no por la distancia, sino por lo que llevaba en el asiento del acompañante.

No llevaba flores. No llevaba un regalo. No llevaba una excusa convincente. Llevaba una sospecha sin forma y una necesidad absurda de comprobar que su vida todavía estaba donde él la había dejado.

Gabriel conducía con la radio baja. Una tertulia hablaba de política nacional, de pactos y presupuestos, pero las palabras entraban y salían sin tocar nada. En su cabeza repetía una frase sensata: no vayas sin avisar. Luego otra más peligrosa: si no hay nada, no pasará nada.

El problema de esa segunda frase era evidente.

Si uno necesita comprobar que no pasa nada, ya está pasando algo.

Cuando llegó a Lantavia, aparcó cerca de la vivienda de Elena y se quedó unos segundos dentro del coche. Podía llamar. Podía escribir. Podía marcharse. Eligió subir.

Las decisiones que cambian una vida rara vez se toman con épica. A veces son solo un portal, un timbre y una mano que pulsa antes de arrepentirse.

Mientras Valdería se llenaba de reuniones, Gabriel seguía teniendo una vida que no sabía cómo desmontar.

Elena Ugarte.

Su relación con Elena venía de años. Habían compartido planes, familias, rutinas, una fecha de boda acercándose como se acercan algunas tormentas: primero parece horizonte, luego amenaza.

Elena era docente. Aquel curso trabajaba en Lantavia y vivía allí entre semana con una compañera. Gabriel empezó a notar que algo se estaba enfriando, aunque no sabía decir si se enfriaba por ella, por él o porque Clara había empezado a ocupar un espacio que nadie le había dado permiso para ocupar.

Un día fue a verla por sorpresa.

No debió hacerlo.

Las sorpresas solo son hermosas cuando todos desean ser encontrados.

En la casa estaban Elena, su compañera y un hombre. Profesor en San Roque del Ebro. Dijeron que había ido a revisar unas cosas con la compañera. La explicación era posible, incluso razonable.

Pero Gabriel se fue con una incomodidad clavada.

Semanas después recibió una cadena de correos. Mensajes de Elena dirigidos a aquel hombre. Frases sobre estrellas, luna, corazones acercándose y una noche anterior que había sido más bonita.

Gabriel leyó. No dijo nada. Guardó.

Ese era otro de sus defectos: no siempre reaccionaba en el momento. A veces archivaba el daño y lo convertía en estrategia.

Empezó a enfriar la relación. Salía menos. Ponía excusas. Se marchaba antes de las comidas familiares. Decía que tenía trabajo, que debía abrir, que había llamadas, que una campaña se complicaba.

Y quizá todo era verdad. Pero debajo de esas verdades había otra: no quería casarse.

No así.

No con una parte de sí mismo mirando hacia otra mujer.

En la oficina, mientras tanto, Clara aparecía cada vez más. Clara y Natalia. Reuniones de comercio. Papeles. Cafés. Llamadas. Estrategias.

Natalia veía cosas que Gabriel no decía. Clara también.

Y Clara, que entonces todavía no era oficialmente nada suyo, empezó a hacer algo peligroso: intentar levantarlo.

Le pedía cenar.

Él ponía excusas.

Una noche dijo que los martes cerraban los restaurantes.

Clara lo miró como se mira a un hombre que cree haber inventado la mentira.

—Los restaurantes no cierran todos los martes, Gabriel.

—Los buenos sí.

Ella se rió.

Y esa risa hizo más daño que una discusión.

Porque Gabriel empezó a esperar la siguiente.

CAPÍTULO 10

La entrevista

La federación terminó cayendo.

No de golpe. Las estructuras rara vez caen así. Primero se agrietan, luego se contradicen, después alguien deja de contestar llamadas, otro filtra un dato, otro cambia de lado y al final todos fingen que aquello se disolvió por cansancio natural.

Gabriel pagó un precio.

Los presidentes que antes lo saludaban empezaron a mirarlo como a un traidor. Algunos lo llamaron esquirol sin decir la palabra. Otros trataron de cerrarle puertas. Hubo maniobras para impedirle acceder a determinados cargos, para que no representara al comercio de Valdería en la Cámara, para que quedara fuera del tablero.

Pero Clara se movió.

Habló con Natalia. Habló con quienes tenía que hablar. Apareció donde debía aparecer. Hizo lo que Clara sabía hacer cuando decidía que algo merecía su esfuerzo: ocupar espacio hasta que los demás cedían.

Un día llamó a Gabriel.

—Voy a una entrevista en la radio.

—¿Sobre comercio?

—Escúchala.

Gabriel la escuchó desde la agencia, con el teléfono cerca, fingiendo ordenar papeles mientras su atención entera estaba en aquella voz.

Clara no habló solo de comercio.

Durante quince minutos hizo algo que Gabriel no esperaba.

Pidió perdón.

No como gesto vacío. No como frase institucional. Pidió perdón por el daño que, desde la federación y sus guerras, se le había hecho a Gabriel. Lo llamó persona entrañable. Dijo que había pocas como él.

Gabriel se quedó quieto.

Hay frases que uno recibe en público y duelen en privado.

Aquella noche la invitó a cenar. Caminaron hacia el coche. Hacía frío o eso decidió después la memoria. Las ciudades del norte siempre parecen más verdaderas cuando hace frío.

Se besaron.

No fue un beso de película. Fue torpe, acumulado, inevitable. Un beso que llevaba semanas queriendo ocurrir y que, al ocurrir, no resolvió nada.

Clara se separó apenas.

—Joder —dijo.

Luego otra vez:

—Joder, joder, joder.

Ya en el coche, lo besó de nuevo.

Y dijo:

—Tú no te me escapabas.

Gabriel, que hasta entonces había creído ser quien movía las piezas, entendió de golpe que quizá también él acababa de ser elegido.

CAPÍTULO 11

Natalia Ordóñez

Natalia no preguntaba por morbo.

Esa fue una de las razones por las que Gabriel terminó confiando en ella más de lo que habría sido prudente. En Valdería había demasiada gente que preguntaba para saber, para contar, para colocarse un dato en el bolsillo y sacarlo luego cuando convenía. Natalia preguntaba para ordenar. Y cuando no necesitaba ordenar, no preguntaba.

La primera vez que lo vio realmente roto fue una tarde de lluvia, en el estudio, cuando Gabriel llevaba veinte minutos fingiendo que buscaba una factura en una carpeta vacía.

—No está ahí —dijo Natalia desde su mesa.

—¿Qué?

—Lo que buscas. No está ahí.

Gabriel cerró la carpeta.

—¿Y dónde está?

—No lo sé. Pero llevas mirando la misma carpeta desde que he entrado.

Él sonrió sin ganas.

—Qué observadora.

—Qué mal mentiroso.

Natalia se levantó, cerró la puerta del despacho y dejó una taza de café sobre la mesa de Gabriel. No dijo “cuéntame”. No dijo “qué te pasa”. No dijo “es por Clara”. Solo dejó el café y se sentó enfrente.

A veces la mejor manera de acompañar a alguien es no obligarle a empezar.

Natalia Ordóñez no preguntaba por morbo.

Esa fue una de las razones por las que Gabriel terminó confiando en ella más de lo prudente. En Valdería había demasiada gente que preguntaba para saber, para contar, para colocarse un dato en el bolsillo y sacarlo cuando convenía. Natalia preguntaba para ordenar. Y cuando no necesitaba ordenar, no preguntaba.

La primera vez que lo vio realmente roto fue una tarde de lluvia, en el estudio, cuando Gabriel llevaba veinte minutos fingiendo que buscaba una factura en una carpeta vacía.

—No está ahí —dijo Natalia desde su mesa.

—¿Qué?

—Lo que buscas. No está ahí.

Gabriel cerró la carpeta.

—¿Y dónde está?

—No lo sé. Pero llevas mirando la misma carpeta desde que he entrado.

Él sonrió sin ganas.

—Qué observadora.

—Qué mal mentiroso.

Natalia se levantó, cerró la puerta del despacho y dejó una taza de café sobre la mesa de Gabriel. No dijo “cuéntame”. No dijo “qué te pasa”. No dijo “es por Clara”. Solo dejó el café y se sentó enfrente.

A veces la mejor manera de acompañar a alguien es no obligarle a empezar.

Natalia Ordóñez se convirtió en testigo antes de saber que estaba siendo testigo.

Era gerente de la asociación de Gabriel, pero durante aquellos meses su trabajo desbordó cualquier contrato. Tenía que ordenar socios, cuotas, reuniones, convenios, campañas, papeles y llamadas; terminó ordenando también las grietas entre Gabriel y Clara.

Cuando Gabriel se hundía, Natalia lo sabía.

No porque él lo dijera con claridad. Gabriel rara vez decía “estoy mal” de una forma que permitiera ayudarlo sin entrar en un incendio. Lo decía con mensajes largos, con frases de renuncia, con amenazas de dejar la

asociación, romper convenios, marcharse una temporada, desaparecer.

Natalia aprendió a leer los síntomas.

Si Gabriel no abría la agencia, algo pasaba. Si escribía en mayúsculas, algo ardía. Si decía “no tengo fuerzas”, había que llamar. Si mencionaba a Clara y asociación en la misma frase, el día podía terminar mal.

A veces Natalia iba a tomar café con él. Otras llamaba a Clara. O intentaba hacerlo.

Clara no siempre cogía.

Y cuando cogía, no siempre agradecía la mediación. Porque para Clara aquello era, o quería creer que era, una relación de dos. No quería una gerente dentro de su vida íntima. No quería que Gabriel utilizara a Natalia como puente cada vez que ella cerraba una puerta.

Natalia quedaba en medio.

Demasiado dentro para ser ajena. Demasiado fuera para tener derecho.

Una tarde Gabriel le escribió que iba a mandar una carta de renuncia. Asociación, convenios, comisión. Todo. Si Clara quería sacarlo de su vida, saldría también de la estructura que habían construido alrededor.

Natalia intentó frenarlo. Le pidió tiempo. Le dijo que descansara. Le pidió que no se encerrara. Le recordó que había más gente alrededor.

Pero Gabriel, cuando se sentía expulsado de Clara, no sabía salir por una sola puerta.

Quería abandonar la casa entera.

Natalia comprendió entonces que la historia no iba a ser sencilla. No era solo amor. No era solo comercio. No era solo estrategia.

Era una mezcla.

Y las mezclas, cuando prenden, no se apagan con agua.

CAPÍTULO 12

La Agencia de los Días Señalados

A Gabriel le gustaba regalar más que recibir regalos.

No lo decía para parecer generoso. Lo decía porque era verdad.

Recibir le incomodaba. No sabía poner cara, no sabía agradecer sin sentirse torpe, no sabía qué hacer con el objeto ni con la obligación invisible que a veces traen los regalos.

En cambio, regalar lo ponía en movimiento.

Buscar. Pensar. Encargar. Llamar. Preparar. Esconder. Calcular el momento. Imaginar la reacción.

Ahí era feliz.

Como un niño la mañana de Reyes.

Con Clara descubrió pronto que un regalo podía ser mucho más que un objeto. Podía ser una forma de decirle: te he visto. Sé lo que te ilumina. Sé qué parte de ti quieres mostrar y cuál escondes. Sé dónde te haces fuerte y dónde te rompes.

A Clara le gustaban las gerberas naranjas. No las rosas, demasiado obvias. No los lirios, demasiado solemnes. Gerberas naranjas, con el corazón oscuro, casi marrón chocolate.

Una vez llegaron a una habitación en Gijón antes que ellos.

Clara abrió la puerta y las vio sobre la cama. No dijo nada al principio. Ese silencio suyo era una alarma preciosa. Después miró a Gabriel con esa mezcla de fastidio y ternura que él buscaba sin admitirlo.

—Tú estás mal.

Él sonrió.

—Un poco.

También estaba el Allure. El perfume.

Gabriel podía haberlo entregado en una bolsa. Pero eso habría sido vulgar, y Gabriel tenía muchos defectos, pero no era vulgar cuando quería emocionar.

Preparó una caja grande. Dentro, papeles. Otra caja. Más papeles. Otra caja. Y otra.

Clara abrió capa tras capa, protestando, riendo, llamándolo pesado, loco, imbécil.

Al final apareció el frasco pequeño.

Allure.

Su perfume.

Clara lloró.

Gabriel guardó esa imagen como se guardan las pruebas de que alguna vez uno hizo algo bien.

Años después, cuando Clara le reprochara el mimo con el que había preparado un detalle para otra mujer, Gabriel intentaría explicar que el mimo era su forma de hacer las cosas. Que era metódico. Que no sabía entregar nada de cualquier manera.

Pero Clara no discutiría el precio. Discutiría el idioma.

Y el idioma de los regalos, durante mucho tiempo, había sido suyo.

CAPÍTULO 13

El ramo sin tarjeta

Clara estaba en un curso.

Veinticinco personas. Una sala blanca. Mesas alineadas. Botellas de agua pequeñas. Un ponente hablando con una seguridad que solo tienen quienes no saben si alguien escucha.

Entonces se abrió la puerta.

Un repartidor asomó con un ramo de gerberas naranjas.

—¿Clara Valcárcel?

La sala entera se detuvo.

Clara levantó la cabeza. Vio el ramo. Vio las caras. Vio el instante construyéndose sin que ella pudiera detenerlo.

—Soy yo.

No había tarjeta.

Eso era lo mejor.

Una tarjeta habría empequeñecido el gesto. Habría puesto nombre a lo que todos estaban deseando saber. Sin tarjeta, el ramo era una aparición.

Clara lo sostuvo con cuidado. Fingió no saber. Preguntaron de quién era. Ella se encogió de hombros. Quizá dijo que no tenía ni idea. Quizá sonrió demasiado poco para que la creyeran.

Pero lo sabía.

Gabriel no quería regalarle solo flores. Quería regalarle el momento en que todos la miraban.

No por vanidad simple. Gabriel entendía que Clara necesitaba sentirse importante porque durante demasiados años había tenido que demostrarlo todo. En el trabajo, en casa, ante su madre, ante los hombres, ante otras mujeres, ante los comerciantes, ante cualquiera que confundiera carácter con capricho.

Aquel ramo decía: hoy, delante de todos, eres tú.

Y Clara lo recibió.

Por la noche le escribió menos de lo que él esperaba y más de lo que habría escrito si no le hubiera importado.

Gabriel aprendió otra cosa: Clara rara vez daba las gracias como la gente normal.

Pero guardaba.

Y cuando Clara guardaba algo, ya formaba parte de ella.

CAPÍTULO 14

El fax

Gabriel nunca confesó del todo cómo encontró el hotel.

Ni a Clara.

Ni a nadie.

Hubiera sonado peor de lo que él quería admitir y más hermoso de lo que quizá era. Hubo llamadas, suposiciones, fragmentos de conversación recordados, una pista sobre la zona, una agencia que no debía decir mucho pero dijo lo suficiente, una recepcionista amable en el lugar equivocado y la insistencia educada de Gabriel convertida en herramienta.

No lo vivía como invasión.

Ese era el problema.

Lo vivía como proeza. Como prueba de cariño. Como una forma de decirle a Clara: aunque no pueda llamarte, aunque estés lejos, aunque hayas puesto una distancia, sigo encontrando una manera de acompañarte.

Años después entendería que la misma escena podía leerse de dos formas distintas.

Desde el deseo de ser encontrada, era amor.

Desde el deseo de esconderse, era exceso.

Clara se fue de vacaciones con Marcos Bermejo.

No dijo el hotel. No dijo la zona exacta. Apenas dejó datos. Habían pactado no llamadas, no interferencias, no presencia.

Gabriel aceptó.

O hizo el gesto externo de aceptar.

Para otros hombres, no saber el hotel habría significado no poder hacer nada. Para Gabriel era el principio de una búsqueda.

No lo vivía como persecución. Lo vivía como una forma de estar cerca. Esa era una de sus cegueras más peligrosas: confundía el esfuerzo con el derecho, la sorpresa con la autorización, la emoción prevista con la emoción real.

Dos días después de llegar, llamaron a Clara desde recepción.

Tenían un fax para ella.

Un fax.

La palabra ya sonaba antigua entonces, casi absurda, y precisamente por eso el gesto parecía más improbable. En un mundo de llamadas, mensajes y correos, una carta

entrando por fax en la dirección de un hotel que ella no había querido nombrar tenía algo de aparición.

Clara lo leyó.

Gabriel no estaba allí, pero estaba.

La carta decía que la echaba de menos. Que la quería. Que respetaba la distancia, aunque hubiera encontrado una forma de doblarla un poco.

Clara no supo si enfadarse o emocionarse. Quizá las dos cosas.

Con Gabriel casi siempre era así.

Lo mismo que la hacía sentirse única podía hacerla sentirse descubierta.

Ya antes había ocurrido algo parecido. Clara se había marchado de viaje sin decir destino claro. Mientras ella volaba, Gabriel movió lo que tuvo que mover para que, al llegar a la habitación, encontrara flores con una tarjeta.

No estaba allí. Pero estaba.

Eso fue lo que Clara entendió. Si Gabriel quería, llegaba.

Podía no triunfar siempre, pero lo intentaba con una obstinación que muchas veces terminaba en victoria. No era magia. Era descaro, contactos, intuición, llamadas, paciencia y esa negativa infantil a aceptar un no como respuesta definitiva.

A Clara, durante un tiempo, aquello le pareció amor.

Más tarde, algunas veces, le parecería invasión.

La diferencia no estaba siempre en el gesto. Estaba en cómo llegaba ella al gesto.

Cuando quería sentirse encontrada, Gabriel era extraordinario. Cuando quería esconderse, Gabriel era peligroso.

CAPÍTULO 15

El solitario

El joyero extendió la pieza sobre un paño oscuro.

Gabriel no entendía de diamantes como entendía de campañas. No sabía hablar con seguridad de talla, pureza, quilates o monturas. Pero sabía mirar la reacción que imaginaba en Clara. Y cuando vio el solitario sobre el paño, discreto y brillante a la vez, pensó que allí había algo que ella sabría llevar.

—Es de 0,25 —dijo el joyero.

Gabriel asintió con una seriedad que intentaba disimular dos cosas: que el precio le preocupaba y que ya había decidido comprarlo.

—No es exagerado —añadió el viajante.

Eso era justo lo que le gustó. Clara no necesitaba una piedra vulgarmente grande. Necesitaba una luz exacta. Algo que pudiera ponerse en una comida, en una reunión, en un día en que quisiera sentirse importante sin parecer que estaba pidiendo permiso para serlo.

—Me lo llevo —dijo.

Lo dijo demasiado pronto.

El joyero sonrió como sonríen quienes saben que la venta se ha cerrado antes de discutir nada.

Hubo un día en que el regalo apareció sin calendario.

No era su cumpleaños. No eran Reyes. No era una fecha marcada en rojo.

Fue una ocasión.

Un amigo joyero. Un viajante. Una oportunidad que a Gabriel se le cruzó delante y que, en vez de dejar pasar como habría hecho alguien prudente, convirtió en gesto.

Compró un solitario con un brillante de 0,25 quilates.

No era una baratija. No era una pulsera de diez euros. No era un detalle para levantar un ánimo pasajero.

Era otra cosa.

Una joya.

Clara no lo esperaba.

Eso era parte del efecto. Con Gabriel, los regalos más importantes solían llegar así: no cuando tocaba, sino cuando a él le parecía que la vida le había puesto en la mano una forma de decir algo.

Ella lo recibió con esa mezcla de emoción, sorpresa y prudencia que tenía cuando algo la tocaba de verdad.

Porque Clara podía hacerse la dura, podía decir “estás loco”, podía protestar por el dinero, podía llamarlo

exagerado. Pero luego guardaba las cosas. Las usaba. Las incorporaba a su manera de presentarse al mundo.

Aquel solitario no era un regalo cualquiera.

Clara se lo ponía en momentos especiales.

Cuando quería sentirse importante.

Cuando quería mostrarse.

Cuando quería llevar encima algo que dijera que ella también tenía brillo.

Lo combinaba con sus joyas, con su Rolex de oro, con esa manera suya de entrar en algunos sitios diciendo sin decir: aquí estoy yo.

Gabriel lo sabía.

Y quizá por eso le gustaba todavía más haberlo comprado.

Porque no le había dado solo un anillo.

Le había dado un punto de luz para esas ocasiones en que Clara quería que el mundo la mirara como ella necesitaba ser mirada.

Otra vez no fue el objeto.

Fue la escena futura.

Gabriel regalaba también eso: la posibilidad de que Clara se sintiera más Clara en un momento que aún no había llegado.

CAPÍTULO 16

El reloj del aeropuerto

El reloj fue distinto.

Más rápido. Más travieso.

Estaban en un aeropuerto. Uno de esos lugares donde todo parece provisional: la gente arrastra maletas, mira pantallas, compra cosas que no necesita, espera vuelos, cafés caros, anuncios por megafonía, perfumes, bolsos, relojes detrás de cristales demasiado iluminados.

Clara vio un reloj.

Se encaprichó.

No hizo falta mucho más.

Quizá dijo:

—Mira qué bonito.

O quizá lo sostuvo unos segundos más de la cuenta.

Gabriel conocía esos segundos.

Clara podía fingir indiferencia, pero cuando algo le gustaba de verdad se le quedaba una mirada distinta. No era codicia. Era ilusión. Una ilusión rápida, casi infantil,

que ella trataba de esconder enseguida porque no le gustaba parecer fácil de emocionar.

Gabriel lo vio.

Y no dijo nada.

Esa era otra de sus especialidades: callar cuando ya estaba tramando.

En algún momento se excusó.

—Voy al baño.

Clara no sospechó. O quizá sí, pero no quiso sospechar.

Gabriel no fue al baño. Volvió al estudio. Compró el reloj. Y regresó como si nada.

El regalo, otra vez, no estaba solo en el objeto. Estaba en el movimiento secreto, en el pequeño engaño inocente, en haber detectado el capricho antes de que ella lo pidiera, en convertir un deseo de escaparate en una sorpresa real.

Cuando se lo dio, Clara lo miró con esa mezcla de reproche y ternura que tantas veces era su forma de agradecer.

—Tú estás mal.

Él sonrió.

Porque para Gabriel, en esos momentos, estar mal era casi una forma de felicidad.

CAPÍTULO 17

Lua, Lagun, Iru y Perla

La casa de Clara no sonaba como una casa normal.

Tenía capas.

Primero los ladridos, distintos según quién llegara. Luego las uñas contra el suelo. Después el golpe de alguna cola contra un mueble. El resoplido de un perro mayor. El pequeño ruido de Iru moviéndose como una sombra sal y pimienta. Y, por encima o por debajo de todo, Perla, que no sonaba casi nunca salvo cuando decidía tirar algo para recordar que ella también tenía jurisdicción.

Gabriel aprendió a entrar en aquella casa como quien entra en un territorio con normas propias.

—No pises ahí —decía Clara.

—¿Por qué?

—Porque ahí se tumba Lagun.

—Ahora no está.

—Pero es su sitio.

Y Gabriel obedecía.

Hay casas donde los animales ocupan rincones.

En la de Clara ocupaban biografía.

Antes de Blus, antes de Kika, antes de Centurión, estaban Lua, Lagun e Iru.

Lua era una mastina enorme, heredada del cariño difícil de una hermana. Tenía una displasia que la obligaba a bajar con correa como si cada paseo fuera una operación logística. Gabriel la llevaba al veterinario en una furgoneta blanca vieja, una 4L que parecía diseñada para transportar problemas con dignidad.

Lua pesaba demasiado para algunas cosas. Para subir. Para bajar. Para enfermar. Para despedirse.

El día que hubo que sacrificarla, Clara se rompió de una forma silenciosa. No hizo grandes discursos. No necesitaba. Hay dolores que no teatralizan porque ocupan todo el cuerpo.

Aquella noche Clara quedó en la cama con Lagun y Perla cerca.

Lagun era otra cosa.

Un schnauzer elegante, casi aristocrático, como un lord inglés sin lente. Se sentaba y miraba las conversaciones con una gravedad ridícula, como si entendiera cada palabra y estuviera esperando el turno correcto para intervenir.

Clara lo adoraba.

A los tres los quería con locura, pero Lagun ocupaba un sitio especial.

Iru, en cambio, era pequeña, sal y pimienta, mini hasta el extremo de parecer casi una rata grande, y tenía esa clase de fragilidad que obliga a quererla aunque uno no quiera.

La muerte de Lagun llegó después, por un tumor.

Fue un golpe duro.

Para Clara, los perros no se iban. Se arrancaban.

Gabriel lo vio.

Vio a Clara quedarse más sola incluso acompañada. Vio cómo la casa cambiaba de sonido cuando faltaba un animal. Vio que cada pérdida le abría un hueco que luego intentaba llenar de trabajo, de carácter, de tiendas, de viajes, de control.

Por eso, cuando llegó aquel 3 de junio de 2011, Gabriel hizo lo que siempre hacía cuando no sabía sostener el dolor de Clara con palabras.

Buscó una escena.

CAPÍTULO 18

Blus

El cachorro llegó envuelto en una manta.

Era negro, pequeño, hijo de campeón, con esa torpeza de los animales que aún no saben que van a cambiar una casa.

Gabriel apareció con él el día del cumpleaños de Clara.

No tenía dinero de sobra. A decir verdad, no tenía casi de nada. La administración le debía trabajos, la liquidez era una broma cruel y su vida económica funcionaba con más fe que saldo.

Pero Clara estaba triste.

Y Gabriel, cuando Clara estaba triste, hacía cosas que una persona sensata habría aplazado.

—Feliz cumpleaños —dijo.

Clara miró la manta. Luego al cachorro. Luego a Gabriel.

Durante un instante no fue directora de expansión de nada, ni mujer fuerte, ni personalidad importante, ni presidenta, ni rival, ni amante imposible.

Fue solo una mujer recibiendo una vida pequeña en brazos.

Así llegó Blus.

Tristemente, pensaría Gabriel años después.

Porque poco tiempo después detectaron el shunt portosistémico. Hubo que operarlo. Zaragoza. Hospital clínico. Llamadas. Amigos. Contactos. Facturas. Miedo.

Y ahí empezaron las primeras grietas.

Gabriel sintió que Clara daba por hecho que, por haberlo regalado, él debía hacerse cargo de todo. Clara quizá no lo vivió así. O quizá sí. Las versiones de una pareja rara vez coinciden cuando hay dinero, culpa y un perro enfermo sobre la mesa.

Gabriel reclamó judicialmente.

El procedimiento se alargó tanto que Blus viviría casi catorce años sin que la justicia terminara de decir nada.

Clara, con el tiempo, sospecharía que Gabriel ocultaba el resultado. Que quizá había perdido. Que no quería admitirlo.

Gabriel no podía soportar esa sospecha.

No ocultaba nada. O eso decía.

Había comprado el perro. Lo había regalado. Lo había reclamado. Lo que hiciera un juzgado ya no dependía de él.

Pero las heridas no entienden de plazos procesales.

Blus creció.

Y se convirtió en el perro predilecto de Clara.

Aunque luego llegaran otros. Aunque Kika tuviera su lugar. Aunque Centurión ocupara medio mundo.

Blus fue Blus.

El perro que llegó en una manta y terminó ocupando una época entera.

CAPÍTULO 19

El día de la Comunidad

El 9 de junio de 2011 amaneció con una luz que parecía encargada.

No era una luz cualquiera. Tenía esa claridad de las mañanas de fiesta institucional, cuando las ciudades limpian las aceras, los coches oficiales circulan demasiado despacio y hasta los edificios públicos parecen haber dormido mejor que de costumbre. En Valdería, el cielo se había abierto sin arrogancia, con un azul tranquilo, de esos que permiten a la gente decir “nos ha salido buen día” como si hubieran participado en la organización meteorológica.

Se celebraba el Día de la Comunidad de Valnera.

Cada año, la fecha llenaba los periódicos de fotografías de autoridades, discursos, medallas, trajes, himnos y palabras solemnes: identidad, futuro, raíces, convivencia, progreso. A Gabriel, ese vocabulario le producía una mezcla de respeto y cansancio. Sabía que las instituciones necesitaban liturgia, pero también sabía que la liturgia, en manos de determinados cargos, podía parecer una vajilla

heredada: brillante por fuera, llena de pequeñas grietas por dentro.

Clara, en cambio, lo había dicho una vez de manera distinta.

No fue una petición.

No lo dijo esperando nada.

Ese era precisamente el peligro.

—Nunca he ido a los actos institucionales del Día de la Comunidad —comentó una tarde, casi de pasada, mientras revisaba unos papeles de Maison Canis y apartaba con el codo una caja de catálogos—. Siempre lo veo desde fuera. En la tele, en los periódicos, por lo que cuenta la gente. Pero ir, ir de verdad... nunca.

Gabriel no contestó demasiado.

—Ah.

Clara levantó la vista.

—¿“Ah” qué?

—Nada.

—Cuando dices nada, estás tramando.

—No estoy tramando.

—Mientes fatal.

Gabriel sonrió y cambió de tema.

Pero la frase ya había encontrado sitio.

Ir de verdad.

Había personas que escuchaban eso como una anécdota. Gabriel lo escuchó como una misión.

Durante los dos días siguientes se movió como sabía moverse cuando algo le importaba: sin hacer ruido delante de Clara, haciendo demasiado ruido donde hacía falta. Llamó a un despacho, escribió a otro, recordó a alguien una campaña pendiente, pidió un favor a quien no tenía ganas de concedérselo, devolvió una llamada antigua, habló con una secretaria que sabía más que su jefe, esperó un “lo veo difícil”, lo convirtió en “déjame intentarlo” y terminó consiguiendo lo improbable.

Dos acreditaciones.

Dos.

Para los actos oficiales del Día de la Comunidad de Valnera en el Monasterio de San Veremundo de la Peña.

Cuando las tuvo en la mano, no se lo dijo inmediatamente a Clara.

Ese era otro de sus defectos y de sus virtudes: necesitaba preparar el efecto.

No le bastaba con conseguir la puerta.

Tenía que construir la entrada.

Aquella mañana lavó el coche como si el coche también fuera a ser acreditado.

Por fuera, por dentro, cristales, salpicadero, alfombrillas. Sacó papeles, bolsas, catálogos, bolígrafos, tickets de gasolina, restos de campañas y una carpeta que llevaba semanas viajando en el asiento trasero sin motivo claro. Aspiró incluso zonas que jamás miraría nadie. Cuando terminó, el coche parecía otro. O quizá era Gabriel quien necesitaba creerlo.

Se vistió con cuidado.

No excesivo. No quería competir con la solemnidad del día ni parecer un aspirante a subsecretario. Pero sí estar a la altura de Clara, porque sabía que Clara, si decidía vestirse para una ocasión, no salía: comparecía.

Llegó a buscarla unos minutos antes de la hora.

Aparcó frente al portal, apagó el motor y esperó.

Miró el reloj.

Luego el retrovisor.

Luego la entrada del edificio.

Pensó en escribirle, pero se contuvo. Clara odiaba que la apremiaran cuando estaba preparándose, y Gabriel había aprendido que algunas esperas eran parte de la ceremonia.

La puerta se abrió.

Y apareció ella.

Clara bajó los escalones con esa manera suya de entrar en un día antes de haber llegado a ninguna parte. No corría.

No dudaba. Caminaba despacio, pero no por inseguridad, sino porque sabía que la ropa, las joyas y la actitud necesitan un ritmo correcto.

Llevaba una blusa gris perla, de tejido suave y caída limpia, con cuello negro y puños negros que le daban un contraste elegante, casi de uniforme privado. No era una prenda llamativa en el sentido vulgar, pero tenía algo de autoridad. Sobre los hombros, una chaqueta oscura, entallada, abierta lo justo para dejar ver la línea de la blusa y el collar largo de perlas grandes mezcladas con piezas oscuras, una gargantilla larga, rotunda, de esas que no se ponen para pasar desapercibida.

Los pendientes eran grandes, con brillo suficiente para seguir el movimiento de la cabeza cuando giraba. El maquillaje estaba trabajado, sobre todo en los ojos, que parecían más oscuros, más presentes, más Clara. El pelo, pulido sin perder naturalidad, enmarcaba una cara de satisfacción contenida. En la muñeca llevaba el Rolex, no escondido, no exhibido de manera ordinaria, simplemente allí, formando parte de su lenguaje de mujer que sabía perfectamente qué imagen quería proyectar.

El bolso, de piel, bien elegido.

Los zapatos, adecuados al día, a la ropa y a ella.

Todo en Clara aquella mañana decía lo mismo: hoy no voy a mirar desde fuera.

Gabriel bajó del coche.

No pudo evitarlo.

—Madre mía.

Clara cerró el portal y se quedó mirándolo.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—No me digas nada, que me he tirado una hora.

—Se nota.

Ella levantó una ceja.

—Eso puede ser bueno o malo.

—Es peligroso.

—Me vale.

Gabriel dio una vuelta breve alrededor de ella, teatral, como si inspeccionara una obra maestra antes de entregarla a un museo.

—Si llegas así al monasterio —dijo—, igual suspenden el acto y te nombran presidenta de la Comunidad.

—No digas tonterías.

—No son tonterías. Son previsiones institucionales.

Clara intentó no sonreír.

No lo consiguió.

—¿Voy bien?

La pregunta salió con una vulnerabilidad mínima, casi escondida detrás del orgullo. Gabriel la captó. Clara podía estar segura de sí misma y, aun así, necesitar que alguien concreto confirmara que la escena funcionaba.

—Vas impresionante.

—¿Impresionante de verdad o impresionante de “quiero que entres ya al coche para no llegar tarde”?

—De verdad.

Ella sostuvo la mirada un segundo más.

—Pues abre.

Gabriel abrió la puerta del coche.

Clara entró con cuidado, recogiendo la chaqueta, vigilando la blusa, colocando el bolso en el regazo con una precisión que no admitía improvisación.

—Huele a limpio —dijo.

—Lo he lavado.

—Ya me parecía raro.

—Gracias.

—No, en serio. Está perfecto.

Gabriel arrancó.

A veces una frase pequeña de Clara, dicha sin veneno, podía pagar una mañana entera.

Salieron de Valdería mientras la ciudad empezaba a moverse con ritmo festivo. En algunas fachadas colgaban banderas de Valnera; en los balcones institucionales, telas nuevas; en las rotondas, jardineras que alguien había colocado la tarde anterior para que los visitantes creyeran que la ciudad era siempre así de ordenada.

Clara miraba por la ventanilla.

—No me creo que vayamos.

—Pues vamos.

—¿Y cómo lo has conseguido?

—Con paciencia.

—Tú no tienes paciencia.

—Con insistencia.

—Eso sí.

—Y con encanto.

Clara soltó una carcajada.

—No te vengas arriba.

—Hoy puedo.

Ella lo miró de lado.

—Hoy te lo permito un poco.

A medio camino, Gabriel salió de la carretera principal y entró en un pueblo pequeño, de casas claras y plaza

tranquila. Aparcó frente a una cafetería con toldo verde y cristalerías grandes.

—¿Qué haces?

—Desayunar.

—Vamos a llegar tarde.

—No vamos a llegar tarde. El día está cronometrado.

—Eso me preocupa más.

La cafetería se llamaba La Venta del Olmo. Tenía ese aire de establecimiento comarcal que sirve lo mismo a camioneros, alcaldes, funcionarios y señoras con abrigo bueno los días de fiesta. Olía a café reciente, tostadas, tortilla y colonia masculina demasiado generosa.

Se sentaron junto a una ventana.

Clara dejó el bolso en la silla de al lado y se miró discretamente los puños.

—No me manches con tomate —dijo.

—No pensaba untarte la blusa.

—Contigo nunca se sabe.

Pidieron café con leche, zumo, tostadas con aceite y tomate. Gabriel pidió también algo dulce. Clara protestó.

—Luego no vamos a poder comer.

—Hoy no se viene a poder. Se viene a celebrar.

—Qué frase más tuya.

—Buena, ¿eh?

—Excesiva.

—También es mía.

Clara se relajó poco a poco. La tensión elegante de la salida empezó a suavizarse. Ya no estaba solo vestida para el acto: estaba dentro del día. Miraba a la gente de la cafetería con curiosidad, observando trajes, peinados, bolsos, gestos. Gabriel sabía que Clara no podía evitar mirar así. Para ella, cada espacio público era también un escaparate social.

—Esa chaqueta es buena —dijo en voz baja, señalando casi con los ojos a una mujer de otra mesa.

—¿La conoces?

—No. Pero la chaqueta sí.

—Eso da miedo.

—No. Eso es criterio.

Gabriel iba a contestar cuando la puerta se abrió y entró el entonces alcalde de Valdería.

La mañana cambió medio grado.

No mucho. Lo suficiente.

El alcalde venía acompañado de dos hombres. Llevaba traje oscuro, sonrisa de agenda y la seguridad de quien está acostumbrado a que las habitaciones lo reconozcan antes de que él salude. La relación con Gabriel no era buena.

Después de la caída de la federación de asociaciones, de las maniobras, de los movimientos de despacho y de las heridas que nunca se escriben en actas, lo suyo era una cordialidad con hielo debajo.

El alcalde vio a Gabriel.

Gabriel lo vio a él.

Hubo una pausa mínima.

Clara la notó.

Notaba esas cosas.

—Hombre, Gabriel —dijo el alcalde acercándose.

Gabriel se levantó lo justo.

—Alcalde.

La palabra salió educada y sin calor.

El alcalde miró a Clara. Su expresión cambió con rapidez profesional.

—Clara, qué elegante. Estás estupenda.

Clara sonrió con una cortesía perfecta.

—Muchas gracias. Buenos días.

—¿Vais al acto?

—Eso parece —respondió Gabriel.

—Buen día para la Comunidad.

—Muy buen día.

Nada de lo que dijeron importaba.

Importaba lo que no se decía: las reuniones, la federación, los bandos, las llamadas, las heridas de comercio, la sensación de que todos sabían demasiado y fingían lo suficiente.

El alcalde mantuvo la sonrisa.

—Nos veremos allí.

—Seguro.

Cuando se alejó hacia la barra, Clara removi6 el café despacio.

—Qué bien fingís todos cuando os conviene.

Gabriel se sentó.

—No fingimos. Administramos la verdad.

—Eso es fingir con estudios.

—La política local es eso.

—Yo no valdría.

—Tú durarías quince minutos.

—Porque diría las cosas claras.

—Porque prenderías fuego al salón de plenos y luego dirías que solo has encendido una vela.

Clara se rió.

Pero miró de nuevo hacia el alcalde.

—Me ha mirado el Rolex.

—Normal.

—¿Normal por qué?

—Porque hoy vas imposible.

Clara fingió fastidio.

—No me digas eso, que luego te lo crees.

—Ya me lo creo.

Terminaron el desayuno sin prisa aparente, aunque Gabriel controlaba la hora con una precisión de relojero nervioso. Al salir, Clara se detuvo un momento frente al reflejo de la cristalera y se ajustó el collar.

—Estás perfecta —dijo él.

—Calla.

Pero no se movió hasta comprobarlo.

Volvieron al coche.

El camino hacia el Monasterio de San Veremundo de la Peña atravesaba campos de cereal, viñedos bajos y pequeñas elevaciones de piedra. A medida que se acercaban, empezaron a aparecer coches oficiales, señales provisionales, agentes regulando el tráfico y autobuses discretos con invitados que miraban por las ventanas.

El monasterio estaba en un alto.

San Veremundo de la Peña era un edificio de piedra dorada, severo sin ser triste, con una fachada que parecía haber aprendido a resistir siglos de viento, rezos, discursos y fotografías. Para el Día de la Comunidad, lo habían vestido con banderas, flores, alfombra y un protocolo que intentaba ordenar lo que la vanidad humana siempre desordena.

Gabriel aparcó donde le indicaron.

Sacó las acreditaciones.

Clara las miró con una emoción que intentó disimular.

—Déjame verla.

Gabriel le entregó una.

Ella pasó el pulgar por el plástico.

—Parece una tontería.

—No lo es.

—Ya.

No dijo más.

No hacía falta.

Entraron por la zona acreditada. Clara caminaba a su lado con una mezcla de naturalidad y asombro. No parecía fuera de lugar. Esa era una de sus virtudes: podía no haber estado nunca en un sitio y, sin embargo, entrar como si tuviera derecho a estar allí.

El claustro estaba lleno.

Autoridades regionales, alcaldes, empresarios, periodistas, representantes de asociaciones, militares, funcionarios, señoras con tocados prudentes, hombres con corbatas demasiado patrióticas y gente que saludaba sin detenerse del todo. Todo el mundo miraba y era mirado. Todo el mundo parecía calcular en qué grupo debía quedarse.

Clara observaba.

—Mira esa —susurró.

—¿Qué?

—El conjunto. Carísimo. Pero mal llevado.

—Eres terrible.

—Soy clara.

—Eres una auditoría con pendientes.

Clara apretó los labios para no reírse.

Algunos saludaron a Gabriel. Otros hicieron como si no lo vieran. Un par se acercaron con cordialidad medida. Clara percibía cada matiz.

—Ese no te quiere nada —dijo cuando uno se alejó.

—Ese no quiere a nadie que no pueda nombrarlo director de algo.

—¿Y ese?

—Ese me debe un favor.

—¿Y esa?

—Esa sabe dónde se entierran todos los cadáveres administrativos.

—Me cae bien.

El acto comenzó con música.

Luego discursos.

Palabras grandes bajo bóvedas antiguas. Comunidad, memoria, futuro, esfuerzo compartido, tierra, identidad. Gabriel escuchaba a medias. Clara más. Había algo en ella que se emocionaba con la puesta en escena aunque desconfiara de casi todos los que la protagonizaban. Esa contradicción también era muy Clara: podía criticar ferozmente a las instituciones y, al mismo tiempo, disfrutar de estar dentro del ritual.

Cuando entregaron las distinciones, Clara se inclinó ligeramente hacia Gabriel.

—Nunca pensé que estaría aquí.

Lo dijo muy bajo.

Casi sin mover los labios.

Gabriel no la miró para no romper el momento.

—Pues estás.

—Ya.

Ella tragó saliva.

—Gracias.

Fue apenas una palabra.

Pero aquella palabra tuvo más valor que muchas ovaciones.

Después del acto, el patio se llenó de conversaciones cruzadas. Copas de vino, bandejas, saludos, fotos, tarjetas. Clara posó en un par de imágenes, una de ellas delante de los grandes depósitos del antiguo espacio rehabilitado del monasterio, donde las estructuras modernas convivían con la piedra como si Valnera quisiera demostrar que también sabía mezclar tradición y diseño.

Gabriel le hizo una foto.

La luz no era perfecta. Ella quedó algo oscura por el contraluz, pero aun así se veía lo importante: Clara estaba allí, de pie, vestida para el día, rodeada de la gente que había visto tantas veces desde fuera.

—Esta foto no me favorece —dijo ella al verla.

—La importante no es la foto.

—Eso lo dices porque ha salido mal.

—Lo digo porque la importante eres tú estando ahí.

Clara se quedó callada.

No le regaló una respuesta bonita.

Pero guardó la foto.

Cuando el acto institucional terminó del todo, Gabriel no tomó el camino de vuelta.

—¿Dónde vas? —preguntó Clara.

—A la segunda parte.

—¿Hay segunda parte?

—Hay varias.

—Tú estás loco.

—Hoy es posible.

La llevó al Monasterio de Nuestra Señora de Valcárdena, dedicado a la Virgen, más pequeño, más íntimo, escondido entre nogales y piedra húmeda. Si San Veremundo había sido liturgia pública, Valcárdena era silencio privado. No había autoridades ni cámaras. Solo un patio interior, una iglesia recogida, un olor leve a cera y madera, y una calma que parecía incompatible con el ruido institucional de la mañana.

Clara caminó más despacio allí.

—Este me gusta más —dijo.

—¿Más que el oficial?

—Son cosas distintas.

—Muy diplomática.

—No te acostumbres.

Entraron al templo. La luz caía por una vidriera lateral y dibujaba manchas suaves sobre el suelo. Clara se quedó mirando una imagen de la Virgen, no con devoción evidente, sino con una especie de respeto silencioso.

Gabriel se apartó unos pasos.

Le gustaba verla cuando creía que nadie la estaba mirando.

Porque entonces la mujer importante descansaba un poco.

Clara pasó los dedos por el borde de un banco.

—Mi madre habría disfrutado esto —dijo.

Gabriel no respondió enseguida.

—Se lo cuentas luego.

—Igual.

—Con fotos.

—Ya veremos.

Había algo en la relación de Clara con su madre que Gabriel no terminaba de tocar sin hacerse daño. Orgullo, juicio, necesidad de aprobación, resistencia. Aquel día, sin embargo, hasta ese territorio parecía menos áspero.

Salieron de Valcádena con el sol ya más alto.

La siguiente parada fue la villa de Peñablanca.

Peñablanca era una localidad pequeña y elegante, con una plaza de soportales, casas claras, balcones de hierro y una fuente central donde el agua sonaba sin prisa. Parecía inventada para el vermú de los días buenos.

Se sentaron en una terraza.

Clara se quitó las gafas de sol y dejó el bolso en la silla. El camarero sirvió dos vermús con hielo, naranja, aceitunas y una tapa caliente. El primer sorbo le cambió la cara.

—Esto es vida —dijo.

—Tomo nota.

—No. Esto no se puede repetir.

—Todo se puede repetir.

Clara negó.

—No. Los días así no. Si intentas repetirlos, salen falsos.

Gabriel guardó la frase.

Clara tenía razón.

Los días perfectos no se repiten. Se recuerdan. Y a veces ni siquiera fueron perfectos; solo tuvieron la inteligencia de no mostrar sus grietas hasta años después.

En Peñablanca hablaron sin urgencia. Del acto, de la ropa, del alcalde, de quién había saludado a quién, de la señora del conjunto carísimo mal llevado, de la emoción

tonta de llevar una acreditación colgada, de los monasterios, de la madre de Clara, de los perros.

Porque al final siempre volvían los perros.

—Blus habría ligado hoy —dijo Gabriel.

—Blus liga siempre.

—Tiene tu carácter.

—Blus es mucho más educado que tú.

—Tampoco era difícil.

Clara sonrió.

Luego siguieron hasta San Tirso del Arlan, un municipio de calle principal amplia, fachadas con escudos antiguos y restaurantes que no necesitaban anunciarse demasiado porque la gente de la zona sabía dónde se comía bien.

Gabriel había reservado en Casa Ludeña, un comedor luminoso con manteles blancos, camareros de oficio y una cocina que olía a guiso, horno y producto tratado con respeto.

—¿También reservado? —preguntó Clara.

—Claro.

—¿Algo del día ha quedado al azar?

Gabriel pensó.

—Tú.

Clara lo miró.

—Buena respuesta.

Comieron despacio.

Entrantes al centro, un plato principal que Clara alabó dos veces, vino de la zona, pan crujiente, un postre compartido porque ella dijo que no quería postre y luego se comió la mitad del suyo. Gabriel no se lo reprochó hasta el final.

—Menos mal que no querías.

—Era para probar.

—Has probado con mucha profundidad.

—Calla.

El café llegó en taza blanca, con una pequeña galleta que Clara no tocó. Después sí.

—Te estás quedando sin credibilidad gastronómica — dijo Gabriel.

—Hoy no me critiques nada.

—Hoy no.

Ella lo miró con una calma rara.

—Hoy me estás tratando demasiado bien.

Gabriel sintió la tentación de responder con una broma.

No lo hizo.

—Te lo mereces.

Clara bajó la vista al café.

—No siempre.

La frase abrió un hueco.

Gabriel lo notó.

—Eso no lo decides tú sola.

—¿Ah, no?

—No.

Clara no contestó. Se quedó girando la cucharilla dentro de la taza, aunque el café ya no necesitaba moverse.

Había días en que Clara parecía aceptar la felicidad con cierta desconfianza, como si en algún lugar estuviera escrita una cláusula que la obligaría a pagarla después.

Por la tarde regresaron a Valdería.

La ciudad los recibió con una luz tibia de junio. No era aún noche, pero el día empezaba a aflojar. Se sentaron en una terraza tranquila, en una plaza donde los árboles daban una sombra amable. Clara dejó el bolso en la silla de al lado, se quitó discretamente un zapato bajo la mesa y suspiró.

—Estoy muerta.

—Pero qué elegante cadáver.

—Idiota.

—Feliz, ¿no?

Clara tardó un segundo.

—Sí.

La palabra fue limpia.

Sin ironía.

Sin defensa.

Sí.

Gabriel habría podido terminar el día ahí y ya habría sido suficiente.

Pero Gabriel rara vez sabía parar donde la sensatez recomendaba.

—Aún queda una cosa.

Clara cerró los ojos.

—No.

—Sí.

—Gabriel, no puedo más.

—Puedes.

—No.

—Es cena.

Abrió un ojo.

—¿Cena?

—Inauguración.

—No.

—Restaurante nuevo.

—No.

—Álvaro Montalbán.

Clara abrió los dos ojos.

—¿El de las dos estrellas?

—Ese.

—No puede ser.

—Puede.

—¿Hoy?

—Hoy.

—Tú estás fatal.

—Eso ya lo sabías en el desayuno.

El restaurante se llamaba La Forja de Alba.

Álvaro Montalbán, amigo de Gabriel y chef con dos estrellas Michelin, abría en Valdería un concepto nuevo: cocina de autor sin rigidez, producto de la tierra llevado a un territorio contemporáneo, sala elegante, luces cálidas, vajilla escogida y esa clase de inauguración donde todo el mundo intenta parecer invitado imprescindible.

Clara pasó por casa para retocarse.

Gabriel esperó de nuevo en el coche. Cuando bajó, parecía imposible que hubiera tenido un día entero encima. Había refrescado el maquillaje, recolocado el pelo, ajustado la blusa, cambiado apenas un detalle del bolso y recuperado la energía de quien sabe que la noche todavía puede mirarla.

—No digas nada —advirtió al entrar.

—No iba a decirlo.

—Mentira.

—Estás espectacular.

—Te he dicho que no dijeras nada.

—No obedezco bien.

—Eso ya lo sé.

La Forja de Alba estaba llena de nombres conocidos, periodistas locales, empresarios, políticos, amigos del chef, gente del vino y esa fauna de inauguración que mezcla hambre, vanidad y curiosidad. Álvaro salió a recibirlos personalmente.

—¡Gabriel! —lo abrazó—. Pensé que no llegabas.

—No podía perderme esto.

Álvaro miró a Clara.

—Y tú debes de ser Clara.

Clara sonrió como si el restaurante hubiera sido inaugurado también para que ella pudiera estar allí.

—Eso dicen.

—Me han hablado de ti.

—Espero que bien.

Álvaro miró a Gabriel.

—Intensamente.

Clara se giró hacia Gabriel.

—Luego hablamos.

Los acomodaron en una mesa excelente. La cena fue una sucesión de pequeños asombros: una crema fría servida en copa, un pescado con una salsa delicada, una carne tratada con precisión, panes distintos, aceite presentado como si fuera joyería líquida, un postre que parecía más frágil de lo que era.

Clara preguntaba, opinaba, disfrutaba.

—Esto es una barbaridad —dijo.

—Buena barbaridad.

—Muy buena.

—Entonces el día aprueba.

Ella lo miró.

—El día sobresale.

Gabriel no dijo nada.

No quería estropear la frase.

Después de cenar, cuando cualquier persona razonable habría dado la jornada por cerrada, Gabriel propuso un último cóctel.

—Uno —dijo Clara, levantando un dedo.

—Uno.

—Y luego a casa.

—Y luego a casa.

Fueron a El Mirador del Arco, una terraza elevada desde la que Valdería parecía una ciudad más amable, con las luces ordenadas, las calles suavizadas por la distancia y el murmullo nocturno convertido en decorado.

Clara se quitó la chaqueta.

El collar descansó sobre la blusa gris. El Rolex brilló cuando levantó la copa. Los pendientes atraparon una luz cálida. La jornada entera parecía haberse concentrado en ese gesto: Clara brindando en una terraza, vestida como quería estar, cansada, feliz, mirada.

—¿Por qué brindamos? —preguntó.

Gabriel la observó.

Podría haber dicho por Valnera, por el Día de la Comunidad, por los monasterios, por el chef, por el alcalde

saludando con los dientes apretados, por la suerte o por la belleza.

Dijo:

—Por ti.

Clara no contestó al instante.

Eso era raro.

Miró la copa, luego la ciudad, luego a Gabriel.

—Y por ti —dijo al fin—. Porque cuando quieres, conviertes la vida en una barbaridad.

Gabriel sonrió.

No contestó.

A veces uno recibe la frase que llevaba años intentando merecer y lo único inteligente es callarse.

El hielo se fue derritiendo en los vasos. La noche se quedó alrededor. Clara habló menos durante un rato, no por cansancio solamente, sino porque quizá estaba guardando el día en algún lugar interno donde no entraban los demás.

Aquel 9 de junio no fue solo un día bonito.

Fue una demostración.

De lo que Gabriel podía conseguir cuando se empeñaba.

De cómo Clara podía brillar cuando alguien le abría la puerta adecuada.

De cómo un acto institucional podía transformarse en una ceremonia íntima.

De cómo la vida, a veces, aceptaba ser dirigida por unas horas.

Clara olvidaría detalles.

Todos olvidamos detalles.

Pero no olvidaría el coche limpio esperándola por la mañana. Ni el collar sobre la blusa gris. Ni el alcalde saludando en la cafetería. Ni la acreditación en la mano. Ni la piedra de San Veremundo. Ni el silencio de Valcárdena. Ni el vermú de Peñablanca. Ni la comida de San Tirso del Arlan. Ni la terraza de la tarde. Ni La Forja de Alba. Ni el cóctel final.

No olvidaría, sobre todo, la sensación.

La de haber entrado por fin en un día al que siempre había mirado desde fuera.

Y la de saber que Gabriel, cuando quería hacerla feliz, no le preparaba un momento.

Le construía un mundo.

La comida de aquel día no terminó cuando pidieron la cuenta.

Eso lo sabría Gabriel años después, porque hay jornadas que continúan trabajando por dentro mucho después de haber acabado. Uno vuelve a casa, se quita la chaqueta, deja las llaves en un mueble cualquiera, contesta dos

mensajes y cree que el día se ha cerrado. Pero no. Algunos días se quedan encendidos en una habitación interior, como esas luces de emergencia que nadie mira hasta que todo se apaga.

Al salir de Casa Ludeña, Clara se detuvo un segundo en la puerta del restaurante.

—Espera.

Gabriel, que ya buscaba las llaves del coche, levantó la vista.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Pero no era nada.

Clara miraba la calle principal de San Tirso del Arlan, las fachadas de piedra, los balcones antiguos, un grupo de hombres mayores discutiendo junto a una fuente, una pareja saliendo de misa tardía, el reflejo del sol en los cristales de un escaparate cerrado.

—Me gusta esto —dijo.

—¿El pueblo?

—El día.

Gabriel guardó las llaves en el bolsillo.

—Pues quédate un poco dentro.

Clara lo miró.

—¿Dentro de qué?

—Del día.

Ella no contestó. Caminó despacio hacia la plaza. No llevaba ya la energía de la mañana, esa autoridad brillante con la que había salido de casa, pero conservaba otra cosa más íntima: la satisfacción cansada de quien se ha visto colocada, por una vez, en el sitio exacto donde quería estar.

Se sentaron en un banco de piedra.

No hablaron durante unos segundos.

A Gabriel le costaba no llenar los silencios, pero aquella vez lo consiguió. Quizá porque Clara estaba mirando algo que no era la calle. Miraba hacia dentro.

—Mi madre no se va a creer lo del monasterio —dijo al fin.

—Enséñale las fotos.

—Dirá que salgo mal.

—Eso lo dices tú siempre antes de que pueda decirlo nadie.

Clara sonrió sin mirarlo.

—Porque es verdad.

—Hoy no.

—Hoy tampoco estoy tan bien.

Gabriel se giró hacia ella.

—Clara.

—¿Qué?

—Hoy has entrado en San Veremundo como si lo hubieran construido para que tú pasaras por el claustro.

Ella bajó la vista, fingiendo ajustar el bolso.

—No seas exagerado.

—Soy exacto.

—Eres un pelota.

—También.

Clara se rio. Luego volvió a ponerse seria.

—Me ha gustado que el alcalde me saludara.

Lo dijo bajo, casi con vergüenza, como quien confiesa una vanidad pequeña y legítima.

Gabriel no se burló.

—Lo sé.

—No por él.

—No.

—Por estar ahí.

—Ya.

—No mirando desde fuera.

Gabriel sintió en esa frase todo el sentido de la jornada. Había organizado acreditaciones, desayunos, rutas, comida, cena y cóctel, pero quizá el verdadero regalo era más sencillo: colocar a Clara en el lado de dentro de una puerta que siempre había visto desde fuera.

—Te quedaba bien ese sitio —dijo.

—¿Cuál?

—Dentro.

Ella no respondió enseguida.

Pasó un coche lento por la plaza. Una niña se soltó de la mano de su madre para tocar el agua de la fuente. En una terraza cercana, alguien pidió dos cafés.

—A veces creo que me ves mejor de lo que soy —dijo Clara.

Gabriel pensó mucho antes de contestar. Demasiado para él.

—No. Creo que a veces tú te ves peor de lo que eres.

Clara hizo un gesto con la boca, como si fuera a protestar. Pero no lo hizo.

Ese silencio fue uno de los mejores agradecimientos que Gabriel recibió aquel día.

Cuando regresaron al coche, Clara se miró en el retrovisor antes de entrar.

—Estoy agotada.

—Normal.

—Pero bien.

—Eso también.

Durante el viaje de vuelta a Valdería, puso la mano sobre el bolso y apoyó la cabeza en el respaldo. No se durmió, aunque cerró los ojos varios minutos.

Gabriel condujo sin música.

No quería romper nada.

En una curva, Clara habló sin abrir los ojos.

—No intentes repetir este día.

Él sonrió.

—No pensaba.

—Mentira.

—Un poco.

—No se puede repetir.

—Lo sé.

—Si lo intentas, lo estropeas.

Gabriel la miró apenas de reojo.

—Entonces lo guardamos.

Clara abrió los ojos.

—Eso sí.

Y Gabriel lo guardó.

Lo guardó tanto que años después, cuando todo pareciera perdido, todavía podría recorrerlo entero: el coche limpio, la blusa gris, el collar, el alcalde, la acreditación, la piedra del monasterio, el vermú, la plaza, el banco, la frase sobre mirar desde fuera.

Porque aquel día Clara no solo brilló.

Aquel día descansó un poco dentro de su propio brillo.

Y eso, Gabriel lo supo incluso entonces, era mucho más difícil de conseguir.

CAPÍTULO 20

La cuadratura del círculo

En la nevera de Clara había más recordatorios veterinarios que recetas.

Vacunas, revisiones, peluquerías, tratamientos, controles, una cita para uñas, otra para analítica, otra para revisar una cojera que quizá no era nada pero con Clara nunca se dejaba en “quizá”. Los papeles se sujetaban con imanes de viajes, fotos pequeñas y alguna nota escrita deprisa con esa letra suya que parecía enfadada incluso cuando apuntaba algo neutral.

Gabriel lo vio una tarde y bromeó:

—Tienes a los perros mejor gestionados que algunas empresas.

Clara, que estaba buscando una cartilla en un cajón, contestó sin levantar la cabeza:

—Mis perros funcionan mejor que algunas empresas.

—Eso tampoco era difícil.

—Y se quejan menos que tú.

Gabriel se apoyó en el marco de la puerta.

—Eso sí es verdad.

Clara encontró la cartilla, la abrió, revisó una fecha y respiró aliviada.

—No se me pasa nada.

No lo dijo con orgullo.

Lo dijo como una obligación moral.

Clara cuidaba a sus perros con una disciplina que desmentía cualquier acusación de frivolidad.

Quien solo la veía entrar en Maison Canis con un abrigo bueno, un perfume caro y esa forma suya de ocupar el espacio podía equivocarse. Podía pensar que Clara era puro carácter, puro escaparate, pura necesidad de hacerse notar. Pero bastaba mirar cómo llevaba la cartilla sanitaria de sus perros para entender otra cosa.

No se le pasaba una vacuna. Ni una revisión. Ni una analítica. Ni una limpieza. Ni una cita con el veterinario.

Sabía fechas, dosis, síntomas, pesos, tratamientos, intolerancias, manías y horarios. Podía olvidar comer, podía salir de casa con el pelo recogido de cualquier manera, podía llegar a la tienda diciendo que no había tenido tiempo ni de mirarse al espejo, pero si uno de los perros tenía revisión, el mundo entero se reorganizaba alrededor de esa cita.

—Hoy no he tenido tiempo ni de tirarme un pedo —decía.

Lo decía con una mezcla de rabia y agotamiento muy suya, como si el día hubiera sido una pelea física y ella acabara de salir del ring sin saber todavía si había ganado.

Gabriel se reía.

—Eso es muy fino, Clara.

—Fina estoy yo para tonterías.

—¿Has comido?

—No.

—¿Has ido a la peluquería?

—No.

—¿Has descansado algo?

—No.

—Pero Kika tiene peluquero a las seis.

Clara lo miraba como si la pregunta fuera ofensiva.

—Pues claro.

Y ahí estaba la verdad.

Para ella podía no haber tiempo. Para sus perros, siempre.

Si había que sacar una hora, la sacaba de debajo de las piedras. Si había que cerrar antes, cerraba. Si había que aplazar una reunión, la aplazaba. Si había que conducir cansada, conducía. Si había que discutir con un veterinario,

discutía. Si había que pagar una factura que no cabía en ninguna previsión decente, hacía la cuadratura del círculo.

Esa expresión le gustaba a Gabriel para ella.

La cuadratura del círculo.

Clara era capaz de no comprarse algo, de posponer una reparación, de entrar en modo ahorro sin avisar, de bajar la intensidad de sus gastos como esos móviles buenos cuando se quedan sin batería y activan una luz mínima para sobrevivir. Pero si un perro enfermaba, no dudaba.

Zaragoza. Bilbao. Madrid. La ciudad que hiciera falta. El especialista que hiciera falta. La factura que nadie en su sano juicio se plantearía pagar por un animal y que muchos dudarían incluso en gastar para sí mismos.

Clara no dudaba. O dudaba después.

Primero salvaba. Luego miraba la cuenta.

Serena había llegado antes, en 2022.

Y conviene contarla antes que Nevada, porque Serena no pertenecía al tiempo del derrumbe de 2025, sino a otra etapa: la de Clara ahorrando en silencio, entrando en fase ahorro de energía, preparando una llegada que solo ella parecía tener del todo decidida.

Gabriel empezó a notarlo antes de saberlo.

Clara estaba rara con el dinero.

No tacaña. Clara no era tacaña. Pero sí contenida. Menos efusiva. Menos compras impulsivas. Menos “esto me gusta”. Menos “mira qué collar”. Menos “voy a coger esto para Maison Canis”.

Había entrado, como decía Gabriel, en fase ahorro de energía.

—Te pasa algo —le dijo.

—No me pasa nada.

—Eso es mentira.

—Pues entonces no preguntes.

Gabriel la observó durante días.

Clara posponía cosas. No iba a la peluquería. Miraba más los precios. Hacía números. No decía por qué.

Hasta que lo supo.

Serena.

Una schnauzer sal y pimienta miniatura.

Rusa.

Clara se había encaprichado con ella.

No era un capricho simple. O no para Clara. Había visto fotos, vídeos, líneas de sangre, criador, transporte, documentación, vacunas, permisos, costes. Había hecho cuentas. Había ahorrado con esa determinación suya que podía parecer frialdad vista desde fuera.

—¿Desde Rusia? —preguntó Gabriel.

—Sí.

—Claro. Porque no había perros más cerca.

Clara lo miró.

—No empieces.

—No empiezo. Solo constato que para comprar un perro te montas una operación internacional y para comprarte unos zapatos te lo piensas tres meses.

—Los zapatos no me miran.

Gabriel se quedó callado.

Esa era Clara.

Podía decir una frase absurda y dejarla llena de verdad.

Serena llegó después de papeleos, nervios, esperas y mensajes. Cuando Clara la tuvo por fin en brazos, la casa cambió otra vez de respiración.

Era pequeña, sal y pimienta, elegante, con esa mezcla de fragilidad y carácter que a Clara la desarmaba.

—Mírala —dijo.

Gabriel la miró.

A Serena.

Y a Clara.

No supo cuál de las dos estaba más emocionada.

Entonces entendió algo que ya sabía, pero que conviene aprender varias veces para no olvidarlo: Clara podía discutir con medio mundo, podía perder la razón por las formas, podía herir con verdades mal lanzadas, podía exigir, reprochar, invadir o apartarse.

Pero con los animales había en ella una pureza difícil de discutir.

Los cuidaba como si en cada perro intentara salvar una parte de sí misma.

Y quizá eso era exactamente lo que hacía.

CAPÍTULO 21

La mujer que brilló

La gran campaña de la avenida Jorge Aranda pertenecía a la misma época emocional que la llegada de Blus: días de esfuerzo, liquidez difícil, cumpleaños, comercio, orgullo y esa manera de Gabriel de levantar escenarios cuando Clara necesitaba volver a brillar.

No fue una campaña.

Fue un escenario.

La zona comercial necesitaba imagen, actividad, ruido, prestigio. Clara necesitaba demostrar que su papel servía. Que no estaba perdiendo el tiempo entre reuniones y comerciantes. Que su madre podía mirar aquello con otros ojos.

Gabriel lo entendió.

Primero cambió la imagen.

Después consiguió el autobús urbano más deseado de Valdería, ese soporte que todos querían porque recorría la ciudad como una pancarta con ruedas. Ver la marca de la asociación cruzando avenidas era una forma de decir: estamos aquí.

Luego vino Sabina.

Diez entradas para el último concierto de Joaquín Sabina en Valdería, sorteadas entre quienes compraran en los comercios. Pero Gabriel añadió lo imposible: el ganador que más gastase entraría al camerino.

No entró cualquiera.

Dos concejales y el ganador.

La foto salió en medios.

Durante días, la campaña fue conversación.

Después llegaron San Mateo, entradas para pelota y toros, Black Friday, Día de la Madre y, finalmente, Navidad.

Una Navidad diseñada como si una avenida pudiera convertirse en película.

Bonos de compra. Premios. Una ganadora recogida en limusina. Peluquería. Comida con tres invitadas. Compras de Reyes por los comercios. Dos personal shoppers.

Era exagerado. Memorable. Muy Gabriel. Muy Clara.

Ella brilló.

Y Gabriel, al verla brillar, fue feliz.

No de una manera limpia. Gabriel casi nunca era limpio cuando se trataba de Clara. Fue feliz con orgullo, amor, deuda, necesidad de demostrar y esa forma suya de creer

que elevar a alguien era también asegurarse un lugar debajo.

El broche fue secreto.

Mil euros para una acción especial en Maison Canis durante Navidad: packs premium, bonos de regalo, cestas para perros, detalles de lujo y un escaparate que convirtió la tienda insignia en una postal de invierno.

Y después, la guinda: un gran encargo de Reyes por seis mil euros a la tienda, con productos, cestas, colonias caninas, mantas, snacks gourmet y accesorios que entrarían en casas de media Valdería.

La madre de Clara, que cuestionaba su implicación en asociaciones, empezó a verlo de otra manera.

Eso importaba.

Después, por un problema administrativo ajeno a Gabriel, parte de las subvenciones se perdió. Él pagó. Guardó pagarés que sabía que no cobraría. Perdió más de ocho mil euros.

Nunca se lo echó en cara.

O quiso creer que no.

Pero cuando recordaba aquella campaña, no recordaba primero el dinero.

Recordaba a Clara brillando.

Y esa era una de sus condenas:

podía perder casi cualquier cosa si durante unos días ella estaba arriba.

Muy arriba.

CAPÍTULO 22

La última persona

Clara tuvo que operarse.

Antes de eso, Gabriel había movido hilos para contratarle una póliza médica. La acompañó a dentistas, ginecólogos, consultas, diagnósticos. Ella necesitaba cosas. Él intentaba resolverlas. A veces eso unía. A veces convertía la ayuda en deuda. A veces las dos cosas al mismo tiempo.

El ginecólogo recomendó un último tratamiento antes de pasar por quirófano. Un dispositivo caro en España. Gabriel lo consiguió en Andorra y se lo regaló.

No bastó.

La operación llegó.

Clara decía que irían su madre y Marcos Bermejo. Que Gabriel no hacía falta. Que no fuera. Gabriel, envalentonado, le repetía una frase absurda:

—Seré la última persona que veas antes de entrar y la primera que veas al salir.

Clara se reía.

—No. Estará mi madre.

La tarde anterior él la llevó al hospital. Hablaron. Bromearon. Jugaron con aquella promesa imposible. Al día siguiente Clara debía entrar a quirófano a las nueve.

Gabriel apareció a las ocho.

No podía no estar.

De pronto entró una enfermera. La primera intervención se había complicado o suspendido; adelantaban a Clara.

La llevaron antes de lo previsto.

Gabriel caminó con ella hasta la puerta.

Clara lo vio allí.

La última persona.

Casualidad, habría dicho cualquiera.

Gabriel no creía en las casualidades cuando le daban la razón.

Después se fue a trabajar.

Pero mientras Clara estaba en quirófano hizo algo que ella no esperaba: llamó a su padre.

El padre de Clara era una presencia rota. Ella lo adoraba, aunque él hubiera fallado de maneras difíciles de perdonar. La vida, las separaciones, nuevas parejas y viejos agravios habían dejado entre ellos una relación mínima,

casi ceremonial. Un “hola, hija”, “hola, papá” cuando se cruzaban por Valdería.

Gabriel lo llamó.

—Están operando a su hija. No es grave. Pero nadie sabe qué pasa cuando alguien entra en un quirófano.

El padre dio las gracias.

Y desde entonces, todos los días, empezó a enviarle a Clara un buenos días. Una foto. Un mensaje. Un vídeo. Una llamada a veces.

Gabriel no presumió de aquello. Pero lo guardó como uno de sus mejores regalos.

A las cuatro de la tarde volvió al hospital pensando que Clara ya estaría en la habitación. Encontró a la madre y a Marcos con cara de estatuas de sal.

La cama estaba vacía.

—¿Clara?

—No ha subido.

—¿Habéis preguntado?

Le dijeron que la operación había salido bien, pero que no sabían más.

Gabriel bajó. Preguntó. Insistió. Llegó hasta donde no debía. Encontró enfermeras tomando café y preguntó por Clara Valcárcel.

—Está bien. Ya la subirán.

Gabriel miró a la enfermera.

—Dejad el café y subidla ya. Su madre lleva desde las nueve esperando en una habitación vacía.

La subieron.

Y, como si la frase hubiera querido cumplirse entera, Gabriel fue la primera persona que Clara vio al salir.

Después iría mañana, tarde y noche. Cerraría su negocio. La acompañaría en el postoperatorio. La sacaría a tomar café con leche y tostadas con tomate cuando le dieron el alta.

Años después, en otra cama, cuando Gabriel estuviera grave y Clara no fuera a verlo, esa memoria volvería como un cuchillo.

Pero entonces todavía no lo sabían.

Entonces solo eran dos personas creyendo que algunas promesas imposibles, si se desean lo bastante, pueden cumplirse.

CAPÍTULO 23

Centurión

Centurión nació de un portazo.

O, al menos, así lo recordaba Gabriel.

Clara había empezado a hablar de cruzar a Kika. Había en ella algo parecido al síndrome del nido vacío, una necesidad de llenar la casa de vida nueva, de mirar cachorros, de imaginar continuidades.

Gabriel le enseñó la foto de un perro.

Era hijo de campeón americano.

Clara se enamoró al instante.

Durante días hablaron de él, de Kika, de cruces, de exposiciones, de belleza canina, de posibilidades. Clara se ilusionó. Luego se asustó. Luego se enfadó.

Un domingo, en la puerta de su casa, dio un portazo y dijo una frase que Gabriel no olvidaría jamás:

—Soy una desgraciada por hacerme ilusiones de tener un perro como ese, si tú eres un muerto de hambre que no tiene donde caerse muerto.

La frase cayó entre ellos como cae una piedra en un cristal.

Gabriel pudo haberse marchado. Pudo haber esperado. Pudo haber entendido la herida detrás del insulto. Pudo haber hecho cualquier cosa sensata.

No hizo ninguna.

Esa tarde llamó al criador. Al día siguiente quedó a medio camino. Compró el cachorro.

Le mandó a Clara un vídeo: el perro caminando por el césped.

Ella respondió:

—Vete a la mierda, desgraciado.

Gabriel hizo una videollamada.

A los cinco segundos, Clara dijo:

—Ese es tu estudio.

Colgó.

No pasaron tres minutos antes de que sonara el timbre.

Clara apareció en el estudio.

Y se fue con Centurión entre los brazos.

Así era ella.

Podía insultar la escena y entrar dentro de ella corriendo.

Centurión no fue solo un perro. Fue promesa, orgullo, pedigrí, exposiciones, peluquería en Gijón, hoteles, viajes, veterinarios, críticas, miradas ajenas, caninas, papeles, campeonatos, ilusiones y otra forma de batalla.

Clara se centró en él.

Gabriel la vio gastar tiempo, dinero, energía. Al principio la acompañó. Después empezó a preocuparse. Un día la citó a café y le habló con sinceridad.

—Estás tirando el dinero.

Clara endureció la mirada.

—¿Perdón?

—Es muy difícil hacer campeón a un perro. Y aunque lo consigas, tú no vales para criar.

—¿Ah, no?

—No podrías separarte de los cachorros.

Aquello la hirió.

Quizá porque era verdad.

En los concursos otros expositores empezaron a criticarla. Clara tenía ese talante de importante que despertaba admiración y rechazo con la misma facilidad. Llegaron a decirle que tenía un perro que no había pagado.

Gabriel lo consideró una infamia.

Todos sus regalos habían sido pagados. Todos obtenidos lícitamente. Todos.

Pero la verdad, en los mundos pequeños, no siempre pesa más que una frase bien colocada.

Centurión creció.

Y con él creció otro territorio de Clara donde Gabriel podía entrar, ayudar, discutir, pagar, opinar, estorbar y quedarse fuera.

Como siempre.

La primera exposición importante de Centurión fue una mezcla de peluquería, hotel barato, carretera mojada y nervios mal disimulados.

Clara llevaba tres días hablando de lo mismo.

El stripping.

El juez.

El ring.

La posición de las patas.

La línea dorsal.

La barba.

El movimiento.

Gabriel escuchaba como quien aprende un idioma por necesidad amorosa. No entendía la mitad de las palabras,

pero entendía a Clara. Y eso, durante mucho tiempo, le bastaba.

La víspera salieron hacia Gijón con Centurión en el transportín y dos bolsas más de las que cualquier persona razonable habría preparado para un perro. Clara llevaba toallas, cepillos, peines, comida, premios, papeles, cartillas, una manta que olía a casa, botellas de agua y un pequeño neceser que parecía más importante que el equipaje de Gabriel.

—¿Seguro que no falta nada? —preguntó él al cerrar el maletero.

Clara lo miró como si hubiera dicho una barbaridad.

—No me pongas nerviosa.

—Era una pregunta.

—Tus preguntas ponen nerviosa.

Centurión ladró desde dentro.

—¿Ves? —dijo Clara—. Hasta él lo nota.

El hotel aceptaba perros, pero no parecía entusiasmarse con ellos. La recepcionista miró a Centurión con la sonrisa profesional de quien sabe que cualquier gesto de rechazo puede convertirse en una mala reseña.

—Es muy tranquilo —dijo Clara.

Centurión eligió ese momento para intentar olfatear una maceta enorme junto al mostrador.

Gabriel tosió para no reírse.

—Muy tranquilo —repitió.

Clara le dio un codazo.

La habitación olía a detergente industrial y calefacción antigua. Había dos camas juntas, una colcha con dibujos geométricos imposibles y una ventana desde la que se veía una calle secundaria, una farmacia y parte de un semáforo.

Clara soltó a Centurión y lo primero que hizo fue revisar el suelo.

—No quiero que pise nada raro.

—Clara, es una habitación de hotel, no una central nuclear.

—Tú cállate y mira debajo de la cama.

Gabriel se agachó.

—Como ordene la directora técnica.

—No seas imbécil.

Pero estaba nerviosa.

Mucho.

Por la noche casi no cenó. Decía que se encontraba rara, que el perro no estaba en su mejor pelo, que quizá no debían haber ido, que los otros expositores sabrían más, que la peluquera había dejado una zona demasiado corta, que Centurión se movía raro cuando se cansaba.

Gabriel la escuchó en silencio hasta que no pudo más.

—Clara.

—¿Qué?

—Mírame.

Ella seguía colocando un peine sobre una toalla.

—No tengo tiempo para terapias.

—Mírame un segundo.

Clara levantó la vista.

—Vas a entrar mañana como si ese ring fuera tu tienda —dijo él—. Vas a mirar al juez como miras a un proveedor que intenta colarte una factura mal hecha. Vas a llevar a Centurión como si no hubiera otro perro en el pabellón. Y si no ganáis, no pasa nada. Pero que no se note que dudas.

Clara lo miró varios segundos.

—Qué fácil lo haces todo cuando no lo tienes que hacer tú.

—Lo sé.

—Me estás poniendo más nerviosa.

—También lo sé.

Ella bajó la mirada hacia Centurión, que se había tumbado con la cabeza sobre la manta de casa.

—Es muy bonito, ¿verdad?

Gabriel miró al perro.

Era bonito, sí. Pero lo que realmente le impresionaba era el modo en que Clara lo miraba a él.

—Es espectacular —dijo.

La mañana de la exposición amaneció con lluvia fina. El pabellón olía a pelo mojado, desinfectante, café de máquina y nervios. Perros de todos los tamaños pasaban de un lado a otro con humanos detrás cargando transportines, sillas plegables, bolsas y una dignidad variable.

Clara cambió al entrar.

Gabriel lo vio.

El miedo no desapareció, pero se cubrió con una capa de autoridad. La espalda se le enderezó. La voz se le hizo más firme. La mirada más selectiva. Era Clara entrando en otro territorio con la intención de que el territorio entendiera que ella no venía a pedir permiso.

Y eso, naturalmente, molestó a algunas personas antes incluso de que hiciera nada.

—Esa es nueva —oyó Gabriel decir a una mujer con chaqueta azul.

—Viene fuerte —contestó otra.

No lo dijeron muy alto.

Lo suficiente.

Clara también lo oyó.

No giró la cabeza.

Solo apretó un poco más la correa.

—No entres —murmuró Gabriel.

—No iba a entrar.

—Te conozco.

—Pues cállate.

El ring duró pocos minutos y una eternidad. Centurión caminó, se detuvo, se dejó mirar, enseñó dientes, movió las patas con esa mezcla de obediencia y orgullo que a Clara le parecía casi humana.

El juez habló con ella. Clara contestó. No demasiado. Lo justo. Gabriel no entendía los detalles técnicos, pero entendía la escena: Clara dentro, sosteniendo al perro, sosteniéndose a sí misma, buscando una validación que no era solo canina.

Cuando salieron, no habían ganado lo que Clara soñaba.

Tampoco habían hecho el ridículo.

Pero en los mundos donde el orgullo entra tan arreglado, cualquier resultado intermedio sabe a poco.

Clara guardó los papeles sin decir nada.

—Ha estado bien —dijo Gabriel.

—No me digas eso.

—¿Por qué?

—Porque no sabes si ha estado bien.

Era verdad.

Gabriel no lo sabía.

Pero sabía que ella necesitaba escucharlo y, al mismo tiempo, no soportaba que se lo dijera alguien que no podía medirlo.

Esa era Clara.

A la salida, bajo la lluvia, una mujer comentó algo sobre el perro, sobre el criador, sobre si estaba pagado o no, sobre gente que llega y se cree que todo se compra.

Gabriel se detuvo.

Clara también.

Durante un segundo pareció que el pabellón entero iba a reducirse a esa frase.

—Vámonos —dijo Clara.

Gabriel la miró.

—¿Seguro?

—Vámonos.

No era cobardía.

Era cansancio.

En el coche, Centurión se durmió enseguida.

Clara miraba por la ventanilla.

—No ha sido tan malo —dijo Gabriel.

—No hables.

Él obedeció.

Pasaron casi veinte kilómetros antes de que ella dijera:

—La próxima vez lo haremos mejor.

Gabriel sonrió sin que ella lo viera.

Ahí estaba.

La herida convertida en plan.

El orgullo convertido en calendario.

La derrota pequeña convertida en otra razón para volver.

Y así empezó todo: no con un triunfo, sino con la decisión de Clara de que nadie, ni un juez, ni una expositora venenosa, ni una frase mal colocada, iban a decirle desde fuera cuánto podía brillar con su perro.

SEGUNDA PARTE El idioma del mimo

CAPÍTULO 24

La noche sin dormir

El juicio lo sabía Clara.

Nadie más.

Ni los padres de Gabriel.

Sus socios lo habían denunciado por incluir cuotas impagadas de la asociación en una lista de morosidad. Los abogados le decían que no habría problema. Él quiso creerlo, porque uno siempre quiere creer a quien le dice que no va a pasar nada cuando todo puede pasar.

Pero en los pasillos del juzgado las frases pesan de otra manera.

Clara estaba a su lado.

No como adorno. No como curiosa. No como acompañante accidental. Estaba porque sabía. Porque aquel secreto, de momento, lo sostenían entre los dos.

Empezaron las preliminares.

El abogado salió.

La cara ya traía la noticia antes que la boca.

—Siete años de cárcel —dijo—. O dos años y cuarenta mil euros, y no entras en prisión.

Gabriel se quedó sin cuerpo.

Hasta entonces el miedo había sido una posibilidad. Una palabra que se deja en manos de abogados. Una hipótesis jurídica. Algo escrito en papeles que otros leen con una tranquilidad ofensiva. Pero cuando la frase salió en aquel pasillo, el miedo dejó de ser una hipótesis y se convirtió en una habitación cerrada.

Después llegó la frase que lo terminó de hundir:

—Coge el acuerdo. La sentencia de siete años está hecha.

No hubo épica.

Solo supervivencia.

Gabriel firmó.

No porque aceptara íntimamente aquello. No porque se sintiera culpable de todo lo que le estaban colocando encima. Firmó porque, a veces, la vida no te ofrece justicia; te ofrece una salida menos oscura que la otra.

Clara lo vio venirse abajo.

Vio al hombre que preparaba campañas, que llamaba a políticos, que convencía periodistas, que conseguía entradas imposibles y encontraba hoteles ocultos, quedarse reducido a una silla, a una firma, a una cifra y a un miedo.

Esa imagen no se borraría nunca del todo.

Aquella noche Clara no durmió.

Se fue a casa, pero una parte de ella se quedó en aquel pasillo. Revisó digitales. Esperó la noticia. Temió la noticia. Miró el móvil demasiadas veces. Pensó en Gabriel, en sus padres, en la asociación, en la prensa local, en la ciudad pequeña que lo devora todo antes de saber si es verdad.

A las cuatro de la mañana le escribió:

—Llámame.

Gabriel llamó.

No hubo un gran discurso. No hubo frases perfectas. Ninguno de los dos estaba para literatura.

—¿Qué tal estás? —preguntó ella.

No estaba bien.

Ella lo sabía.

—Café a las ocho.

A las ocho se vieron.

Clara llevaba en la cara una noche sin dormir. Gabriel llevaba en la cara algo peor: una noche entera dentro de sí mismo.

Ella le dijo que saldría en prensa al día siguiente.

No era consuelo.

Era acompañarlo a mirar de frente lo que venía.

A veces querer a alguien no es decirle que todo irá bien. A veces quererlo es sentarte delante y decirle: prepárate, viene.

Gabriel siempre pensó que le agradeció poco aquella noche.

Quizá porque estaba demasiado hundido.

Quizá porque los hombres que se rompen de golpe no siempre saben mirar a quien ha pasado la madrugada vigilando sus ruinas.

Pero no lo olvidó.

Porque Clara no fue solo la mujer a la que él subía en palmitas.

También fue la mujer que estuvo cuando a él le dijeron que podía ir a prisión.

CAPÍTULO 25

La vida que parecía una tregua

Después vinieron los viajes.

O quizá los viajes ya estaban viniendo desde antes y Gabriel, con el tiempo, los ordenó como se ordenan las fotografías: no siempre por fecha, sino por la emoción que conservan.

Ibiza fue una de esas decisiones que una persona prudente habría pospuesto.

Diez días.

No sobraba el dinero. No sobraba la calma. No sobraba nada. Pero a veces las historias necesitan un lugar lejos para creer que todavía pueden respirar.

En Ibiza, Valdería quedó atrás.

Lejos las asociaciones, lejos los pasillos del comercio, lejos Natalia Ordóñez intentando medir el ánimo de Gabriel, lejos Vega Santamaría y Adriana Villalba, lejos Elena Ugarte, lejos Marcos Bermejo, lejos los teléfonos que sonaban siempre cuando no debían.

Clara caminaba de otra manera allí.

Más ligera.

No menos Clara, porque Clara nunca dejaba de ser Clara, pero sí con menos armadura. Miraba escaparates, protestaba por el calor, se reía por una tontería, se enfadaba porque el hambre le cambiaba el carácter, volvía a reírse como si nada.

Gabriel la miraba y pensaba que tal vez ese era su verdadero talento: no montar campañas, sino encontrar durante unas horas una versión de Clara que no necesitaba defenderse de todo.

Después llegaron otros sitios.

Ultzama.

Gijón.

Briñas.

Bilbao.

Zarauz.

Carreteras, maletas, desayunos, discusiones, reconciliaciones, llamadas de trabajo a deshora, perros nombrados desde habitaciones de hotel, cafés de estación, cenas donde el mundo parecía estar en pausa.

Ultzama fue diferente.

Clara lo llamó alguna vez su paraíso particular.

El hotel tenía un spa con cristaleras enormes. Dentro, el agua caliente les envolvía el cuerpo. Fuera, las vacas

pastaban bajo un frío que parecía diseñado para mirar desde dentro. Gabriel había preparado cóctel de bienvenida, cava, bombones, fruta y dos albornoces.

Al día siguiente desayunaron en la cama.

Era la primera vez que a Clara le servían un desayuno así.

Gabriel lo recordaría siempre.

No por el café.

No por el pan.

No por el hotel.

Sino por la cara de Clara al descubrir que alguien había pensado en ella antes de que ella tuviera que pedir nada.

Ese era el centro de todo.

Pensar en ella antes.

Preparar antes.

Llegar antes.

Tal vez por eso el 3J dolería tanto después.

Porque el hombre que durante años había llegado antes a casi todo, aquel día llegó tarde incluso a lo sencillo.

CAPÍTULO 26

La canción y la puerta

A Clara le gustaba Amaia Montero.

No de una forma superficial, de esas que se resumen en una canción pegadiza. Había algo en aquella voz, en aquella manera de cantar heridas con melodía, que le tocaba un lugar propio.

Gabriel lo sabía.

Y cuando Gabriel sabía que algo podía hacer feliz a Clara, el deseo dejaba de ser deseo y pasaba a ser misión.

En dos conciertos en Valdería consiguió que entrara al camerino.

No era solo asistir.

Eso podía hacerlo cualquiera con una entrada.

Lo importante era cruzar la puerta.

La puerta que separa al público de lo reservado. La admiradora de la persona admirada. El sueño de la fotografía.

Clara pudo estar con Amaia.

Pudo verla de cerca.

Pudo fotografiarse con ella.

Gabriel la miró disfrutar de aquello y volvió a sentir la vieja satisfacción: la de haberle dado algo que ella no habría tenido sin él.

No una cosa.

Una escena.

Otra vez.

Por eso, muchos años después, cuando apareció Valeria Cárdenas Rivas y Gabriel dijo que quizá podía conseguir entradas para un concierto imposible, Clara no escuchó una simple fanfarronada.

Escuchó un idioma.

Yo te lo consigo.

Ese era el verbo.

Y Clara conocía demasiado bien ese verbo en boca de Gabriel.

Había abierto camerinos.

Había encontrado hoteles.

Había movido campañas.

Había conseguido que una ciudad mirara donde él quería.

Que después no hiciera nada por aquellas entradas no importaba tanto como Gabriel pensó.

A Clara le dolió antes de que ocurriera nada.

Le dolió reconocer la llave.

Antes, esa llave había sido suya.

Ejemplar personal para Beatriz

CAPÍTULO 27

Kika

Kika tenía una forma de mirar que parecía preguntar antes de obedecer.

No era desobediencia pura. Era inteligencia. Clara lo vio enseguida y eso la conquistó todavía más. Le gustaban los animales con carácter porque quizá, en el fondo, se reconocía en ellos. Un perro demasiado dócil le habría parecido triste. Kika, en cambio, tenía nervio.

—Esta va a ser lista —dijo Gabriel.

—Ya lo es.

—Lleva aquí diez minutos.

—Me basta.

Kika mordió la punta de una manta como si quisiera confirmar el diagnóstico.

Clara la levantó con cuidado.

—No hagas caso a este. Tú eres perfecta.

—Está mordiendo la manta.

—Está explorando.

—Cuando yo rompo algo, no dices que exploro.

—Porque tú tienes menos encanto.

Gabriel aceptó la derrota.

Con los perros de Clara era imposible competir.

Kika llegó después de otra pérdida.

No para sustituir a nadie. Los perros no se sustituyen. Solo ocupan huecos nuevos en casas donde los huecos antiguos siguen respirando.

Era una schnauzer sal y pimienta, viva, lista, con esa energía pequeña que obliga a reorganizar una vivienda entera. Clara se enamoró enseguida, aunque su predilecto siguiera siendo Blus.

Gabriel lo sabía y no se ofendía.

Blus tenía otra categoría.

Había llegado en una manta. Había enfermado. Había sido operación, deuda, reclamación, miedo, vida compartida.

Kika, en cambio, fue otra clase de regalo.

Una forma de decir: todavía puede llegar vida.

Con los años, Kika fue cruzada con un perro asturiano. De aquella camada, Clara se quedó con dos cachorros. Gabriel no recordaba siempre los nombres, o prefería esperar a que ella se los dijera de nuevo, porque en la casa

de Clara los nombres de los perros no eran etiquetas; eran pertenencias.

En 2024, la conversación volvió a llenarse de cachorros.

Fotos.

Vídeos.

Colores.

Dudas.

Manchas.

Elecciones.

La casa de Clara se llenó de vida pequeña.

Los cachorros eran todavía promesas blandas, patas torpes, ojos sin terminar de abrir, nombres provisionales y esa emoción peligrosa de quien empieza diciendo “solo miro” y termina escogiendo con el corazón.

Kika había dejado de ser solo Kika.

Ahora era origen.

Madre.

Continuidad.

Y Clara, que nunca había sabido querer a los animales a medias, empezó a mirar aquellos cachorros como si en cada uno hubiera una forma distinta de quedarse.

Gabriel observó desde el otro lado del teléfono, desde los vídeos, desde las llamadas, desde las frases rápidas que mezclaban perros, envíos, trabajo, cansancio y café.

Los perros eran el calendario emocional de Clara.

Y también el de ellos.

Si hablaban de Blus, era una etapa.

Si aparecía Centurión, otra.

Si Kika tenía cachorros, otra.

Si Iru faltaba, otra.

Gabriel no necesitaba siempre mirar fechas para saber dónde estaban.

Le bastaba recordar qué perro ocupaba el centro de la conversación.

CAPÍTULO 28

El malo y el salvador

En Maison Canis, Gabriel podía ser dos cosas opuestas con una facilidad injusta.

El malo.

Y el salvador.

Cuando algo se torcía, cuando una inspección amenazaba, cuando un competidor hacía ruido, cuando una asociación fallaba, cuando un pedido se perdía, cuando un cliente reclamaba, cuando un escrito se complicaba o cuando una decisión de Clara terminaba salpicando a otros, Gabriel podía convertirse en el sospechoso perfecto.

El que había denunciado.

El que había movido algo.

El que había fastidiado.

El que sabía demasiado.

El que quizá no debía saber tanto.

Pero cuando había que preparar un escrito, buscar una salida, entender un expediente, contactar con alguien, redactar una respuesta, mover una llamada, localizar

documentación, recordar una denuncia antigua o protegerla de una gestión, volvía a ser necesario.

El mismo hombre.

El problema y la solución.

Clara podía acusarlo por la mañana y pedirle ayuda por la tarde.

Gabriel podía sentirse usado por la tarde y aun así contestar por la noche.

Esa era una de las formas más crueles de su vínculo: se necesitaban incluso cuando se hacían daño.

A veces Clara le mandaba audios furiosa por un asunto del Ayuntamiento, por un parque de perros sin agua, por una ventana abierta donde no debía, por una cuenta bancaria de una asociación que seguía generando gastos, por una empresa que no había cumplido con las luces de Navidad, por una normativa canina, por una factura, por una incidencia de envíos.

Gabriel preguntaba:

—¿Qué necesitas?

Ella se irritaba.

—Escucha los audios.

Él los escuchaba.

Buscaba.

Contestaba.

Miraba catastro, ordenanzas, normativas, contactos, plazos, registros, viejos correos, denuncias de hacía años.

A veces lo hacía protestando.

A veces encantado.

A veces dolido.

Casi siempre lo hacía.

Incluso en silencio.

Incluso desde la distancia.

Incluso cuando no se hablaban como antes.

Gabriel seguía protegiéndola.

No porque Clara se lo pidiera siempre.

Sino porque había aprendido a estar en su vida de esa manera: resolviendo, buscando, preparando, anticipando.

Y también porque dejar de protegerla habría significado aceptar que ya no tenía sitio.

CAPÍTULO 29

La relación operativa

No todo era drama.

Ese sería uno de los errores de cualquiera que intentara contar la historia desde fuera.

No todo eran besos, reproches, lágrimas, regalos, perros enfermos y cafés perdidos.

También había vida.

Una vida extraña, sí. Una vida llena de interrupciones, enfados, llamadas a destiempo y mensajes que empezaban con una broma y terminaban en un expediente. Pero vida al fin.

Clara llamaba para preguntar por una ordenanza municipal.

Gabriel enviaba un enlace político.

Clara contestaba con un insulto y un emoticono.

Gabriel preguntaba por los perros.

Clara mandaba una foto del sofá lleno de animales.

Gabriel le decía que en el sofá no se dormía.

Clara lo llamaba gilipollas.

Y se reía.

A veces pasaban de una noticia nacional a un arnés de perro. De un vídeo absurdo a una incidencia con un envío. De una discusión por no coger el teléfono a una consulta sobre salarios, SMI o documentación para una declaración. De una broma sobre políticos a una pregunta urgente sobre una ventana abierta en la casa de su hermana. De una foto de un cachorro a una duda sobre una cuenta bancaria antigua de una asociación.

La relación tenía esa mezcla de matrimonio sin matrimonio, sociedad sin contrato, amistad sin tranquilidad y amor sin nombre que desgasta más que muchas certezas.

Gabriel sabía a qué hora Clara estaba reventada.

Clara sabía cuándo Gabriel se ponía pesado porque necesitaba atención.

Él la llamaba marquesa.

Ella le decía que no le tocara las pelotas.

Él insistía:

—Quiero que rías.

Ella contestaba:

—Estoy entrando en mi puta casa.

Y aun así, al día siguiente, volvían a hablar.

Durante años aquello funcionó así.

No bien.

Pero funcionó.

Gabriel confundió esa continuidad con permanencia.

Clara quizá confundió la disponibilidad de Gabriel con algo garantizado.

Los dos se equivocaron.

Pero mientras se equivocaban, vivían.

Y eso es lo que hace que algunas historias sean tan difíciles de cerrar:

no se rompen solo por lo que dolió.

También se rompen por todo lo que fue cotidiano.

CAPÍTULO 30

Una caja dentro de otra caja

Gabriel no sabía entregar un regalo sin prepararlo.

No era una virtud pura. También era una manía. Una forma de control. Una manera de asegurarse de que la emoción ocurriera donde él la había imaginado.

Pero con Clara, durante muchos años, funcionó.

Ella podía protestar, llamarlo loco, decir que no hacía falta, poner esa cara de mujer fuerte que no quiere aceptar que algo la ha tocado. Pero Gabriel veía el segundo exacto en que la armadura cedía.

Y vivía para ese segundo.

Una vez compró Allure de Chanel, su perfume preferido.

Podría haberlo dejado en una bolsa elegante. Podría haberlo entregado en la puerta de Maison Canis con una frase sencilla. Pero eso no habría sido Gabriel.

Buscó una caja grande.

La llenó de papeles.

Dentro colocó otra caja.

Y dentro, otra.

Y otra.

Clara fue abriendo capas con impaciencia, protestando porque siempre tenía prisa, porque siempre estaba cansada, porque siempre había algo que hacer: pedidos, escaparates, franquicias, perros, llamadas, una clienta que no entendía la diferencia entre un collar barato y una pieza de cuero bien hecha.

—Eres un pesado —dijo.

Gabriel sonrió.

Ella siguió abriendo.

Más papeles.

Otra caja.

—Tú estás fatal.

—Un poco.

Al final apareció el frasco.

Allure.

Clara no dijo nada.

Ese silencio era distinto.

No era enfado.

No era cansancio.

Era emoción entrando sin permiso.

Después lloró.

Gabriel guardó aquella imagen con una precisión casi cruel: Clara con el perfume en la mano, la caja deshecha alrededor, los papeles por el suelo, la mujer importante convertida durante unos segundos en una niña que recibe algo que sabe que ha costado más de lo que el otro podía permitirse.

Años después, cuando Clara le reprochara el mimo con que había preparado detalles para Valeria, Gabriel volvería a esa caja.

Querría decirle:

—No entiendes nada. Lo de ella era un detalle. Esto eras tú.

Pero el problema era que Clara sí entendía algo.

Entendía el gesto.

El método.

La liturgia.

Y cuando uno reconoce su liturgia en otra persona, no mide el precio.

Mide la pérdida de exclusividad.

CAPÍTULO 31

La campaña invisible

Gabriel no solo hacía campañas para comercios.

También las hacía para Clara.

No las llamaba así. Habría sonado ridículo, incluso para él. Pero cada ramo, cada hotel, cada perfume, cada llamada previa, cada detalle preparado antes de que ella llegara era una campaña privada.

Objetivo: hacerla sentir única.

Público objetivo: una sola mujer.

Presupuesto: el que no tenía.

Riesgo: altísimo.

Retorno esperado: una sonrisa.

Clara decía a veces:

—Me tienes en palmitas y cada vez más alta. Cuando me caiga, la hostia va a ser brutal.

Gabriel respondía siempre más o menos igual:

—No tienes que tener miedo. Yo no te voy a soltar.

Y después añadía, porque incluso en el amor Gabriel tenía tendencia a dejar una cláusula:

—Otra cosa es que tú saltes.

Clara se reía.

Pero la frase se quedó en algún sitio.

Porque las historias largas están llenas de frases que en su momento parecen bromas y años después se leen como advertencias.

Gabriel no quería soltarla.

Eso era verdad.

Pero tampoco sabía siempre sostenerla sin apretar.

Y Clara, que necesitaba sentirse elevada, también necesitaba poder culpar a alguien cuando la altura le daba vértigo.

A veces Gabriel era escalera.

A veces era barandilla.

A veces, para Clara, era el precipicio.

CAPÍTULO 32

La calle que siempre volvía

La avenida Jorge Aranda nunca terminó de desaparecer de sus conversaciones.

Pasaban los años, cambiaban los perros, cambiaban los encargos, cambiaban los gobiernos municipales, cambiaban las normas de terrazas, los nombres de las asociaciones, las campañas de Navidad, los problemas de tráfico y las discusiones sobre quién debía pagar qué.

Pero la avenida volvía.

Clara podía estar hablando de un cachorro y, de pronto, recordar una factura antigua de luces. Podía estar preparando un escaparate de Maison Canis y terminar preguntando por una subvención de hacía años. Podía mandar una foto de una acera invadida por un competidor y exigir, sin exigir del todo, que Gabriel entendiera el problema antes de que ella terminara de explicarlo.

La calle era su territorio.

No solo comercial.

Emocional.

Allí Clara había aprendido a hacerse visible. Allí había discutido, organizado, vendido, protestado, brillado. Allí Gabriel la había ayudado a levantar campañas que la pusieron en el centro. Allí se había ganado respeto y enemistades.

Jorge Aranda era una avenida.

Pero también era un escenario.

Y como todos los escenarios importantes, no se abandona del todo aunque uno se marche.

Gabriel entendía esa clase de pertenencia.

Él también tenía sus calles.

Su estudio.

Sus reuniones.

Sus cafés.

Sus llamadas con políticos.

Sus enemigos pequeños.

Sus victorias de prensa local.

Valdería les había dado un teatro demasiado estrecho para tanto orgullo.

Por eso cada discusión parecía pública incluso cuando ocurría en privado.

En una ciudad grande, quizá Clara y Gabriel habrían podido perderse.

En Valdería era imposible.

Las calles los devolvían siempre al mismo sitio.

CAPÍTULO 33

El expediente

Cuando Gabriel no sabía sufrir, escribía.

Escribía correos.

Notas.

Borradores.

Mensajes largos.

Cronologías.

Listas.

Asuntos.

Fechas.

Hechos.

Pruebas.

Era su forma de no hundirse del todo. Si podía ordenar algo, aunque fuera en una tabla mental, entonces quizá el caos no era absoluto.

Clara lo desesperaba porque no siempre respetaba ese orden.

Podía llamar, soltar tres audios, mezclar una queja con una información, exigir que Gabriel entendiera algo que ella había explicado a medias y enfadarse si él preguntaba demasiado.

—¿Qué necesitas? —preguntaba él.

—Escucha los audios.

—Los he escuchado.

—Entonces, ¿qué?

Gabriel respiraba.

A veces quería decirle que no podía actuar si no sabía qué buscaba exactamente.

Otras veces lo sabía antes que ella.

Un plano de una vivienda.

Una ventana abierta en una pared donde no debía.

Una terraza con vistas ajenas.

Un parque de perros sin agua.

Una cuenta bancaria generando gastos.

Una empresa de luces de Navidad que había cobrado sin cumplir.

Un competidor usando la acera como si fuera suya.

Un criador sin núcleo zoológico.

Una normativa mal aplicada.

Clara lanzaba el problema.

Gabriel lo convertía en expediente.

Esa era otra forma de intimidad.

No la más bonita.

Pero sí una de las más constantes.

Había parejas que compartían series.

Ellos compartían reclamaciones, borradores y capturas de pantalla.

Había parejas que se enviaban canciones.

Ellos se enviaban enlaces, ordenanzas, vídeos de perros y documentos para revisar.

Gabriel habría querido que aquello pareciera menos triste.

Pero, en el fondo, sabía que también era amor.

Un amor torpe.

Un amor administrativo.

Un amor con membrete invisible.

CAPÍTULO 34

La canina

Con Centurión llegaron palabras nuevas.

Pedigrí.

Canina.

Raza.

Color.

Sangre.

Registro.

Peluquería.

Juez.

Puntos.

Campeonato.

Clara hablaba de todo aquello con la intensidad de quien no solo está aprendiendo un mundo, sino entrando en él con intención de ocuparlo.

Gabriel la escuchaba.

Al principio con ternura.

Después con preocupación.

El mundo de las exposiciones caninas tenía algo que encajaba demasiado bien con Clara y demasiado mal con su paz.

Había belleza, sí.

Perros impecables, viajes, hoteles, conversaciones técnicas, peluquerías especializadas, fotografías, premios, promesas.

Pero también había crítica.

Comparación.

Ego.

Rumor.

Miradas de quienes ya estaban dentro y no aceptaban fácilmente que alguien nuevo apareciera con un perro hermoso, carácter fuerte y ganas de hacerse notar.

Clara no sabía pasar desapercibida.

Y en algunos mundos, no pasar desapercibida se paga.

Gabriel empezó a ver la factura antes que ella.

O eso creyó.

La citó a café.

Le habló claro.

Demasiado claro.

Le dijo que estaba gastando mucho, que intentar hacer campeón a un perro era difícil, que los viajes a peluquería, veterinarios, concursos y hoteles podían terminar devorándola, y que aunque lo consiguiera, ella no valía para criar.

Clara no olvidó esa frase.

—¿Que no valgo?

—No podrías separarte de los cachorros.

Era una verdad dicha como un golpe.

Y las verdades dichas como golpes dejan de parecer verdades y empiezan a parecer ataques.

Gabriel quería protegerla.

Clara escuchó juicio.

Otra vez el mismo patrón.

Él veía un precipicio.

Ella veía a alguien intentando bajarla de un lugar donde, por fin, podía sentirse importante.

CAPÍTULO 35

El padre

Gabriel dudó antes de llamar al padre de Clara.

No era una llamada suya.

Eso lo sabía.

Hay territorios familiares en los que uno entra con los zapatos en la mano, incluso cuando cree que lleva buenas intenciones. Clara podía ser feroz con esas fronteras. Podía pedir ayuda para un escrito, para un perro, para un asunto comercial, para una reclamación absurda. Pero la familia era otra materia: más antigua, más delicada, más llena de habitaciones cerradas.

Aun así, estaba el hospital.

Y estaba la posibilidad, pequeña pero real, de que una operación sencilla dejara de ser sencilla.

Gabriel miró el número varias veces.

Pensó en no hacerlo.

Luego pensó en cómo se sentiría Clara si algo salía mal y su padre no lo sabía.

Marcó.

Mientras escuchaba los tonos, sintió que estaba cruzando una línea.

A veces, amar a Clara consistía exactamente en eso: cruzar una línea y esperar que no se convirtiera en reproche.

El padre de Clara empezó a darle los buenos días después del hospital.

Eso no lo sabía casi nadie.

O no lo sabían del modo en que Gabriel lo sabía.

La llamada que hizo mientras Clara estaba en quirófano no fue larga. No necesitó serlo. Le dijo al padre que su hija estaba siendo operada, que no era grave, pero que nadie sabe nunca qué ocurre cuando alguien entra en un quirófano.

El hombre dio las gracias.

Nada más.

Pero desde entonces, cada mañana, Clara recibió algo.

Un mensaje.

Una imagen.

Un vídeo.

Una frase.

Buenos días, hija.

A veces las grandes reconciliaciones no existen. Solo existen repeticiones pequeñas que, con el tiempo, construyen un puente estrecho.

Gabriel nunca supo si Clara dimensionó del todo aquel gesto.

Quizá sí.

Quizá no.

Quizá lo guardó en esa zona de su corazón donde estaban las cosas que no se agradecen en voz alta porque hacerlo obligaría a reconocer demasiada dependencia.

Para Gabriel fue uno de sus regalos más importantes.

No porque brillara.

No porque pudiera enseñarse.

No porque saliera en una foto.

Sino porque reparaba algo que él no había roto.

Eso era lo que Gabriel hacía muchas veces con Clara: intentar arreglar daños anteriores a él.

Y ese es un trabajo imposible.

Porque uno puede llamar a un padre.

Puede abrir una conversación.

Puede empujar una puerta.

Pero no puede devolver una infancia.

Ni una hija al padre.

Ni un padre a la hija.

Solo puede dejar el teléfono sonando.

Y esperar.

PARTE III

El incendio de 2025

CAPÍTULO 36

Los regalos que no se cobran

Gabriel guardaba facturas que no pensaba reclamar.

No todas eran de dinero.

Algunas eran entradas, fotografías, mensajes, kilómetros, mañanas perdidas, llamadas hechas en nombre de Clara, favores pedidos a personas que luego habría que devolver, silencios tragados para no discutir, noches en que había seguido escribiendo mientras la ciudad dormía.

Decía que no cobraba nada.

Y en cierto sentido era verdad.

Nunca se sentó delante de Clara con una lista. Nunca le pidió que devolviera un perro, una campaña, una joya, un viaje o una noche de hospital. Nunca convirtió el dinero en una amenaza directa.

Pero dentro llevaba un archivo.

Y los archivos, aunque no se enseñen, pesan.

Gabriel decía que nunca había echado nada en cara.

No era del todo verdad.

No lo hacía con facturas, quizá.

No reclamaba el dinero de la campaña perdida, ni los pagarés que sabía incobrables, ni los viajes, ni los regalos, ni los esfuerzos, ni las noches buscando soluciones.

Pero hay reproches que no se dicen como reproches.

Se quedan dentro y cambian la respiración.

Gabriel no cobraba los regalos.

Pero a veces esperaba que la memoria los pagara.

Esperaba que Clara recordara.

Que pusiera en una balanza el hospital, los perros, los viajes, el padre, las campañas, las flores, los camerinos, las gerberas, los escritos, la defensa, la protección.

Esperaba que, en una discusión, todo aquello contara.

Clara, en cambio, cuando estaba herida, no hacía inventario de gratitudes.

Hacía inventario de ausencias.

Y esa diferencia los condenaba.

Gabriel veía todo lo que había dado.

Clara veía lo que había faltado justo cuando lo necesitaba.

Por eso el café de 3J pudo pesar más que un diamante.

Por eso una pulsera barata para Valeria pudo doler más que un regalo caro para ella.

Por eso un mensaje frío en Navidad pudo borrar,
durante unas horas, años de escenas hermosas.

No porque las escenas no hubieran existido.

Sino porque el dolor tiene mala memoria para lo bueno.

Y el orgullo, peor.

TERCERA PARTE El incendio de 2025

Ejemplar personal para Beatriz

CAPÍTULO 37

Enero todavía parecía enero

Enero de 2025 todavía parecía enero.

Frío, trabajo, mensajes torpes, enlaces enviados a deshora, política nacional mezclada con perros, llamadas perdidas, audios de Clara con la voz tomada por el cansancio y Gabriel intentando arrancarle una risa como quien abre una persiana que se ha quedado atascada.

La historia, vista desde después, parece caminar siempre hacia el desastre.

Pero eso es mentira.

En enero nadie sabe todavía lo que será junio.

En enero los mensajes conservan una normalidad rara y viva. Gabriel escribe buenos días. Clara contesta cuando puede. A veces está dormida en el sofá con todos los perros. A veces le manda una foto. A veces lo llama gilipollas y añade una risa. A veces se enfada porque él le manda enlaces que no se abren o porque insiste en una tontería mientras ella tiene el día lleno.

Maison Canis empezaba el año con la mezcla habitual de boutique elegante y trinchera diaria.

Pedidos.

Clientes.

Devoluciones.

Franquicias preguntando por referencias agotadas.

Colonias caninas que llegaban tarde.

Arneses que se vendían demasiado rápido.

Escaparates que había que cambiar.

Cajas.

Etiquetas.

Correos.

Mensajerías.

El lujo, visto desde fuera, parecía limpio. Visto desde dentro, llevaba cinta adhesiva pegada a los dedos, albaranes arrugados y Clara diciendo que estaba hasta los cojones antes de las once de la mañana.

Gabriel conocía esa parte.

La parte sin brillo.

La que no salía en las fotos de Maison Canis ni en los vídeos corporativos de la central. La parte en que Clara, la ejecutiva de expansión, la mujer que podía hablar de aperturas internacionales, tenía que pelearse con una incidencia de paquetería porque un cliente de otra ciudad no había recibido un abrigo para un perro salchicha.

A Gabriel le gustaba verla en los dos registros.

La Clara importante.

Y la Clara agotada.

La Clara que entraba en una sala y la ocupaba.

Y la Clara que se quedaba dormida en el sofá rodeada de perros.

El problema era que él no siempre sabía acompañar a la segunda sin molestar a la primera.

Cuando Clara estaba cansada, Gabriel quería hacerla reír.

Cuando Clara quería silencio, Gabriel mandaba un vídeo.

Cuando Clara necesitaba resolver, Gabriel preguntaba demasiado.

Cuando Gabriel necesitaba cariño, Clara estaba embalando cajas.

Enero todavía parecía enero.

Pero ya estaban ahí todas las piezas del incendio.

La necesidad de él.

El cansancio de ella.

La disponibilidad convertida en costumbre.

La costumbre convertida en derecho.

El derecho convertido en reproche.

CAPÍTULO 38

San Valentín en dos escaparates

San Valentín siempre llegaba antes de tiempo.

No el día catorce, sino semanas antes, cuando los comercios empezaban a preguntarse si merecía la pena decorar, si habría ventas, si la gente compraría, si el viernes sería buen día o mal día, si los globos llegarían, si las parejas seguirían regalando como antes o si ya todo el mundo se conformaba con un mensaje en el móvil y una cena barata.

Para Gabriel, San Valentín era campaña.

Para Clara, era cansancio anticipado.

Maison Canis no vendía flores ni bombones. Vendía otra forma de amor: amor por perros con lazo rojo, colonias dulces, collares especiales, camas pequeñas con forma de capricho, packs de regalo para humanos que decían querer a sus animales más que a casi nadie.

Gabriel veía oportunidad en cualquier esquina.

—Te preparo unos globos para el escaparate.

Clara ya estaba pensando en cajas.

—Ya sabes que me marcho el fin de semana.

—¿Este viernes o el catorce?

—Este.

Gabriel no siempre escuchaba a la primera. Clara no siempre tenía paciencia para repetir.

Ese era otro de sus bailes.

Él quería ayudar.

Ella quería que él entendiera sin tener que explicarlo todo tres veces.

Él preparaba ideas.

Ella preparaba pedidos.

Él veía estética.

Ella veía logística.

Y los dos tenían razón.

El escaparate de San Valentín de Maison Canis quedó con osos, corazones y detalles que Clara colocó a su manera. Gabriel preguntó por las letras, por los globos, por lo que faltaba, por lo que ella no había puesto todavía. Clara contestó con la paciencia justa.

A veces sus discusiones eran ridículas.

Y precisamente por eso dolían.

Porque cuando dos personas discuten por globos, casi nunca están discutiendo por globos.

Gabriel quería sentirse necesario.

Clara quería no sentirse invadida.

Gabriel quería regalar una decoración.

Clara quería terminar el día sin que nadie le añadiera otra tarea.

El catorce, ambos terminaron reventados.

Él con sus campañas.

Ella con Maison Canis.

Dos mostradores distintos.

Dos formas de vender amor.

Y una relación que cada vez confundía más los encargos con las heridas.

CAPÍTULO 39

El encargo de las nueve

Clara no pedía favores como los pedía la gente que sabe pedir.

A veces lanzaba una frase.

—El jueves me llevas a una gestión.

Luego añadía hora.

O dirección.

O un “yo pregunto” que no preguntaba nada.

Gabriel solía contestar igual:

—Sabes que sí.

No hacía falta más.

Aquel tipo de escenas se repetían desde hacía años. Clara tenía que mover un paquete, entregar material de Maison Canis, llevar documentación, recoger una caja, pasar por un punto de envío, resolver algo con una franquicia o dejar un pedido especial. Gabriel aparecía con el coche, con el tiempo justo o demasiado pronto, protestando por algo, encantado por dentro.

Le gustaba llevarla.

No por conducir.

Por estar.

Hay hombres que no saben decir “te quiero” sin convertirlo en servicio.

Gabriel era uno de ellos.

Si Clara tenía que cargar una caja, él cargaba.

Si tenía que ir a Correos, él la llevaba.

Si había que resolver un envío, él opinaba.

Si había que hablar con alguien, él preguntaba demasiado.

Si Clara estaba cansada, él intentaba hacerla reír.

Y si ella se enfadaba, él se quedaba dolido porque no entendía que, a veces, para Clara la ayuda también podía ser una forma de presencia excesiva.

El encargo de las nueve no era importante por sí mismo.

Importaba porque anticipaba el 3J.

Durante años, muchas mañanas habían sido así: una gestión, una caja, un coche, un café después.

La vida no se construye solo con grandes viajes.

También se construye con pequeñas gestiones repetidas hasta que un día faltan.

Por eso el 3 de junio dolió.

Porque Clara no perdió solo un café de cumpleaños.

Perdió, durante una mañana, esa vieja coreografía en la que Gabriel aparecía aunque protestara, aunque estuviera cansado, aunque no tuviera nada que ganar salvo diez minutos frente a ella.

CAPÍTULO 40

Donde está Clara

—Hoy Clara no necesita nada —escribió Gabriel una tarde—. Se ha olvidado de mí.

Era una broma.

O eso pretendía.

Clara respondió con una foto.

—Te voy a decir dónde está Clara.

Gabriel miró la imagen.

No supo situarla al principio.

—Te has ido de vacaciones.

—No. De vacaciones, no.

Clara estaba viendo tiendas, estudiando escaparates, observando cómo otros negocios presentaban productos, cómo colocaban marcas, cómo iluminaban zonas pequeñas para que parecieran más caras. Los perros estaban en la peluquería. Ella había trabajado por la mañana, había entregado encargos, había aprovechado el viaje sola.

Gabriel la imaginó allí, en otra ciudad, con el móvil en la mano, mirando escaparates como quien mira armas.

Clara no descansaba bien.

Incluso cuando parecía escapar, estudiaba.

Incluso cuando viajaba, comparaba.

Incluso cuando llevaba a los perros a la peluquería, volvía con ideas para Maison Canis.

Su cabeza comercial no apagaba nunca.

Gabriel admiraba eso.

Y lo sufría.

Porque Clara podía tener un día libre y convertirlo en análisis de mercado. Podía mirar una tienda ajena y volver con tres críticas y dos ideas. Podía disfrutar de un café en una ciudad distinta y terminar pensando en cómo colocar mejor una línea de colonias caninas.

—Si me lo hubieses dicho, te habría hecho un encargo —escribió él.

Clara contestó enseguida:

—Dime. Estoy cogiendo el coche. ¿Qué necesitas?

Gabriel no necesitaba nada.

O sí.

Necesitaba haber estado.

Necesitaba que ella se lo hubiera dicho antes.

Necesitaba formar parte de esas escapadas mínimas que Clara hacía sola, quizá porque necesitaba demostrarse que podía moverse sin pedir permiso a nadie.

—Nada —dijo él.

—Pues nada entonces.

—Ten cuidado.

A veces toda la relación se resumía ahí.

Una necesidad disfrazada de broma.

Una respuesta práctica.

Un “nada” que no era nada.

Y un “ten cuidado” como última forma de tocar desde lejos.

CAPÍTULO 41

Seis perros

Clara decía “mis perros” con una seriedad que no admitía bromas largas.

Gabriel podía bromear un poco.

Solo un poco.

Después había que volver al respeto.

En febrero, una conversación sobre seguros o gastos veterinarios terminó en números. Clara calculó lo que suponía pagar una media de cuarenta y cinco euros al mes por perro. Seis perros. Multiplicación rápida. Un gasto considerable.

Gabriel entendió una cosa.

Para Clara, aquel dinero no era gasto.

Era previsión.

Era tranquilidad.

Era una forma de decir: cuando les haga falta algo, lo tendrán.

Los perros eran su familia más constante. La que no le pedía explicaciones, la que no la juzgaba por su carácter, la que no le reprochaba cafés, la que no se iba con otras personas, la que no llamaba para pedir papeles ni desaparecía en Navidad.

Los perros estaban.

A su manera.

Con sus enfermedades, pelos, gastos, urgencias, veterinarios y manías.

Pero estaban.

Gabriel lo sabía.

Por eso, cuando pensaba en Clara, casi nunca la imaginaba sola del todo. La veía en el sofá, agotada, con un perro contra la pierna, otro cerca de la mano, alguno ocupando más sitio del permitido y Perla atravesando la escena como una dueña silenciosa.

Clara podía sentirse abandonada por personas.

Pero en casa, al menos, había respiraciones.

Quizá por eso le dolían tanto las pérdidas.

Lua.

Lagun.

Iru.

Cada ausencia animal cambiaba la casa.

Y cada llegada también.

Blus había sido una llegada.

Kika otra.

Centurión una revolución.

Los cachorros, una continuidad.

Gabriel entendía que cualquier regalo importante para Clara debía pasar por ahí.

Por los perros.

Por quienes nunca dejaron de acompañarla.

Ejemplar personal para Beatriz

CAPÍTULO 42

La avería

Una noche Clara escribió con la urgencia de quien baja corriendo a salvar mercancía.

Había fallado un equipo de frío en Maison Canis.

No era un simple aparato.

Dentro había productos, género, pedidos comprometidos, dinero, responsabilidad. Clara hablaba deprisa, mezclando la rabia con el cálculo, el miedo con la reclamación futura.

—Se tendrá que hacer cargo de todo lo que hay dentro
—venía a decir.

Gabriel contestó enseguida.

—Por supuesto que tiene que hacerse cargo.

Ahí volvían a estar.

El problema y la respuesta.

Clara bajando de noche al estudio.

Gabriel al otro lado.

Fotos.

Vídeos.

Mensajes.

Cinco arcones prestados o conseguidos de urgencia para intentar salvar lo que se pudiera.

A medianoche, Clara llegó a casa.

Reventada.

Pero con la sensación de haber sostenido otro incendio.

Gabriel conocía esa adrenalina.

El comercio tiene una épica pobre que casi nadie reconoce: no hay música, no hay cámaras, no hay héroes. Hay gente cargando cajas a deshora, llamando a seguros, moviendo género, haciendo fotos para demostrar daños, improvisando soluciones mientras los demás duermen.

Clara vivía ahí.

En esa épica cansada.

Y Gabriel, aunque a veces ella lo acusara de ser el culpable de todos los males, era una de las primeras personas a las que avisaba cuando el agua entraba por debajo de la puerta.

Eso también era amor.

O dependencia.

O las dos cosas mezcladas, que era como casi todo entre ellos.

CAPÍTULO 43

Las luces de Navidad

La iluminación de Navidad volvió una tarde como vuelven los fantasmas administrativos: tarde, mal y con una cuenta pendiente que nadie entiende ya del todo.

Clara estaba furiosa.

Alguien reclamaba dinero de unas luces que, según recordaba, no se habían colocado como debían. Hablaba de años atrás, de ingresos en cuentas, de empresas, de prensa, de reclamaciones, de comerciantes que ahora parecían no recordar nada.

Gabriel contestó con una fecha.

2011.

A veces él era eso: una memoria con heridas.

Recordaba campañas, importes, denuncias, notas de prensa, reuniones, nombres de empresas, quién había dicho qué, quién había firmado, quién había callado.

Clara necesitaba ese archivo.

Aunque le molestara necesitarlo.

—A ver si nos tomamos las cositas en serio —decía ella cuando el asunto la superaba.

Gabriel podía molestarse por el tono.

Y se molestaba.

Pero buscaba.

Porque debajo de la forma estaba el fondo: Clara tenía un problema y Gabriel sabía dónde podían estar las piezas.

Las luces de Navidad eran más que luces.

Eran otro ejemplo de esa vida compartida que no aparecía en las fotos bonitas.

Una vida de expedientes viejos, cuentas que seguían generando gastos, asociaciones dadas de baja, juntas directivas no actualizadas, empresas que no cumplían, socios que olvidaban lo que habían votado y Clara cargando con responsabilidades que a veces ni siquiera eran exactamente suyas.

Gabriel la ayudaba.

A veces con ternura.

A veces con rabia.

A veces con la amarga satisfacción de quien puede demostrar que sigue siendo necesario.

CAPÍTULO 44

El teléfono de Bruno

El nombre de Bruno Ledesma apareció antes de que todo pareciera una tragedia.

Al principio fue una consulta práctica.

Un teléfono.

Una captura.

Un contacto que Clara tenía o podía conseguir.

Gabriel preguntó.

Clara respondió.

Nada en ese gesto parecía importante.

Todavía no.

Así funcionan las historias que después duelen: las primeras piezas entran como objetos comunes. Un número guardado. Una llamada. Un “gracias”. Una gestión más en medio del día.

Bruno aún no era el hombre que se enfriaría.

Valeria aún no era el nombre que Clara no soportaría escuchar.

El 3J aún no era el día del café perdido.

Junio aún no había ocurrido.

Pero visto desde después, aquel teléfono parece una semilla.

Clara, sin saberlo, puso en manos de Gabriel un dato que acabaría conectando los dos mundos.

El suyo.

Y el de Valeria.

Quizá por eso, cuando el incendio estalló, nada quedó limpio.

Porque todos habían tocado alguna pieza antes de saber qué máquina estaban montando.

CAPÍTULO 45

La palabra sola

Antes de junio, Clara ya usaba la palabra sola de muchas maneras.

A veces no la decía.

La dejaba estar.

En una foto.

En un audio.

En un cansancio.

En una frase sobre bajar a trabajar.

En un viaje hecho por su cuenta.

En una gestión sin nadie al lado.

En el sofá lleno de perros.

Gabriel oía esa palabra incluso cuando no aparecía.

Y reaccionaba mal.

Porque él quería ser antídoto contra la soledad de Clara.

Quería ser quien aparecía.

Quien resolvía.

Quien acompañaba.

Quien llamaba a su padre.

Quien conseguía el hotel.

Quien compraba el perro.

Quien preparaba la caja.

Quien decía “yo voy”.

Pero nadie puede ser antídoto permanente contra la soledad de otra persona.

Menos aún cuando esa otra persona, además de necesitar compañía, necesita sentirse libre de pedirla.

Clara quería que Gabriel estuviera.

Pero no quería deberle el estar.

Quería que adivinara.

Pero se enfadaba si él invadía.

Quería sentirse elegida.

Pero no observada.

Gabriel quería darle justo lo que ella necesitaba.

Pero muchas veces llegaba con demasiado envoltorio.

O demasiado tarde.

CAPÍTULO 46

Antes del incendio

A comienzos de 2025, la historia todavía parecía viva.

No sana.

Pero viva.

Había mensajes de buenos días.

Preguntas por los perros.

Bromas políticas.

Llamadas a horas raras.

Consultas sobre Maison Canis.

Vídeos.

Fotos.

Audios de Clara diciendo que estaba hasta los cojones de trabajo.

Gabriel enviando enlaces que ella no podía abrir.

Clara pidiéndole que dejara de marearla y mandara todo por el mismo sitio.

Gabriel queriendo hacerla reír.

Clara entrando en su casa y pidiéndole que esperara.

San Valentín llegó con los dos en sus respectivos mundos comerciales.

Gabriel preparando campañas, ideas, globos, escaparates.

Clara agotada con pedidos, cajas, envíos, franquicias y clientes que entraban como si el mundo fuera a acabarse si no compraban a tiempo un perfume para perro o un collar rojo.

Discutieron por tonterías.

Como siempre.

Pero también se buscaron.

Como siempre.

Ese es el detalle que después dolería más: nada parecía muerto del todo antes de Valeria.

Había cansancio.

Había tensión.

Había reproches viejos esperando su oportunidad.

Pero también había rutina, confianza, dependencia, café posible.

El incendio no cayó sobre una casa vacía.

Cayó sobre una casa llena de cosas.

Por eso ardió tanto.

CAPÍTULO 47

El nombre de Valeria

Gabriel no le contó a Clara la primera conversación larga con Valeria.

No porque hubiera algo que ocultar, se dijo.

Porque no tenía importancia.

Esa fue la primera mentira pequeña. No una mentira dicha, sino pensada. Las cosas que de verdad no tienen importancia no necesitan justificarse dentro de la cabeza. Se olvidan. No se archivan con una explicación preventiva.

La conversación empezó de forma ligera: un recuerdo, una broma, una pregunta por la vida. Luego apareció el cansancio de Valeria, su trabajo, la sensación de no ser valorada, esa forma de hablar de quien no quiere pedir ayuda pero está dejando migas para que alguien entienda el camino.

Gabriel conocía esas migas.

Clara también las dejaba a veces.

Y él había aprendido a seguirlas.

Valeria Cárdenas Rivas apareció primero como conversación.

No como amenaza.

No como amante.

No como sustituta.

Una conversación.

Gabriel la había conocido años atrás y la reencontró en redes en octubre de 2024. Colombiana, instalada en Barcelona, trabajaba en una empresa de distribución donde cada lunes parecía empezar una guerra. Tenía carácter, orgullo, cansancio y una forma de agradecer la atención que al principio hizo que Gabriel se sintiera útil.

Eso era peligroso.

Sentirse útil era una de las adicciones de Gabriel.

Valeria estaba baja de ánimo.

No hundida, quizá.

Pero sí cansada de pelear en un sitio donde no se sentía vista.

Gabriel empezó a escucharla.

Después a animarla.

Después a buscarle una salida.

No porque quisiera conquistarla.

No porque quisiera reemplazar a Clara.

No porque Valeria fuera una promesa amorosa.

Sino porque Gabriel veía a alguien mal y no sabía quedarse quieto.

Además, había otra verdad menos noble.

Gabriel notaba a Clara lejos.

Y cuando Clara se alejaba, él buscaba maneras de hacerla reaccionar.

Algunas eran tiernas.

Otras torpes.

Otras directamente peligrosas.

Valeria se convirtió en una de esas maneras antes de que Gabriel aceptara que la estaba usando también como espejo.

No como objeto.

No con mala intención.

Pero sí como señal enviada a Clara:

mira, todavía puedo cuidar a alguien.

Mira, alguien me escucha.

Mira, todavía existo fuera de ti.

Gabriel pensó que provocaría celos.

No calculó que provocaría una guerra.

CAPÍTULO 48

Bruno Ledesma

La salida laboral llegó con Bruno Ledesma.

Bruno era empresario. Uno de esos hombres que hablan de futuro mientras tienen tres urgencias abiertas, dos viajes pendientes y un incendio en cada almacén. Conocía a Gabriel, respetaba su criterio y sabía que cuando Gabriel recomendaba a alguien, no lo hacía por pasar el rato.

Gabriel le habló de Valeria.

Le habló de su trabajo, de su desgaste, de su capacidad comercial, de su necesidad de salir de un entorno que la estaba machacando.

Bruno escuchó.

Al principio con prudencia.

Luego con interés.

Después con planes.

Hablaron de funciones.

De salario.

De canal mayorista.

De compras.

De formación.

De una semana en Valdería.

De trabajar parte desde Barcelona, parte desde allí.

De septiembre.

De convertirla casi en una asistente de dirección.

No era una fantasía de Gabriel.

No era una excusa para llamar a Valeria.

No era humo.

O no parecía humo.

Bruno decía que sí.

A Gabriel le decía que sí.

A Valeria también.

Hubo un momento en que la oportunidad pareció real.
Tan real que empezó a pesar.

Porque Valeria no estaba cambiando de bolso ni eligiendo restaurante. Estaba pensando en trabajo, estabilidad, indemnización, paro, futuro, miedo, ciudad, alquiler, vida.

Gabriel repetía:

—Bruno no va a fallar.

Lo decía para tranquilizarla.

Y para tranquilizarse.

Pero cada vez que lo repetía, la promesa pesaba un poco más.

Cuando Bruno empezó a retrasarse, Gabriel subió la intensidad.

Acuérdate de Valeria.

No la dejes caer.

Está nerviosa.

Ha arriesgado mucho.

Piensa que la vas a dejar tirada.

Bruno terminó diciéndole que no le metiera presión.

Gabriel no quería presionar.

Quería proteger.

Pero desde el otro lado, protección y presión empezaban a sonar parecido.

Esa fue otra de sus cegueras.

Creía que empujar una puerta era ayudar a que se abriera.

No siempre veía que a veces, al empujar demasiado, asustaba a quienes estaban dentro.

CAPÍTULO 49

Valdería con Laura

Valeria vino a Valdería con Laura.

Gabriel organizó la visita como organizaba casi todo lo que tocaba: con exceso de cuidado.

Hotel.

Comidas.

Una bodega.

Rutas.

Contactos.

Presentaciones.

No sabía ser un anfitrión normal. Para Gabriel, recibir a alguien era preparar una escena. No necesariamente una escena romántica. Una escena de atención, de orden, de demostrar que la persona importaba lo suficiente como para no dejar el día al azar.

Valeria lo agradecía.

Laura observaba.

Y Clara, desde la distancia, empezaba a mirar aquello con una mezcla de rabia y reconocimiento.

Gabriel cometió entonces una de sus torpezas más graves.

Mandó fotos a Clara.

No todas.

Algunas.

Lo hizo para provocar una reacción. Para comprobar si Clara seguía ahí. Para tensar una cuerda que notaba floja. Para que ella sintiera celos y, quizá, se acercara.

No se engañaba del todo.

Sabía lo que hacía.

O creía saberlo.

Clara reaccionó.

Pero no como Gabriel esperaba.

Una tarde le preguntó dónde dormirían Valeria y Laura.

Gabriel respondió que en una pensión que pagaban ellas.

Clara dijo que mentía.

Que dormirían en un hotel.

Que lo pagaba él.

Que lo haría con un crédito de empresa.

Gabriel sintió que el suelo se movía.

No solo por la acusación. Eso ya lo conocía. Lo que lo golpeó fue otra cosa: la sensación de que Clara manejaba información que no debía estar circulando.

Información interna.

Información confidencial.

Información que no tenía por qué saber.

A partir de ahí, el conflicto dejó de ser solo emocional.

Entró la sospecha.

Y la sospecha, entre ellos, siempre encontraba gasolina.

CAPÍTULO 50

El mismo mimo

Clara decía que Gabriel había hecho con Valeria lo mismo que hacía con ella.

Gabriel lo negaba.

No negaba el detalle. No negaba la caja. No negaba el cuidado. No negaba la foto. Lo que negaba era la equivalencia.

—No es lo mismo, Clara.

—Claro que no. Nunca es lo mismo cuando lo haces tú.

—Era una pulsera de diez euros.

—No hablo de la pulsera.

—¿Entonces?

—Del mimo.

Ahí Gabriel se quedaba sin defensa limpia.

Porque el mimo sí era el mismo.

Gabriel era metódico. Si preparaba algo, lo preparaba bien. Aunque fuera una tontería. Aunque fuera barato.

Aunque solo fuera para levantar el ánimo a una amiga que estaba baja.

Con Valeria eran detalles para motivarla.

Con Clara, con el mismo mimo y el mismo cuidado, habían sido vivencias que no se olvidan.

Esa era la diferencia.

Valeria podía recibir una pulsera.

Clara había recibido un ramo sin tarjeta en mitad de un curso, el Allure escondido entre cajas, gerberas naranjas sobre la cama en Gijón, un fax en un hotel imposible, Blus envuelto en una manta, Kika, Centurión, Ultzama, Amaia Montero, la campaña de Jorge Aranda, un hospital, una llamada a su padre.

No era lo mismo.

Pero Clara no estaba comparando el precio.

Comparaba el lenguaje.

Y el lenguaje, cuando se reconoce en otra mujer, puede doler más que el regalo.

—Ese cuidado era mío —parecía decir sin decirlo.

Gabriel quería contestar que no. Que nadie era dueño de su forma de cuidar. Que él preparaba bien las cosas porque era así. Que no podía entregar algo de cualquier manera.

Pero sabía que una parte de Clara tenía razón.

El mimo era el mismo.

Lo que no era igual era la historia.

CAPÍTULO 51

El 3J

El cumpleaños de Clara era el 3 de junio.

Gabriel lo sabía como se saben las fechas que han dejado de pertenecer al calendario y se han convertido en territorio.

No era solo un día.

Era una llave.

Durante años, el 3 de junio había traído algo: un perro, un ramo, una llamada, una sorpresa, una escena preparada con esa mezcla de exceso y ternura que Clara criticaba mientras la guardaba para siempre.

Por eso, en 2025, cuando Clara le dijo que la acompañara a una gestión de Maison Canis y luego tomaran café por su cumpleaños, Gabriel sintió algo parecido a una pequeña tregua.

No era una cena. No era un viaje. No era un regalo imposible. Era una gestión. Una caja. Un coche. Un café. Precisamente por eso significaba tanto.

—El martes tengo que llevar unas cosas —le dijo ella.

No lo pidió como quien pide. Clara rara vez pedía así. Lo dejó caer con esa forma suya de convertir una frase práctica en una invitación escondida.

—¿A qué hora? —preguntó Gabriel.

—Pronto. Tengo que dejar un paquete, pasar por la oficina de envíos y luego abrir.

—Voy contigo.

—Ya veremos.

Gabriel sonrió al leerlo.

«Ya veremos», en Clara, podía significar muchas cosas. Podía ser un sí con orgullo, un no en construcción o una manera de no reconocer que algo le apetecía.

Aquel día quiso creer que era un sí.

Durante unas horas, Gabriel se agarró a esa posibilidad con una ilusión absurda. Pensó en aparecer con algo pequeño. No flores. No todavía. Quizá una tarjeta. Quizá un detalle para los perros. Quizá nada. Quizá, por una vez, limitarse a estar.

Eso era lo difícil para él.

Estar sin montar escena. Estar sin añadir música. Estar sin convertir el momento en una demostración.

El problema era que Gabriel había aprendido a querer preparando. Si no preparaba nada, sentía que llegaba vacío.

El día anterior, sin embargo, todo se torció.

No hubo una gran explosión. A veces las cosas importantes se rompen de una manera vulgar, casi ridícula. Una frase mal leída. Un tono. Una respuesta tardía. Un cansancio acumulado. Una sospecha que ya venía de lejos y solo necesitaba una rendija para entrar.

Clara estaba cansada. Muy cansada. Se notaba incluso en los mensajes. Escribía más seco, más corto, con esa puntuación mínima que en ella era peor que un grito.

Gabriel insistió en algo. Quizá en la hora. Quizá en si debía llevar el coche. Quizá en una tontería que no merecía quedar en la historia. Pero quedó.

Porque las historias no se rompen siempre por grandes traiciones. A veces se rompen porque alguien pregunta dos veces lo que el otro no tiene fuerzas para repetir.

—No vengas —escribió Clara.

Gabriel se quedó mirando el mensaje.

Luego llegó otro.

—No hay café.

Y después:

—No aparezcas.

Tres frases. Tres puertas cerradas.

Gabriel no contestó enseguida. Se quedó con el móvil en la mano, sentado en el borde de la cama, mirando

aquellas palabras como si fueran a suavizarse solas si las observaba lo bastante.

No vengas. No hay café. No aparezcas.

Clara escribía así cuando quería levantar una muralla deprisa. Pero Gabriel conocía también otra cosa: muchas veces, detrás de esas murallas, había una parte de ella esperando que alguien entendiera que no eran definitivas.

Y ahí empezó el error.

Porque Gabriel decidió interpretar.

No obedecer.

Interpretar.

A la mañana siguiente no fue a Maison Canis. Eso era verdad. No apareció en la tienda. No entró con un ramo, ni con una caja, ni con una sonrisa ensayada. No se plantó delante de Clara para obligarla a mirarlo.

Pero tampoco se quedó en casa.

Cogió el coche.

Valdería amaneció con una luz limpia, de esas mañanas de junio que todavía no pesan como verano. Las calles estaban recién abiertas, con repartidores en doble fila, persianas subiendo a tirones y camareros colocando terrazas con sueño en la cara.

Gabriel condujo despacio. Demasiado despacio. Como si retrasar el trayecto pudiera retrasar también la decisión que estaba tomando.

Se dijo que solo pasaría cerca. Nada más. Solo comprobar. Solo mirar. Solo estar por si Clara cambiaba de opinión. Solo.

La palabra más peligrosa de todas.

Aparcó a una distancia prudente del bar donde habían hablado de tomar café. No enfrente. No tan cerca como para parecer una emboscada. No tan lejos como para poder decir que no había ido.

Se quedó dentro del coche.

Apagó el motor.

La ciudad siguió moviéndose a su alrededor. Un hombre cruzó con una barra de pan bajo el brazo. Una mujer discutía por teléfono junto a un portal. Una furgoneta de reparto subió medio bordillo para descargar cajas. En la cafetería, el camarero sacaba las primeras sillas.

Gabriel miró la puerta. Después el móvil. Nada. Miró la hora. Ocho y nueve.

Se imaginó a Clara saliendo de Maison Canis con una caja rígida entre las manos, cinta beige, etiqueta negra, sobres de documentación, algún producto envuelto en papel de seda. La imaginó cargando más de la cuenta, porque Clara siempre cargaba más de la cuenta. La

imaginó protestando sola, diciendo por lo bajo alguna barbaridad mientras sujetaba el bolso, el móvil y la caja a la vez.

Podía haber ido. Podía haber llamado. Podía escribir: «Estoy cerca. Solo si quieres.»

No lo hizo.

El orgullo tiene muchas formas. A veces se disfraza de respeto.

Gabriel se dijo que estaba respetando. En realidad estaba esperando que ocurriera algo que le evitara decidir.

Pasaron varios minutos. No la vio. A las ocho y veintidós arrancó de nuevo y dio una vuelta a la manzana. Volvió a pasar cerca. Nada.

Se marchó.

O creyó marcharse.

Porque una parte de él se quedó allí, en aquella calle, en aquel bar, en aquella mesa que no ocuparon.

Clara sí hizo la gestión.

Sola.

Había preparado la caja a primera hora en Maison Canis. Dentro iban varios productos de una línea premium, un arnés italiano pequeño, documentación de franquicia y dos sobres relacionados con pedidos que llevaban días bloqueados en el sistema de paquetería.

Nada extraordinario. Nada que mereciera memoria. Precisamente por eso terminó mereciéndola.

Clara cerró la caja con cinta, revisó dos veces la etiqueta y apagó la luz del fondo de la tienda antes de salir. Maison Canis olía a colonia canina, cartón limpio y cuero nuevo. En el escaparate, un maniquí de perro pequeño lucía un chubasquero amarillo que ella había colocado la tarde anterior sin estar del todo convencida.

Al bajar la persiana a medias, miró instintivamente hacia la calle.

No había nadie.

O no vio a nadie.

Eso fue lo que dolió después. No saber si Gabriel no estuvo o si estuvo mal. A veces una ausencia clara duele menos que una presencia fallida.

Caminó hasta el punto de paquetería con la caja apoyada contra la cadera. La cinta se le clavaba un poco en los dedos. El bolso resbalaba del hombro. El móvil vibró una vez, pero no era él.

Una franquiciada preguntando por una referencia agotada.

Clara no contestó. No en ese momento.

En la oficina de envíos había tres personas delante. Un hombre con dos devoluciones de Amazon, una señora

mayor con un paquete mal cerrado y un chico que no encontraba el código QR.

Clara esperó. Movía el peso de una pierna a otra. Le molestaba esperar con una caja en brazos. Le molestaba más estar esperando sola.

Cuando le tocó, explicó la incidencia con una claridad seca. El empleado pidió el número de seguimiento. Ella lo tenía preparado. También los justificantes. También las capturas.

Clara podía estar rota por dentro y seguir funcionando por fuera con una eficacia casi ofensiva.

Eso era una de sus formas de supervivencia.

—Esto tiene que salir hoy —dijo.

—Lo intentamos, pero depende de central.

Clara lo miró.

—No. Perdone. Dependerá de central, pero yo necesito que conste que lo he reclamado hoy.

El empleado imprimió un papel. Ella lo guardó. Salió a la calle con las manos libres y una sensación absurda de victoria pequeña.

La gestión estaba hecha.

Solo quedaba el café.

Durante unos segundos pensó en no ir. Podía volver a Maison Canis. Abrir. Trabajar. Hacer como si nada.

Decirse que no importaba. Que era una tontería. Que una mujer adulta no se enfada porque alguien no toma café con ella el día de su cumpleaños después de haberle dicho que no fuera.

Podía.

Pero fue.

Entró en la cafetería.

El camarero la conocía.

—Buenos días, Clara.

—Buenos días.

—¿Café?

—Sí.

No dijo «lo de siempre». No quería que nada sonara demasiado habitual.

Se sentó junto a la ventana. Desde allí se veía parte de la calle, la esquina por la que Gabriel podría haber aparecido, el reflejo de los coches en el cristal y una jardinera con flores rojas medio secas.

Clara dejó el móvil sobre la mesa. Boca arriba. Luego lo puso boca abajo. Luego volvió a darle la vuelta.

Nada.

El café llegó en taza blanca, con el platillo ligeramente manchado por una gota. El camarero dejó también un sobre de azúcar que ella no abrió.

Clara no tomaba el café muy dulce cuando estaba enfadada. Lo removió igualmente.

La cucharilla dio tres vueltas. Cuatro. Cinco.

El ruido era pequeño, pero en aquella mesa sonó enorme.

Miró hacia la puerta. Entró una mujer con un niño. Entró un hombre con uniforme de trabajo. Entraron dos jubilados que saludaron al camarero por su nombre.

Gabriel no entró.

Clara bebió un sorbo. Estaba demasiado caliente. Le quemó un poco la lengua. Eso la enfadó más. Porque cuando una está triste, hasta el café parece colaborar mal.

Pensó en otros cumpleaños. Pensó en Blus llegando envuelto en una manta. Pensó en flores. Pensó en cajas. Pensó en hoteles. Pensó en aquel Gabriel capaz de hacer aparecer un fax en un lugar donde ella no había querido ser encontrada.

Y entonces sintió una rabia extraña.

No contra los regalos.

Contra la comparación.

Porque no había pedido nada imposible. No había pedido una joya. No había pedido un viaje. No había pedido un perro. No había pedido que moviera media Valdería, ni que llamara a un político, ni que convenciera a un periodista, ni que abriera una puerta cerrada.

Había pedido un café.

Un café de un euro cincuenta.

Eso era lo insoportable.

La sencillez del fracaso.

Clara podía perdonar muchas cosas difíciles. Le costaba más perdonar lo fácil cuando no ocurría.

Sacó el móvil. Abrió la conversación con Gabriel. No escribió. Solo miró el espacio donde habría podido estar el mensaje.

Feliz cumpleaños. Estoy abajo. Te espero. ¿Café?

Cualquier cosa.

Nada.

El camarero pasó cerca.

—¿Quieres algo más?

Clara negó.

—No, gracias.

Pidió la cuenta. Pagó. Un euro cincuenta.

Guardó el ticket sin saber por qué.

O quizá sí lo sabía.

A veces una necesita guardar una prueba pequeña de una herida grande.

Al salir, la mañana ya había terminado de abrirse. El sol empezaba a caer sobre las fachadas de la avenida. La ciudad estaba normal, cruelmente normal. Tiendas abiertas, coches, pasos de cebra, ruido de platos, alguien riendo demasiado alto en una terraza.

Clara volvió caminando hacia Maison Canis. No lloró. Eso habría sido demasiado sencillo. Clara rara vez lloraba cuando todavía tenía cosas que hacer.

Abrió la tienda. Encendió las luces. Colocó el bolso detrás del mostrador. Revisó el móvil otra vez.

Nada.

Entonces respiró hondo, se puso de pie muy recta y atendió a la primera clienta del día como si no pasara nada.

—Buenos días —dijo—. ¿En qué puedo ayudarte?

La clienta quería un regalo para un cachorro. Clara le enseñó collares, snacks, una manta pequeña. Habló de tallas. De materiales. De colores. De perros. De cuidados.

Funcionó.

Clara funcionaba incluso rota.

Ese era uno de sus talentos y una de sus condenas.

Gabriel, mientras tanto, pasó el resto de la mañana intentando convencerse de que había hecho lo correcto. Que Clara le había dicho que no fuera. Que él no podía forzar. Que acercarse al bar ya había sido demasiado. Que si hubiera aparecido quizá ella se habría enfadado más.

Todo eso era razonable. Todo eso podía sostenerse.

Y, sin embargo, nada de eso le sirvió cuando entendió, demasiado tarde, que aquel día no se juzgaba por la lógica.

Se juzgaba por la presencia.

Por estar o no estar.

Por haber leído debajo de las palabras.

Clara no le había pedido obediencia. Le había pedido que supiera distinguir cuándo un «no vengas» era una puerta cerrada y cuándo era una última prueba desesperada de importancia.

Gabriel falló.

O quizá fallaron los dos.

Porque ella dijo que no apareciera. Y él no apareció del todo.

Esa fue la tragedia exacta del 3J: Clara quiso ser elegida sin pedirlo. Gabriel quiso respetarla sin perderla. Y entre los dos dejaron una silla vacía frente a una taza de café.

Más tarde, cuando discutieron, Clara volvió sobre aquella cifra.

—Un café, Gabriel. Un café de un euro cincuenta.

Él intentó explicar.

Clara no quería explicaciones.

Las explicaciones llegaban siempre después. Y Gabriel era experto en llegar después con palabras. Pero aquel día lo único que habría servido era llegar antes con el cuerpo.

Sentarse. Callar. Mirarla. Decir feliz cumpleaños.

Nada más.

Durante mucho tiempo, Gabriel creyó que el incendio empezó el 16 de junio.

Se equivocaba.

El 16 fue la explosión. El fuego venía de antes. El 3J fue la mecha. Y Clara, aquella mañana, la había encendido sola con una cucharilla dentro de una taza blanca.

CAPÍTULO 52

El dieciséis de junio

El 16 de junio de 2025 no empezó como un final.

Los finales casi nunca avisan.

La mañana era luminosa, pegajosa ya de verano temprano, con ese calor que todavía no aplasta pero empieza a quedarse pegado a las fachadas desde las nueve. Valeria estaba en la playa cuando sonó el móvil por primera vez.

Miró la pantalla.

No era Bruno Ledesma.

Era Clara.

O, mejor dicho, un número que todavía no conocía y que minutos antes había recibido un mensaje extraño.

«Soy Clara. Necesito hablar contigo.»

Valeria dudó unos segundos antes de llamar. A su alrededor había familias montando sombrillas, niños llenando cubos de agua y una pareja discutiendo por una nevera portátil. El mar estaba tranquilo. Demasiado tranquilo para lo que iba a pasar después.

Marcó.

La llamada tardó dos tonos en descolgarse.

—¿Sí?

La voz de Clara sonó más grave de lo que Valeria esperaba. Más cansada. Más adulta.

—Hola —dijo Valeria—. Soy Valeria.

Hubo un pequeño silencio.

Luego Clara respondió:

—Hola. Soy Clara. Amiga de Gabriel.

Valeria miró el mar. No supo por qué aquella presentación le incomodó ligeramente.

«Amiga de Gabriel».

No «soy Clara». No «nos conocemos». No «quería hablar contigo».

Amiga de Gabriel.

Como si aquello fuera una posición oficial dentro de algo.

—Yo también soy amiga de Gabriel —contestó Valeria con cuidado.

La frase quedó suspendida unos segundos. Las dos entendieron inmediatamente que aquella conversación no iba a ser sencilla.

Clara estaba en la oficina de Gabriel cuando hablaba. O, al menos, en una de las oficinas donde él pasaba media vida entre campañas, carteles, presupuestos, cafés fríos y teléfonos sonando a la vez. Había ido allí todavía enfadada por cosas que venían de lejos y, al mismo tiempo, movida por una necesidad extraña de entender quién era aquella mujer de la que Gabriel hablaba demasiado últimamente.

Porque sí.

Hablaba demasiado.

No necesariamente con deseo. Pero sí con intensidad.

Y Clara conocía perfectamente ese idioma. Era el mismo idioma que él había usado con ella durante años. El de «te he visto esto y me he acordado de ti». El de «mira qué sitio». El de «te gustaría». El de fabricar pequeñas escenas alrededor de una persona hasta convertirla en alguien importante dentro de un mapa emocional.

Clara conocía ese idioma mejor que nadie. Y precisamente por eso le dolía reconocerlo en otra parte.

—Quiero que sepas una cosa —dijo Clara al principio, todavía contenida—. Gabriel no está solo. Tiene gente alrededor que le ayuda y le apoya.

Valeria tardó unos segundos en responder.

—Ya me imagino.

—No, no te lo imaginas.

Aquello ya sonó distinto. Más duro. Más territorial.

Valeria se incorporó un poco en la toalla. Empezaba a notar el sol demasiado fuerte sobre los hombros.

—No sé muy bien por qué me llamas, Clara.

—Porque creo que hay cosas que deberías saber.

La frase habría sonado amenazante en otra voz. En Clara sonó triste. Y eso fue peor.

Durante los siguientes minutos las dos mujeres empezaron a construir versiones distintas del mismo hombre.

Clara habló primero. Habló de campañas, regalos, perros, hoteles, llamadas, sorpresas imposibles, detalles constantes. De un hombre capaz de aparecer con flores donde nadie sabía que ella estaba. De alguien que nunca hacía las cosas pequeñas de manera pequeña.

Valeria escuchaba en silencio. A ratos confundida. A ratos fascinada. Porque una parte de ella reconocía cosas. No iguales. Pero sí parecidas.

La sensación de sentirse atendida. Escuchada. Importante. Especial.

Como si Gabriel tuviera la extraña capacidad de detectar exactamente qué necesitaba emocionalmente una persona y construir alrededor de ello una atmósfera entera.

Pero Valeria también sabía otra cosa. Nunca había sentido que Gabriel quisiera acostarse con ella. Y eso hacía todavía más difícil explicar el vínculo.

—Yo no le he pedido nada —dijo finalmente.

Clara soltó una pequeña risa seca. No cruel. Peor. Cansada.

—Eso decíamos todas.

Valeria frunció el ceño. Aquella frase le molestó. Porque reducía algo que ella sentía sincero a un patrón repetido. Y quizá Clara pretendía precisamente eso. Reducir. Normalizar. Quitar excepcionalidad.

—No, Clara. Creo que no me estás entendiendo. Gabriel conmigo no...

—Gabriel siempre hace sentir especiales a las personas.
Silencio.

Detrás de Clara se oía movimiento de oficina. Una impresora. Una puerta. Alguien saludando a lo lejos.

Valeria empezó a sentir algo incómodo: la sensación de estar entrando en una historia larguísima que había empezado muchos años antes de que ella apareciera. Y que posiblemente nunca terminaría del todo.

—Yo no estoy enamorada de Gabriel —dijo.

Clara tardó un poco en responder.

—Eso no significa que él no pueda hacerte daño igualmente.

Aquella frase golpeó más fuerte de lo que Valeria esperaba. Porque por primera vez dejó de sentirse dentro

de una conversación de celos y empezó a parecer otra cosa. Una advertencia. O una confesión. O ambas.

El viento movió ligeramente la sombrilla. Valeria se levantó y caminó unos pasos hacia la orilla con el móvil pegado al oído.

—Gabriel solo ha sido bueno conmigo.

—Claro que ha sido bueno contigo.

La respuesta llegó inmediata. Demasiado inmediata. Como si Clara llevara años defendiendo y odiando exactamente lo mismo.

—Ese es el problema.

Las dos callaron. Y durante unos segundos solo se escuchó el mar mezclado con el ruido lejano de una grapadora en la oficina de Gabriel. Dos mundos distintos unidos por el mismo hombre.

—A mí me ha ayudado mucho —dijo Valeria más bajo—. Me ha hecho sentir importante en momentos donde no estaba bien.

Clara cerró los ojos. Aquello sí dolió. Porque esa frase podría haberla pronunciado ella misma quince años antes.

—Ya —murmuró—. Ese es su idioma.

Valeria apoyó una mano en la frente. Empezaba a entender cosas que no quería entender. No porque Clara le estuviera demostrando que Gabriel era malo. Sino porque le estaba demostrando que Gabriel era profundamente

intenso. Y las personas intensas dejan huella incluso cuando no quieren.

—Pero conmigo no ha intentado nada raro —insistió Valeria.

—Gabriel no necesita intentar «cosas raras» para entrar en la vida de alguien.

Otra vez silencio. Largo. Incómodo. Humano.

Entonces Clara dijo algo que terminó de romper el equilibrio de la conversación:

—La diferencia es que tú estabas a setecientos kilómetros. Yo lo tenía todos los días delante.

Valeria dejó de caminar. Aquella frase ya no tenía nada que ver con ella. Aquello era dolor antiguo saliendo por una rendija equivocada.

Y por primera vez sintió pena real por Clara.

Porque entendió algo importante: aquella mujer no estaba luchando contra Valeria. Estaba luchando contra el miedo de dejar de ser única dentro del mundo emocional de Gabriel.

Y quizá Gabriel había cometido el error de hacer sentir únicas a demasiadas personas.

La conversación duró más de dos horas. A ratos parecía una confesión. A ratos un interrogatorio. A ratos dos mujeres intentando ordenar un hombre que ninguna entendía del todo.

Las dos exageraron. Las dos suavizaron cosas. Las dos omitieron otras. Las dos dijeron medias verdades.

Pero también dijeron algo cierto: Gabriel había cambiado la vida emocional de ambas de alguna manera.

Cuando colgaron, ninguna estaba mejor.

Valeria se quedó mirando el mar con la sensación de haber salido de una habitación cerrada demasiado cargada. Clara dejó el móvil sobre la mesa de la oficina y permaneció inmóvil varios segundos. Y Gabriel, que todavía no sabía exactamente qué habían hablado durante aquellas dos horas, estaba a punto de descubrir que algunas conversaciones no terminan cuando se cuelga el teléfono.

Empiezan ahí.

CAPÍTULO 53

La llamada de dos horas

Clara consiguió el teléfono de Valeria.

Gabriel no supo cómo.

O quizá lo imaginó y prefirió no saberlo.

La llamó.

Hablaron dos horas.

Dos horas enteras.

Después, ninguna de las dos le contó nada.

Ese fue el verdadero golpe.

No la llamada. No los celos. No la discusión. El hueco.

Gabriel podía revisar mensajes, ordenar fechas, buscar frases, leer audios, reconstruir versiones. Pero no podía entrar en esas dos horas. Y lo que no podía revisar lo imaginaba.

Eso era peor.

Imaginó a Clara contando su versión.

Imaginó a Valeria contando la suya.

Imaginó silencios.

Imaginó exageraciones.

Imaginó verdades a medias.

Imaginó frases dichas con rabia.

Imaginó a las dos creyendo entenderse y engañándose al mismo tiempo.

Cuando colgaron, algo había cambiado.

Valeria dejó de ser una amiga a la que Gabriel intentaba animar.

Clara dejó de ser solo la mujer celosa.

Y él dejó de controlar el relato.

En una historia como la suya, eso era casi una tragedia.

Porque Gabriel podía soportar que lo acusaran.

Lo que no soportaba era no saber exactamente de qué.

Valeria, por su parte, empezó a poner límites.

No quería más ayuda.

No quería que Gabriel removiera su vida.

No quería que se metiera en su trabajo, en sus contactos, en su privacidad.

Decía que jamás le había pedido nada.

Que su corazón estaba ocupado.

Que nunca prometió ser algo más que una amiga.

Que todo lo que Gabriel hizo fue por voluntad propia.

Que no se acercara.

La amistad quedó finiquitada.

Al menos por entonces.

Gabriel, que había querido abrirle una puerta, se encontró acusado de haber construido una trampa.

Y Clara, que había querido descubrir la verdad, quizá solo consiguió añadir otra herida a una historia que ya sangraba demasiado.

CAPÍTULO 54

Dos mujeres al teléfono

Gabriel nunca supo exactamente qué se dijeron.

Y quizá por eso aquella llamada ocupó tanto.

Hay conversaciones que duran dos horas y se olvidan en dos días. Otras, aunque uno no escuche ni una palabra, se quedan años dando vueltas en una habitación cerrada de la cabeza.

La de Clara y Valeria fue de las segundas.

Empezó con un mensaje.

Clara escribió primero.

No fue una llamada directa. Clara no hacía siempre las cosas de frente al principio. A veces tocaba la puerta con un mensaje y esperaba que el otro lado se abriera. Valeria vio el aviso, leyó el nombre, entendió de inmediato que aquello no era casual y decidió llamar.

Gabriel no estaba allí.

Pero durante mucho tiempo imaginó el primer segundo.

El tono. El aire. El filo.

—Hola, soy Valeria.

Al otro lado, quizá Clara tardó un instante en responder. No por duda, sino por cálculo. Clara medía la escena incluso cuando estaba furiosa.

—Hola. Soy Clara, amiga de Gabriel.

La palabra amiga quedó flotando.

No era una presentación inocente. Era una bandera.

Valeria la recogió enseguida.

—Yo también soy amiga de Gabriel.

Ahí empezó todo.

No en los reproches. No en las explicaciones. No en los celos.

Ahí.

En dos mujeres usando la misma palabra para ocupar un lugar distinto.

Clara respiró.

—Quiero que sepas que Gabriel no está solo. Tiene amigos alrededor que le ayudan y le apoyan.

Valeria escuchó la frase con atención.

Gabriel no está solo.

No era exactamente una información. Era una advertencia. Una manera elegante de decir: no creas que puedes entrar en su vida sin que nadie mire. No creas que

eres la única que lo escucha. No creas que él cae en tus manos sin historia detrás.

Valeria no se dejó intimidar.

—Yo no he pedido nada —dijo.

Y aquella frase, que quizá sonó simple, contenía casi toda su defensa.

No he pedido nada. No he pedido hoteles. No he pedido llamadas. No he pedido trabajo. No he pedido promesas. No he pedido que nadie me salve.

Lo que Gabriel quiso darme, me lo dio porque quiso.

Clara conocía demasiado bien esa frase aunque Valeria no lo supiera.

Porque Gabriel siempre daba porque quería.

Ese era justamente el problema.

Daba flores, perros, perfumes, viajes, campañas, favores, contactos, escritos, gestiones, teléfonos, oportunidades. Daba hasta que el regalo dejaba de parecer regalo y empezaba a parecer una forma de ocupar espacio en la vida del otro.

—Tú no sabes cómo es Gabriel —pudo decir Clara.

—Sé cómo ha sido conmigo —pudo contestar Valeria.

Y ahí cada una empezó a contar su Gabriel.

Clara habló desde los años. Desde Valdería. Desde los cafés repetidos, los perros, las campañas, los hospitales, las llamadas, las noches malas, las veces que él aparecía cuando nadie más sabía que hacía falta aparecer. Habló quizá del hombre que conseguía cosas imposibles, del que preparaba regalos como si diseñara una escena entera, del que podía hacerte sentir única y al minuto siguiente agotarte con su necesidad de explicarlo todo.

Valeria habló desde la distancia. Desde Barcelona. Desde una amistad intensa, reciente, sin historia antigua, sin perros compartidos, sin hospitales, sin campañas de comercio, sin quince años de heridas acumuladas. Habló de un hombre que la había escuchado cuando estaba baja, que la había hecho sentirse atendida, importante, cuidada. Mimada, quizá. Pero no amada de esa manera. No deseada como amante. No prometida como futuro.

—Me hizo sentir especial —dijo Valeria.

Y Clara, al escuchar eso, quizá sonrió sin alegría.

Porque esa era la frase exacta.

La palabra prohibida.

Especial.

Gabriel tenía ese don. O esa enfermedad. Hacer que una persona se sintiera elegida bajo un foco que él mismo encendía.

—Eso que tú has vivido unos meses —pudo decir Clara —, yo llevo años viviéndolo todos los días.

No lo dijo como victoria. O no solo.

Lo dijo con cansancio.

Como quien advierte a otra mujer de una belleza que también quema.

Valeria estaba a setecientos kilómetros. Clara estaba en Valdería.

Clara lo había tenido cerca, demasiado cerca, durante años. Cerca para los cafés, para los favores, para los enfados, para los perros, para las urgencias, para las campañas, para las llamadas a cualquier hora, para los regalos que emocionaban y los mensajes que asfixiaban.

Valeria había conocido el mimo sin la convivencia del mimo.

Clara había conocido el mimo y su resaca.

Esa era la diferencia.

Y también la injusticia.

Porque Valeria hablaba de gratitud.

Clara hablaba de desgaste.

Valeria decía:

—Yo no le prometí nada.

Clara pensaba:

A mí tampoco me lo prometió todo, y aun así me lo puso delante durante años.

Valeria decía:

—Mi corazón está ocupado.

Clara quizá pensaba:

El mío también, y precisamente por eso duele.

Ninguna de las dos mentía del todo.

Ese fue el problema.

Las dos tenían una parte de verdad. Y las dos, quizá, exageraron la parte que les convenía.

Clara pudo contar medias verdades como si fueran certezas. Pudo seleccionar la zona más oscura de Gabriel para lanzarla contra la confianza de Valeria. Pudo convertir su experiencia real en munición. Pudo decir cosas ciertas con una intención que ya no era limpia.

Valeria pudo defenderse negando cualquier deuda, cualquier ilusión, cualquier responsabilidad. Pudo reducir a voluntad de Gabriel lo que también había aceptado, disfrutado o permitido. Pudo protegerse presentándose solo como alguien arrastrado a una historia ajena.

Y entre ambas fueron construyendo a un tercer Gabriel.

No exactamente falso.

No exactamente verdadero.

Un Gabriel hecho de fragmentos.

El Gabriel que mimaba. El Gabriel que agobiaba. El Gabriel que ayudaba. El Gabriel que presionaba. El Gabriel que hacía sentir especial. El Gabriel que luego parecía pedir que esa especialidad significara algo.

Cuando colgaron, ninguna de las dos quedó limpia.

Valeria se alejó.

Clara se quedó con su dolor confirmado.

Y Gabriel, que no había escuchado nada, salió condenado por una conversación en la que todos hablaban de él menos él.

Durante días quiso saber.

Preguntó. Insinuó. Reconstruyó. Imaginó.

Pero ninguna le entregó la llamada.

Y quizá fue mejor así.

Porque hay conversaciones que, si se conocieran palabra por palabra, harían menos daño.

Y esa llamada necesitaba seguir siendo un misterio para poder destruirlo entero.

CAPÍTULO 55

El cumpleaños de Gabriel

Valeria desapareció después del 16 de junio.

No de una forma teatral. No con un portazo. No con una frase definitiva.

Se apartó.

Dejó de hablarle.

Y ese silencio, aunque distinto al de Clara, también ocupó sitio.

Gabriel había perdido el control de dos conversaciones a la vez: la de Clara, por exceso de historia; la de Valeria, por exceso de intervención. No sabía cómo reparar una sin empeorar la otra.

Julio llegó con calor. El calor en Valdería tenía algo pegajoso, una especie de cansancio acumulado en las fachadas. Gabriel cumplía años y no esperaba demasiado.

O decía que no esperaba demasiado.

Uno siempre espera algo de quien se ha ido hace poco.

El mensaje llegó breve, correcto, casi diplomático.

“A pesar de que en estos momentos hayamos tenido un desencuentro, deseo que pases un feliz día de cumpleaños.”

Gabriel lo leyó varias veces.

No era perdón. No era regreso. No era ternura abierta.

Pero tampoco era silencio.

Después de ciertas guerras, una frase educada puede parecer una tregua.

Quiso contestar mucho. Demasiado.

Quiso explicar. Agradecer. Pedir perdón. Decir que nunca quiso hacerle daño. Decir que Clara no sabía todo. Decir que él tampoco sabía ya qué sabía Clara. Decir que la oportunidad con Bruno seguía, o que no seguía, o que lo sentía, o que no podía prometer nada.

Al final respondió poco.

No porque tuviera poco dentro.

Sino porque empezaba a intuir que las palabras largas podían ser otra forma de invadir.

Valeria no volvió del todo.

Apareció lo justo para recordarle que no todo estaba muerto.

Y desapareció lo suficiente para que Gabriel comprendiera que algunas puertas no se cierran con golpes, sino con educación.

CAPÍTULO 56

Hay otras urgencias

Bruno se fue enfriando.

No de golpe.

Los hombres como Bruno rara vez dicen no de golpe. Primero aplazan. Luego justifican. Después nombran urgencias. Viajes. Problemas. Arcones. Cámaras. Un hermano. Alicante. Madrid. Barcelona. Cosas que atender. Incendios de empresa. Llamadas que no llegan.

Gabriel insistía.

Valeria se desesperaba.

Bruno decía que sí, pero no concretaba.

Hasta que un día escribió una frase breve:

“Lo siento, hay otras urgencias.”

Y en esa frase se vino abajo casi todo.

Valeria había arriesgado trabajo, expectativas, estabilidad. Gabriel había puesto la cara. Clara había entrado en escena. Bruno, que antes hablaba de futuro, ahora hablaba de urgencias.

Gabriel quiso explicar.

A Bruno.

A Valeria.

A Clara.

A sí mismo.

Pero las explicaciones, cuando llegan después del daño, suenan siempre a coartada.

Escribió a Bruno como empresario y como amigo, pidiendo que valorara a Valeria, que no la dejara caer, que entendiera lo que estaba en juego.

Pero ya no era la misma conversación.

La oportunidad laboral se había contaminado de vida privada.

Y cuando una salida se contamina de celos, sospechas, llamadas cruzadas y orgullo, deja de parecer una salida.

Empieza a parecer un pasillo sin puertas.

Gabriel quiso abrirle una puerta a Valeria.

Pero cuando Clara entró en el pasillo, la puerta dejó de parecer una salida y empezó a parecer una trampa.

CAPÍTULO 57

Que dejes de hablarme de ella

En julio, Valeria ya no estaba y seguía estando.

Eso era lo insoportable.

No aparecía físicamente, pero ocupaba las conversaciones. Su nombre entraba como una sombra. A veces porque Gabriel la mencionaba para explicar. Otras porque Clara la invocaba para reprochar. Otras porque el silencio mismo parecía estar lleno de ella.

Clara terminó diciéndoselo:

que dejara de hablarle de Valeria.

Que no quería saber más.

Que cada explicación abría otra vez la herida.

Gabriel no entendía cómo defenderse sin nombrarla.

Clara no entendía cómo seguir escuchándolo nombrarla.

Esa fue otra trampa.

Para Gabriel, Valeria era la prueba de que no había habido amor, ni deseo real, ni sustitución. Era la forma de

aclarar que todo había sido amistad, ayuda, torpeza, quizá provocación, pero no traición sentimental.

Para Clara, cada vez que Gabriel decía Valeria, confirmaba que Valeria seguía en el centro.

—No te estoy hablando de ella por ella —quería decir Gabriel—. Te hablo de ella para que entiendas que mi sentimiento está contigo.

Pero lo que Clara escuchaba era otra cosa:

otra vez ella.

Otra vez explicaciones para ella.

Otra vez justificar a ella.

Otra vez un espacio que antes era mío.

Así el incendio siguió ardiendo incluso cuando ya no había llamas visibles.

En julio, Clara seguía herida por la llamada, por Bruno, por el hotel, por el mimo, por el 3J, por el café de un euro cincuenta.

Y Gabriel seguía intentando apagar un fuego con gasolina escrita en párrafos largos.

CAPÍTULO 58

Bloqueado

La primera vez que Gabriel comprobó que estaba bloqueado, no lo creyó.

Hay una negación técnica que precede al dolor. Quizá no hay cobertura. Quizá el mensaje no ha salido. Quizá WhatsApp está fallando. Quizá el móvil está apagado. Quizá ha cambiado algo de privacidad. Quizá, quizá, quizá.

La mente fabrica incidencias para no aceptar decisiones.

Probó una vez.

Luego otra.

Miró la foto de perfil.

Nada.

La ausencia digital tiene una forma muy concreta de humillar: reduce años de historia a un icono que ya no cambia, a un mensaje que no entrega, a una línea de estado desaparecida.

Gabriel dejó el teléfono sobre la mesa.

Lo volvió a coger al minuto.

Después llegó el bloqueo.

La palabra parece pequeña hasta que te ocurre con alguien que ha ocupado años de tu pantalla.

Bloqueado.

No ver.

No escribir.

No llamar.

No comprobar la última conexión.

No mandar una foto.

No preguntar por los perros.

No decir buenos días.

No pedir café.

No explicar.

No defenderse.

Para Gabriel fue una amputación.

Lo pasó mal.

Muy mal.

No solo por el silencio de Clara, sino por la forma en que ese silencio le devolvía todo: Valeria, Bruno, la oficina, la llamada de dos horas, el cumpleaños, las fotos, Marcos Bermejo, los años, las listas invisibles, las escenas bonitas usadas ahora como cuchillos.

El bloqueo tenía una brutalidad limpia.

Clara, que durante años había abierto y cerrado puertas, esta vez parecía haber bajado la persiana entera.

Gabriel se quedó fuera.

Y, como siempre que se quedaba fuera, empezó a dar vueltas alrededor de la puerta.

CAPÍTULO 59

UMI

El 30 de agosto de 2025, Gabriel ingresó en la UMI.

La palabra no llegó a su vida como llegan las palabras importantes en las novelas. No hubo música, ni una puerta abriéndose despacio, ni una frase solemne pronunciada por un médico con gesto de estatua. Hubo urgencia, cansancio, luces blancas, una camilla que se movía demasiado rápido y una sensación física de que el cuerpo, por una vez, ya no obedecía.

La enfermedad no avisa siempre con dramatismo. A veces empieza como una mala tarde. Una presión extraña. Un cansancio que no se parece al cansancio. Una respiración que se vuelve trabajo. Un dolor que uno intenta negociar mentalmente durante demasiado tiempo.

Gabriel tardó más de lo debido en aceptar que aquello no era una crisis cualquiera.

Siempre había sido así. Para los demás, urgencia inmediata. Para él, primero negación. Después cálculo. Después miedo.

Cuando llegó al hospital, ya no tenía fuerzas para hacerse el fuerte con nadie. Eso le humilló de una manera absurda. No porque la debilidad fuera vergonzosa, sino porque Gabriel estaba acostumbrado a ser el que llegaba. El que llamaba. El que organizaba. El que preguntaba a una enfermera por qué una paciente seguía sin subir a planta. El que cogía un teléfono y movía algo.

En la UMI, en cambio, no se movía nada por su voluntad.

Lo movían a él.

Le pusieron vías. Le hicieron preguntas. Le pidieron que respirara. Que no hablara. Que esperara. La palabra esperar, en un hospital, tiene una crueldad especial. Nadie sabe exactamente qué espera. Espera resultados. Espera evolución. Espera que el cuerpo aguante. Espera que el médico vuelva con una cara que no asuste demasiado.

Gabriel vio a sus padres en una esquina de la sala, envejecidos de golpe por la luz fría.

Entonces pensó en Clara.

No quiso pensarlo.

Pero pensó.

Pensó en su operación. En aquella mañana en que él se presentó antes de las ocho convencido de que sería la última persona que la vería antes de entrar a quirófano. Pensó en la puerta. En la enfermera adelantando la intervención. En aquella frase absurda que se había

cumplido por una casualidad demasiado perfecta para que él aceptara llamarla casualidad.

Pensó en haber bajado a preguntar cuando ella no subía. En la madre de Clara y Marcos esperando con la cara suspendida. En las enfermeras tomando café. En su propia voz diciendo que la subieran ya, que su madre llevaba desde las nueve esperando en una habitación vacía.

Pensó en los días siguientes. Mañana, tarde y noche. El negocio cerrado. Los cafés con leche y las tostadas con tomate. El alta. La sensación de haber estado donde había que estar.

Y después miró su cama.

La cama de ahora.

La suya.

El teléfono estaba lejos, pero no lo bastante. Uno de sus padres se lo acercó en algún momento que después no recordaría bien. Gabriel desbloqueó la pantalla con dificultad. Los dedos no parecían suyos. Buscó una foto. Dudó.

No era una foto bonita.

Eso era precisamente lo que importaba.

Un rostro cansado. Tubos. Luz mala. Una cama de hospital. La enfermedad sin literatura.

Se la hizo llegar a Clara.

No escribió un discurso. No podía. O no quiso. A veces una imagen dice: mira dónde estoy. A veces dice: ven. A veces dice: acuérdate.

Clara recibió la foto.

Gabriel no supo exactamente qué hizo al verla.

Esa ignorancia fue parte del dolor.

Esperó.

No como se espera un mensaje cualquiera. Esperó con el cuerpo entero. Cada vibración del móvil podía ser ella. Cada sonido del pasillo podía traer algo que no llegaba.

Clara no fue.

La frase, escrita así, parece demasiado simple para contener lo que contuvo.

Clara no fue.

Ni esa tarde. Ni al día siguiente. Ni en los días que Gabriel estuvo ingresado. Había mil explicaciones posibles. Rabia. Orgullo. Miedo. Distancia. Incapacidad. La herida de junio todavía abierta. El bloqueo emocional. La sensación de no saber qué lugar ocupaba ya en la vida de Gabriel.

Todas podían ser ciertas.

Ninguna sirvió.

Porque en una cama de hospital las explicaciones llegan demasiado tarde. Allí una persona no mide los matices. Mide las presencias.

Durante las noches, cuando la unidad bajaba de ruido y quedaban solo pitidos, pasos de enfermería y respiraciones ajenas, Gabriel volvía una y otra vez al mismo recuerdo: la puerta del quirófano de Clara.

Él había estado.

Ella no.

La comparación era injusta. Lo sabía. Pero era inevitable.

El dolor fabrica ecuaciones brutales.

Yo estuve. Tú no.

Y aunque la vida real sea mucho más compleja, aunque nadie deba nada de forma matemática, aunque los vínculos no sean facturas, el corazón enfermo no redacta sentencias equilibradas. El corazón enfermo hace cuentas como puede.

Gabriel pasó días entre sueño, medicación, miedo y una lucidez intermitente que a veces era peor que la fiebre. En algunos momentos pensó que quizá Clara aparecería de golpe, enfadada, diciendo cualquier barbaridad para disimular que estaba asustada.

—Menudo susto me has dado, imbécil.

La imaginó así.

De pie junto a la cama.

Con el bolso colgado del brazo.

Con esa forma suya de entrar en los sitios como si primero hubiera que pedir permiso al aire.

Pero Clara no apareció.

Y el hueco que dejó su ausencia fue ocupando la habitación con más fuerza que muchas visitas.

Cuando le dieron el alta semanas después, Gabriel salió del hospital distinto. No mejor. Distinto. Hay ingresos que curan una parte del cuerpo y enferman otra zona de la memoria.

Volvió a Valdería con la sensación de que algo se había roto de una manera silenciosa.

Después, con el tiempo, el contacto mejoraría. Volverían cafés, desayunos, conversaciones. La vida tiene esa crueldad: después de una herida enorme puede ofrecer una normalidad pequeña y hacerte creer que todo quizá se recompondrá.

Gabriel quiso creerlo.

Pero la UMI quedó allí.

Como un cuarto cerrado dentro de la historia.

Y en ese cuarto había una cama, una foto enviada y una puerta por la que Clara no entró.

En la UMI, el tiempo no pasaba: goteaba.

Gabriel no lo entendió al principio. Había relojes, claro. Uno sobre una pared blanca, otro en la pantalla de un monitor, otro en el teléfono de su padre, que lo miraba cada pocos minutos como si la hora pudiera explicar algo. Pero el tiempo de allí no tenía relación con las agujas. Se medía en pitidos, en pasos de enfermera, en bolsas que se vaciaban lentamente, en palabras médicas dichas a media voz y en silencios familiares que nadie sabía llenar.

La primera noche no tuvo forma.

Tuvo luces.

Trozos.

Una máscara.

Una mano que le tocaba el brazo.

La voz de su madre preguntando si podía oírla.

Alguien diciendo su nombre desde muy lejos.

Y luego nada.

Cuando recuperó una conciencia más estable, lo primero que sintió fue vergüenza.

No miedo.

Vergüenza.

Le avergonzó verse reducido a un cuerpo vigilado por máquinas. A depender de otros para incorporarse, beber, preguntar. A tener los labios secos, la barba mal, la piel

gris, los ojos hundidos. A no poder sostener ni siquiera su propia imagen.

Gabriel, que había construido escenas para que otros se sintieran importantes, no sabía qué hacer con una escena donde él no controlaba nada.

Su padre estaba sentado junto a la cama.

Parecía diez años mayor.

—¿Qué hora es? —preguntó Gabriel.

La voz salió rota.

—No importa.

—Sí importa.

Su padre miró el reloj.

—Las seis y veinte.

—¿De la tarde?

—Sí.

Gabriel cerró los ojos.

Había perdido horas. Quizá días. En los hospitales, perder tiempo se parece demasiado a perder vida.

Pensó en Clara.

No fue una decisión. Fue un reflejo.

Clara en su operación. Clara entrando antes de lo previsto. Él caminando hasta la puerta. Él bajando luego a

preguntar por qué no subía. Él diciendo a las enfermeras que dejaran el café y la llevaran con su madre. Él cerrando el estudio para ir mañana, tarde y noche. Él sacándola después a tomar café con leche y tostadas con tomate.

La memoria no apareció como reproche todavía.

Apareció como comparación.

Y las comparaciones en una cama de hospital son veneno puro.

—¿Ha preguntado alguien? —dijo.

Su padre entendió demasiado rápido a quién se refería.

—No sé.

—¿No sabes?

—Ahora no pienses en eso.

Pero decirle a Gabriel que no pensara en algo era colocarle un foco encima.

Pidió el móvil.

Su madre dijo que no era momento.

Él insistió.

El móvil pesaba más de lo normal. Lo sostuvo con torpeza. La pantalla le hirió los ojos. Tenía mensajes de personas que no esperaba y no tenía el que esperaba.

Eso fue lo que dolió.

No la ausencia en abstracto.

La pantalla concreta.

El hueco exacto.

Alguien le había hecho llegar a Clara una foto. O eso creyó entender. Una imagen desde allí, desde ese territorio donde ya no podía haber teatralidad. Gabriel no se veía en la foto, pero imaginó suficiente: la cama, los cables, la luz fría, una expresión que no quería que Clara recordara.

Esperó.

No durante horas enteras, no de forma dramática. Esperó a ratos. Entre una enfermera y otra. Entre una medición y otra. Entre el sueño sucio de los medicamentos y una sed repentina. Cada vez que abría los ojos, una parte de él comprobaba si el teléfono había vibrado.

A veces sí.

Pero no era ella.

Un primo.

Un proveedor.

Un amigo.

Una notificación absurda.

No ella.

La UMI tenía un sonido de fondo que se parecía a la paciencia obligatoria. Los demás pacientes respiraban de maneras distintas. Una mujer lloraba muy bajo en algún

punto del pasillo. Un celador arrastró una silla. Una enfermera joven le cambió una vía y le dijo que iba mejor.

Gabriel asintió.

No se sentía mejor.

Se sentía vivo, que era otra cosa.

Por la noche, cuando las visitas se fueron y las luces bajaron un poco, entendió la diferencia entre estar acompañado y estar salvado.

Sus padres estaban. Eso era inmenso. Estaban con ese amor práctico que no necesita grandes frases: ropa limpia, agua, hablar con médicos, esperar, preguntar, llamar a quien hubiera que llamar. Estaban como están los padres cuando el miedo les ha quitado todo menos la función de permanecer.

Pero Clara no estaba.

Y esa ausencia ocupaba una silla entera.

Gabriel se odió por pensarlo.

Le pareció injusto.

Egoísta.

Desagradecido.

Pero lo pensó.

Porque hay dolores que no piden permiso a la gratitud.

Al tercer día pudo incorporarse un poco mejor. El médico habló de evolución. Su madre lloró sin querer. Su padre salió al pasillo a llamar a alguien.

Gabriel volvió a mirar el teléfono.

Nada.

Entonces comprendió que el hospital había cambiado de sitio dentro de su historia con Clara.

Antes era una prueba de presencia.

Ahora era una prueba de ausencia.

Y las dos pruebas pesaban lo mismo, pero en direcciones contrarias.

No se lo diría así a nadie. No entonces. Quizá nunca.

Pero en aquella cama, con el brazo amoratado por las vías y la boca seca, Gabriel supo que algo se había roto de una forma difícil de reparar.

Porque podía perdonar muchas cosas.

Podía entender enfados, bloqueos, silencios, orgullo, miedo, incluso cansancio.

Pero había lugares en los que uno espera que la historia se quite las máscaras.

Un hospital era uno de ellos.

Y Clara no apareció.

CAPÍTULO 60

La vuelta

Después del ingreso, el contacto fue mejorando.

No de golpe.

Nada entre ellos mejoraba de golpe.

Pero volvió una especie de normalidad.

Desayunos.

Cafés.

Charlas.

Mensajes.

Perros.

Maison Canis.

Noticias de Valdería.

Consultas sobre envíos.

Llamadas inesperadas.

La sensación de que, quizá, el daño podía quedar atrás sin mirarlo demasiado.

Gabriel se ilusionó.

Eso fue lo más peligroso.

Se ilusionó porque Clara volvía a estar cerca. Porque después de la UMI, después del bloqueo, después de Valeria, después del verano negro, cualquier café parecía una resurrección.

Volvían a hablar.

Y él, que siempre había tenido una capacidad inmensa para reconstruir castillos sobre una cucharilla moviéndose en un café con leche, empezó a imaginar que todavía quedaba algo.

Quizá no como antes.

Pero algo.

Clara hablaba.

Reía a ratos.

Compartía cosas.

Volvían las pequeñas rutinas.

Para Gabriel, las rutinas eran señales.

Para Clara, quizá solo eran rutinas.

Esa diferencia volvería a matarlo.

CAPÍTULO 61

Nochebuena

La Navidad siempre había sido peligrosa para Gabriel.

No por la fiesta en sí, sino por lo que las fechas señaladas le hacían a la cabeza. Donde otros veían una cena, un mensaje o una obligación familiar, él veía una escena posible. Un detalle. Una llamada. Una forma de estar. Una prueba de lugar.

El 24 de diciembre miró el móvil más veces de las necesarias antes de escribir a Clara.

Borró dos versiones.

Una demasiado cálida.

Otra demasiado neutra.

Al final eligió una frase que le pareció prudente y que, aun así, llevaba dentro más deseo del que podía confesar.

El 24 de diciembre, Gabriel le felicitó la Navidad.

No esperaba fuegos artificiales.

O quizá sí.

Con Clara siempre esperaba más de lo que reconocía.

La respuesta fue fría.

Fría de verdad o fría en su lectura, que a veces era otra forma de verdad. No importa. A él le llegó como hielo.

Y algo se descompensó.

Después recaería gravemente en su enfermedad. Ingresó. Estuvo inconsciente más de veinticuatro horas.

El mundo se apagó sin pedir permiso.

Cuando empezó a recuperar la consciencia, pensó en ella.

Se puso en contacto con Clara.

Pero a Clara le sentó mal otra cosa: que sus padres no le hubieran dicho nada.

Gabriel intentó explicarle que sus padres habían pasado esas veinticuatro horas pendientes de él, de lo que le ocurría, de si salía, de si no, de si volvía, de si el cuerpo respondía. No estaban gestionando protocolos sentimentales. Estaban asustados.

Pero Clara lo recibió desde su propia herida.

Quizá pensó que la habían dejado fuera.

Quizá sintió que, si de verdad importaba, alguien tendría que haberla avisado.

Quizá no supo qué hacer con la mezcla de enfado, miedo y orgullo.

Desde entonces, silencio total.

Y ese silencio ya no sonaba como otros.

No era un déjame de unas horas.

No era un bloqueo de castigo.

No era una pausa para trabajar.

Era otra cosa.

Una llanura.

Un lugar sin ecos.

CAPÍTULO 62

El silencio total

El silencio total no llega de golpe.

Antes hay silencios pequeños que ensayan.

Silencios de horas.

De días.

Bloqueos.

Respuestas frías.

Buenos días sin calor.

Audios que ya no llegan.

Cafés que se aplazan.

Estoy trabajando.

Paso.

Chao.

Déjame.

Pero el silencio total es distinto.

No tiene gesto.

No tiene rabia visible.

No tiene ni siquiera la cortesía de una pelea.

Después de diciembre, Gabriel sintió que la historia se había quedado sin hilo.

Y eso era más duro que los insultos.

Los insultos al menos demostraban que alguien seguía al otro lado de la cuerda.

El silencio no.

El silencio decía que quizá ya no había cuerda.

O que Clara la había soltado.

O que la tenía en la mano, pero había decidido no moverla.

Gabriel, que había conservado mensajes, fotos, fechas, pruebas y escenas, se encontró frente a lo único que no podía archivar: la ausencia.

No había forma de citarla.

No había pantallazo suficiente.

No había documento.

Solo una pregunta insoportable:

¿cómo se termina una historia que nunca supo empezar oficialmente?

El silencio total empezó una tarde cualquiera.

Eso fue lo peor.

Gabriel habría preferido una escena. Una frase definitiva. Un portazo. Una llamada llena de rabia. Algo que pudiera fecharse con exactitud, archivar, citarse luego como el momento en que todo terminó.

Pero no hubo nada de eso.

Hubo una conversación fría.

Después menos mensajes.

Después respuestas más breves.

Después una mañana sin buenos días.

Después otra.

Y de pronto, sin que nadie hubiera pronunciado la palabra final, el hilo dejó de moverse.

Durante los primeros días Gabriel intentó comportarse como una persona razonable.

No escribir.

No insistir.

No preguntar.

No mandar una foto de algo que a Clara le habría hecho gracia.

No contarle una noticia absurda de Valdería.

No comentar el escaparate de una tienda de mascotas que había visto mal colocado.

No enviarle un enlace sobre una normativa canina.

El problema era que la vida seguía produciendo cosas que parecían destinadas a Clara.

Un schnauzer sal y pimienta cruzando un paso de cebra.

Una mujer con un collar largo parecido al que ella había llevado aquel Día de la Comunidad.

Un anuncio de Amaia Montero en una radio de fondo.

Una gerbera naranja en un puesto de flores.

Un café servido en taza blanca con una cucharilla demasiado ruidosa.

Cada cosa era una provocación.

Gabriel descubrió entonces que no hablar con alguien no significa dejar de conversar con esa persona. A veces uno sigue hablándole por dentro durante semanas. Responde a frases que no llegan. Explica cosas que nadie ha preguntado. Pide perdón en habitaciones vacías. Se enfada solo. Se reconcilia solo. Vuelve a perderla solo.

El estudio se convirtió en un lugar extraño.

Demasiado lleno de Clara para no estar ella.

Allí habían discutido, reído, preparado campañas, abierto cajas, hablado de perros, de franquicias, de política local, de médicos, de facturas, de envíos, de padres, de cumpleaños. Allí había estado Clara de cuerpo entero y también a través de audios, fotos, mensajes y silencios.

Ahora el estudio sonaba distinto.

El teléfono ya no era una herramienta.

Era una amenaza.

Cada vibración levantaba una esperanza ridícula y la dejaba caer enseguida.

Gabriel empezó a dejarlo boca abajo.

Luego volvió a dejarlo boca arriba.

Luego lo cargaba aunque tuviera batería.

Como si un teléfono preparado pudiera convocar una llamada.

Una tarde Natalia Ordóñez pasó por la puerta y lo vio mirando la pantalla sin tocarla.

—¿Estás esperando algo? —preguntó.

Gabriel apagó el móvil.

—No.

Natalia no insistió.

Ese era uno de sus dones.

Pero dejó un café sobre la mesa.

—Pues espera hidratado.

Él sonrió apenas.

—Eso no tiene sentido.

—Casi nada lo tiene últimamente.

Durante unos minutos no dijeron nada.

Natalia miró las carpetas abiertas, la libreta negra, los papeles con tachones.

—¿Es por Clara?

Gabriel podría haber dicho que no.

No lo hizo.

—No sé si ya hay un “por Clara”.

Natalia se sentó enfrente.

—Eso suena mal.

—Suena exacto.

—A veces exacto y mal son lo mismo.

Gabriel se frotó la cara.

—No sé qué hacer con el silencio.

Natalia lo miró con una mezcla de cansancio y ternura.

—No se hace nada con el silencio. Por eso es silencio.

La frase le molestó.

Porque era verdad.

Gabriel siempre quería hacer algo. Convertir el dolor en carta, la culpa en campaña, la ausencia en plan, la nostalgia en objeto, la herida en estructura. Pero el silencio no

admitía gestión. No se podía ordenar en carpetas. No se podía reclamar. No se podía enviar certificado.

Había que estar dentro.

Y esperar.

O dejar de esperar.

Esa era la parte que no sabía.

Por la noche, al cerrar el estudio, apagó las luces una a una. La última fue la del despacho. Se quedó unos segundos en la oscuridad, con la mano todavía en el interruptor.

Pensó en Clara entrando allí años antes, ocupando el aire, diciendo cualquier cosa práctica con ese tono que volvía importante hasta una incidencia de paquetería.

Pensó en Blus.

En Kika.

En Centurión.

En el 3J.

En la UMI.

En Navidad.

En todas las veces que había creído que la historia no podía terminar porque había significado demasiado.

Entonces entendió algo que no quería entender.

Las historias no se quedan por haber sido importantes.

Se quedan si alguien las sigue eligiendo.

Y Clara, en ese momento, no estaba eligiendo.

Gabriel salió a la calle.

Valdería estaba fría, normal, indiferente.

Caminó hasta la esquina y miró hacia la avenida, como si la ciudad pudiera devolverle una señal.

No pasó nada.

Esa fue la señal.

PARTE IV

La campaña del café perdido

CAPÍTULO 63

Nevada

De lo de Nevada, Gabriel se enteró tarde.

Eso fue lo que más le dolió.

No el ictus, que también. No la operación, que también. No la factura imposible, ni la ciudad a doscientos kilómetros, ni las semanas de rehabilitación. Lo que se le clavó fue descubrir que aquella urgencia había ocurrido sin él.

Antes, una cosa así habría empezado con una llamada. O con diez audios. O con una foto borrosa enviada a cualquier hora. O con Clara diciendo «escucha, que me está pasando esto» mientras él dejaba lo que estuviera haciendo y empezaba a buscar veterinarios, teléfonos, rutas, contactos, soluciones.

Pero en 2025 ya no todo pasaba por Gabriel.

Nevada era uno de los cachorros. Pequeña, sal y pimienta, con una forma de mirar que parecía pedir perdón por existir antes de hacer cualquier trastada. Clara había empezado queriéndola como se quiere a los animales que

llegan después de otros dolores: con prudencia al principio, con entrega absoluta después.

El ictus llegó sin pedir permiso.

Un cuerpo tan pequeño no debería contener una palabra tan grande.

Clara lo supo antes de que nadie pudiera explicárselo. Hay personas que conocen a sus animales de una manera que desconcierta a los demás. Un paso raro. Una mirada apagada. Una inclinación de la cabeza. Una torpeza mínima. Para otro habría sido «está rara». Para Clara fue alarma.

No esperó.

Cogió el transportín, una manta, la cartilla, el móvil, la cartera y esa determinación suya que aparecía cuando uno de sus perros necesitaba algo. Maison Canis podía esperar. Las franquicias podían esperar. Los pedidos podían esperar. El mundo entero podía esperar si un perro respiraba mal.

Condujo hacia Brianda, una ciudad interior a unos doscientos kilómetros, fría incluso cuando hacía calor, fea en los accesos, con rotondas demasiado grandes y naves industriales que parecían colocadas sin cariño. Allí había un hospital veterinario que alguien le había recomendado como si pronunciara el nombre de una última oportunidad.

El viaje fue largo.

No por la distancia.

Por el silencio del transportín.

Clara conducía con la espalda recta, las manos demasiado firmes sobre el volante, mirando por el retrovisor cada pocos minutos. Nevada iba envuelta en una manta, más quieta de lo normal. Esa quietud era lo peor. Un cachorro enfermo deja de ser cachorro durante unas horas y se convierte en una pregunta insoportable.

—Aguanta —decía Clara.

Lo decía en voz baja.

Como si el coche, la carretera, la manta y el propio cuerpo de Nevada tuvieran que obedecerla.

En el hospital le hicieron esperar lo justo para que la espera pareciera eterna. Una auxiliar se llevó a Nevada. Clara se quedó con el transportín vacío en las manos.

Pocas imágenes explican tan bien el miedo como un transportín vacío.

El veterinario salió después con palabras técnicas. Ictus. Secuelas posibles. Pruebas. Intervención. Rehabilitación. Pronóstico reservado. Clara escuchaba como escuchaba siempre que algo importaba: sin parpadear demasiado, acumulando datos, ordenando el miedo en columnas invisibles.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó.

No preguntó cuánto costaba.

Eso vino después.

Primero salvar.

Luego mirar la cuenta.

Cuando le dieron el presupuesto, Clara respiró hondo. No dijo que no. No dijo «es demasiado». No dijo «tengo que pensarlo». Hizo la cuadratura del círculo mental que Gabriel conocía tan bien: mover un pago, retrasar otro, llamar a alguien, tirar de una tarjeta, pedir un aplazamiento, cruzar los dedos.

Firmó.

Mientras Nevada estaba dentro, Clara caminó por la sala de espera como si el suelo tuviera memoria de todas las personas que habían pasado por allí con miedo. Había una máquina de café mala, revistas antiguas, una pareja con un gato en una manta y un hombre que lloraba sin hacer ruido junto a una correa vacía.

Clara no lloró.

No todavía.

Sacó el móvil varias veces.

Pudo llamar a Gabriel.

No lo hizo.

Ese fue el detalle que después lo destruiría por dentro. No porque Gabriel tuviera derecho a saberlo todo. No lo tenía. Sino porque durante años había sido una de las primeras personas dentro de ese tipo de urgencias. El

hombre al que se acudía para buscar un veterinario, una ruta, una frase, una solución, una discusión, lo que fuera.

Esta vez Clara hizo todo sin él.

Resolvió ella. Firmó ella. Pagó ella. O prometió pagar. O dividió. O llamó. O hizo una de esas operaciones imposibles que Gabriel conocía tan bien.

Cuando por fin vio a Nevada después de la intervención, el cuerpo pequeño parecía todavía más pequeño. Había una fragilidad que hacía daño mirar. Clara se inclinó hacia ella y le habló con una ternura que pocas personas le conocían.

—Ya está, pequeña. Ya está.

No estaba.

Pero a veces se dice «ya está» para que algo empiece a estar.

Después vino la rehabilitación. Semanas de trayectos, revisiones, células madre, terapia acuática, fisioterapia, llamadas al mejor veterinario de la zona, horarios imposibles, gastos nuevos, cansancio acumulado y esa disciplina feroz con la que Clara cuidaba a sus animales aunque ella no tuviera tiempo ni de mirarse al espejo.

Gabriel se enteró tarde.

La noticia llegó ya convertida en relato, no en urgencia. Eso marcaba una diferencia enorme. Cuando una urgencia

te llega como relato, significa que ya no estabas dentro del momento decisivo.

Él escuchó. Preguntó. Imaginó lo que no había vivido.

Imaginó la carretera. El transportín. La sala de espera. El presupuesto. La firma. La manta. Las manos de Clara. El regreso con Nevada dormida. Las noches vigilando si respiraba distinto. La primera rehabilitación. El agua. El miedo.

Y, sobre todo, imaginó el silencio.

El silencio de Clara no contándoselo.

Ese silencio decía algo que ninguna discusión había dicho tan claramente: Gabriel ya no estaba dentro de todas las urgencias.

Clara seguía siendo Clara. Seguía dejando el trabajo, viajando donde hiciera falta, pagando lo impagable, buscando al mejor veterinario de la zona para que Nevada tuviera una oportunidad.

Pero esa vez lo hizo sin él.

Y a Gabriel le dolió como duelen las noticias que no llegan tarde por casualidad, sino porque uno ya no está en la primera lista de llamadas.

La carretera a Brianda no era bonita.

Clara la hizo como se hacen las carreteras cuando un animal va mal en el asiento trasero: sin paisaje. El mundo desaparece y queda solo una línea de asfalto, un navegador

dando instrucciones, un transportín demasiado silencioso y una cabeza calculando tiempos, dinero, riesgos y posibilidades mientras intenta no imaginar el peor final.

Nevada iba envuelta en una manta clara.

No era la manta buena. Clara no había pensado en eso. Había cogido la primera que tenía a mano, una de esas mantas que siempre acaban dobladas en una silla, con pelos, olor a casa y marcas pequeñas de vida diaria.

El veterinario de urgencia había dicho ictus con una seriedad que convirtió la palabra en una piedra.

Ictus.

En un cachorro.

Clara no lloró allí.

Preguntó.

—¿Qué hay que hacer?

—Hay que derivarla.

—¿Dónde?

—Brianda. Tienen neurocirugía y rehabilitación avanzada.

—¿Cuánto tardamos?

El veterinario la miró un segundo, quizá sorprendido por el plural.

—Unas dos horas.

Clara ya estaba guardando papeles.

—Llamen. Digan que voy.

En otro tiempo habría llamado a Gabriel desde el coche antes incluso de salir de Valdería.

Le habría mandado un audio largo, atropellado, mezclando rabia y miedo.

“Escucha, que me pasa esto. Nevada está rara. Me dicen que puede ser un ictus. Voy a Brianda. Mira a ver si conoces a alguien. Busca el hospital. Busca opiniones. Mira la ruta. Mira si hay algún especialista mejor.”

Y Gabriel habría entrado en modo operación.

Habría buscado teléfonos, mapas, reseñas, nombres de veterinarios, contactos indirectos, hoteles por si había que quedarse, una cafetería cerca del hospital, todo.

Pero aquella vez Clara no llamó.

No porque no pensara en él.

Precisamente porque pensó.

Y pensar en Gabriel ya no era solo pensar en ayuda. Era pensar en explicaciones, en deuda, en preguntas, en intensidad, en una presencia que quizá después pediría un lugar dentro del relato.

Clara no tenía fuerzas para eso.

Tenía que salvar a Nevada.

Nada más.

El hospital veterinario de Brianda estaba en un polígono limpio, con fachada de cristal y un aparcamiento demasiado grande para la hora a la que llegó. Clara entró con Nevada en brazos, la manta apretada contra el pecho, el bolso mal cerrado y una carpeta de papeles bajo el brazo.

—Nos esperan —dijo.

No preguntó.

Lo afirmó.

La recepcionista pidió datos. Clara los dio. Nombre, edad, síntomas, hora de inicio, tratamientos previos, veterinario derivante. Hablaba deprisa, con precisión, como si cada segundo que se perdiera en una frase mal formulada pudiera restárselo a la perra.

Cuando se llevaron a Nevada, la manta se quedó en sus manos.

Aquello sí casi la rompió.

El peso vacío.

La manta sin cuerpo.

Se sentó en una silla de plástico gris junto a una máquina de café. Había un cartel sobre terapia acuática, otro sobre neurología veterinaria y una fotografía enorme de un perro corriendo por una playa después de una operación de columna. Clara la miró con rabia.

Le molestaba la esperanza cuando estaba impresa en una pared.

Pasaron una hora.

Luego otra.

Un veterinario salió con bata azul.

Habló de pruebas, de daño neurológico, de posibilidades, de intervención, de rehabilitación, de células madre, de fisioterapia, de plazos inciertos.

Clara escuchó todo.

—¿Se puede salvar? —preguntó.

El hombre no prometió.

Los buenos profesionales no prometen.

—Podemos intentarlo.

A Clara le bastó.

—Pues inténtenlo.

Luego vino el presupuesto.

La cifra no cabía bien en un día normal.

Clara la miró sin pestañear.

Por dentro hizo cálculos a una velocidad brutal. Qué podía pagar ya. Qué podía aplazar. Qué tarjeta tenía margen. Qué proveedor podía esperar. Qué gasto personal se cancelaba. Qué se vendía. Qué se movía. Qué se pedía.

La cuadratura del círculo.

Otra vez.

Firmó.

A la salida llamó a Maison Canis para resolver lo imprescindible. Dio instrucciones sobre un pedido. Corrigió una referencia. Preguntó por Kika. Pidió que revisaran el agua de los perros. Todo con una voz que no permitía notar que estaba sentada en un hospital veterinario a doscientos kilómetros esperando saber si Nevada seguiría siendo Nevada.

Esa noche no volvió a Valdería hasta muy tarde.

Condujo de regreso con la manta en el asiento del copiloto.

Nevada se quedó ingresada.

El coche olía a miedo, a café malo y a perro ausente.

Cuando Gabriel se enteró días después, lo primero que sintió fue preocupación.

Lo segundo, exclusión.

Y eso le dio vergüenza.

Porque Nevada importaba más que él.

Claro que importaba más.

Pero el dolor no siempre es noble. A veces llega mezclado con egoísmo, con memoria, con la nostalgia de

haber sido antes el primer número al que Clara llamaba cuando el mundo se torcía.

Imaginó la carretera.

El hospital.

La manta.

La firma.

La operación.

La rehabilitación.

Imaginó a Clara allí, sola, haciendo otra vez lo imposible.

Y comprendió que lo que más dolía no era que Clara hubiera podido sin él.

Era que ya había aprendido a hacerlo.

CUARTA PARTE La campaña del café perdido

CAPÍTULO 64

El hombre que fabricaba escenas

Gabriel tardó en aceptar que no podía escribir otra carta.

Había escrito demasiadas.

Correos largos, mensajes explicativos, párrafos donde una disculpa se mezclaba con una defensa y una defensa terminaba convertida en reproche. Había intentado ordenar el dolor como si fuera un expediente: fecha, asunto, hechos, pruebas, consecuencias.

Pero Clara no necesitaba otro expediente.

Quizá nunca lo había necesitado.

Necesitaba algo más simple.

O más difícil.

Gabriel abrió una libreta vieja de tapas negras. La había usado años atrás para una campaña de Navidad de la avenida Jorge Aranda. Quedaban en las primeras páginas números de comercios, importes tachados, ideas absurdas y un dibujo malo de una limusina que entonces le había parecido una genialidad.

En la primera página limpia escribió:

Campana 3J.

Debajo:

Recuperar el café perdido.

Se quedó mirando la frase.

Le pareció ridícula.

Después le pareció exacta.

Había diseñado campañas para calles enteras. Había llenado escaparates, movido políticos, convencido periodistas, conseguido entradas imposibles, abierto puertas que otros ni siquiera sabían que existían. Pero nunca había diseñado una campaña tan difícil como aquella.

No tenía presupuesto claro. No tenía cliente. No tenía garantía de éxito. No tenía autorización. No tenía siquiera la certeza de que Clara quisiera escuchar.

Solo tenía una fecha clavada en la memoria.

3J.

El día del café perdido.

Durante meses había pensado que aquel café era una exageración de Clara. Una forma más de reprocharle lo que él no había sabido hacer bien. Pero cuanto más lo pensaba, más entendía que no se trataba de un café.

Era la mañana. Era su cumpleaños. Era verla bajar sola por la avenida. Era la gestión que iban a hacer juntos. Era

la mesa vacía. Era la cucharilla moviéndose dentro de una taza donde no estaba él. Era aquel euro cincuenta convertido en prueba de ausencia.

Gabriel había conseguido cosas más difíciles: hoteles imposibles, camerinos cerrados, campañas que parecían una locura, perros únicos, regalos que llegaban sin tarjeta, flores en habitaciones donde nadie debía saber que ella dormía.

Y, sin embargo, había fallado en lo más sencillo.

Un café.

Por eso decidió diseñar la última campaña.

No para recuperar a Clara. Eso ya no dependía de él. No para explicarse. Ya había escrito demasiado. No para ganar. Había batallas que no se ganan.

La llamó, en la libreta:

Campaña 3J: recuperar el café perdido.

Objetivo principal: hacer feliz a Clara aunque solo sea por un segundo.

Objetivo secundario: un café.

Objetivo emocional: un abrazo.

Objetivo imposible: un beso.

Gabriel miró aquellas líneas durante mucho rato. Luego tachó la última. Después la volvió a escribir. Porque hay

deseos que no se exigen. Se dejan preparados, como una silla vacía frente a un café.

La primera pieza fueron las gerberas.

No rosas. No flores solemnes. No algo elegido por catálogo ni por costumbre. Gerberas naranjas, con el botón marrón chocolate. Las suyas.

Gabriel llamó a tres sitios. En el primero le dijeron que podían conseguir gerberas, pero no garantizar el botón oscuro. En el segundo le ofrecieron una composición más elegante con otras flores. En el tercero, una mujer entendió la frase antes de que él terminara.

—Usted quiere gerbera naranja con centro marrón. De las de verdad.

—Eso.

—¿Cuántas?

Gabriel dudó.

Antes habría dicho un número grande, exagerado, imposible de no mirar. Esta vez quería otra cosa. Que el ramo recordara sin empujar.

—Doce —dijo—. Y verdes. Pero que no parezca de catálogo.

La mujer rió.

—Eso es más difícil que hacerlo bonito.

—Ya.

La tarjeta fue lo que más tardó.

Escribió cinco versiones. Todas malas. Demasiado largas, demasiado suyas, demasiado explicativas.

Al final dejó una sola frase:

Por el café perdido.

Nada más.

Porque a veces, cuando una historia ha tenido demasiadas palabras, lo único decente es aprender a callar a tiempo.

La segunda pieza fue el preestreno.

Imprimirlo fue más difícil que escribirlo. En pantalla, las páginas todavía parecían reversibles. Se podía cambiar un párrafo, borrar una frase, suavizar una escena, mover un recuerdo. En papel, todo adquiría una gravedad distinta. La memoria dejaba de ser archivo y se convertía en objeto.

Eligió un papel de buen gramaje. No demasiado lujoso. No quería que pareciera una invitación de boda ni un dossier institucional. Quería que tuviera cuerpo, que las páginas pasaran bien, que al tacto dijeran cuidado sin decir ostentación.

En la imprenta le preguntaron cuántos ejemplares.

—Uno —dijo.

El empleado levantó la vista.

—¿Solo uno?

—Solo uno.

No hacía falta más.

Toda la tirada de aquella parte de la historia tenía una única lectora posible.

La tercera pieza fue el videobook.

Ahí Gabriel estuvo a punto de equivocarse.

Quería meterlo todo. Todas las fotos. Todos los viajes. Todos los perros. Todas las caras de Clara que había guardado durante años como quien guarda pruebas de que la felicidad existió. Pero un videobook demasiado largo habría sido otra invasión.

Tuvo que elegir.

Clara con Kika. Clara con Blus. Clara con Centurión. Clara en Ultzama. Clara en Gijón. Clara riéndose sin mirar a cámara. Clara seria con unas gafas de sol enormes. Clara cansada, apoyada en una mesa, con un perro ocupándole medio cuerpo. Clara importante. Clara sin armadura.

Quitó las fotos donde él aparecía demasiado.

No todas.

Solo las suficientes.

La campaña no podía decir «mira lo que fuimos» como una obligación. Tenía que decir: hubo días que merecen ser salvados.

Esa fue la frase final.

La cuarta pieza fueron los perros.

Gabriel entró en tres tiendas antes de decidirse. En la primera todo le pareció demasiado comercial. En la segunda, demasiado cursi. En la tercera, casi acertó, pero una dependienta demasiado entusiasta le habló de «packs emocionales para mascotas» y tuvo que salir antes de contestar mal.

No buscaba un pack emocional.

Buscaba algo para los animales que habían sostenido a Clara cuando las personas no sabían cómo hacerlo.

Al final eligió piezas sueltas. Una manta suave, discreta, de esas que no gritan regalo. Unos detalles personalizados, útiles, pensados. Nada que invadiera Maison Canis ni compitiera con el mundo profesional de Clara. Algo que pudiera entrar en su casa sin parecer que Gabriel estaba intentando colocar una bandera.

Dentro colocó una tarjeta:

Para quienes nunca dejaron de acompañarte.

Nada más.

Debajo de la manta, escondida, escribió los nombres:

Lua. Lagun. Iru. Blus. Kika. Centurión.

No añadió frase.

Los nombres ya eran frase.

La quinta pieza era la más delicada.

El padre.

Clara había reprochado alguna vez que su padre no la felicitaba. No siempre con esa frase exacta. A veces lo decía como quien no quiere darle importancia, pero el dolor viejo tiene una forma particular de asomar: parece una anécdota y es una herida.

Gabriel recordó el hospital. Recordó aquella llamada durante la operación. Recordó cómo, desde entonces, el padre había empezado a enviarle buenos días.

Volver a tocar esa puerta era peligroso.

Podía ser una intromisión.

Podía ser un gesto hermoso.

Con ellos casi todo era ambas cosas.

Marcó el número y colgó antes de que diera tono. Luego se enfadó consigo mismo. Volvió a marcar.

Cuando el padre respondió, Gabriel no dramatizó.

—Es su cumpleaños —dijo—. Llámela.

Nada más.

Después de colgar, se quedó con el teléfono en la mano.

No sabía si había hecho bien.

Nunca lo sabía del todo cuando se trataba de Clara.

El día señalado, el mensajero salió a las diez y media.

Gabriel se quedó en la agencia, solo, mirando el móvil como quien mira una puerta cerrada.

Afuera, Valdería seguía con su vida. Los comercios abrían, los repartidores protestaban, los políticos sonreían en actos pequeños, los camareros servían cafés a personas que no sabían que un café podía contener una historia entera.

El ramo llegó primero. Después el preestreno. Después la caja de los perros. Después el videobook, enviado con un enlace privado y una frase sencilla.

Gabriel no llamó. No escribió. No preguntó si lo había recibido.

Esa era la parte más difícil de la campaña.

No hacer nada.

Durante años había confundido amar con actuar. Con mover. Con buscar. Con resolver. Con insistir. Con fabricar escenas. Ahora tenía que aprender a dejar una escena preparada y apartarse.

A media tarde, el teléfono vibró.

Gabriel miró la pantalla.

No era un mensaje largo. No era una explicación. No era una promesa.

Solo una frase:

¿A qué hora sería ese café?

Gabriel cerró los ojos.

No sonrió al principio.

Respiró.

Como si el cuerpo necesitara comprobar que seguía allí.

Después abrió la libreta negra y escribió debajo de la campaña:

Fase dos: Birmingham.

No añadió nada más. Ni siquiera el nombre. Pero en su cabeza, como una puerta lejana, apareció una palabra que Clara habría entendido sin explicación.

Crufts.

Y por primera vez en mucho tiempo, el futuro no le pareció una amenaza.

Solo una pregunta.

La libreta negra se convirtió en un campo de batalla silencioso.

Gabriel escribía una idea y la tachaba. Volvía a escribirla con otra palabra. La rodeaba. La anulaba. Dibujaba flechas. Hacía listas que parecían de campaña comercial y, sin embargo, contenían el temblor de una disculpa.

No podía permitirse otro exceso.

Esa frase la escribió tres veces.

NO OTRO EXCESO.

Pero todo lo que pensaba tenía forma de exceso.

Un ramo podía ser demasiado.

Una carta podía ser demasiado.

Un libro, desde luego, podía ser demasiado.

Un videobook podía rozar la manipulación si no respiraba bien.

Una caja para los perros podía parecer una invasión si entraba con torpeza en el territorio más sagrado de Clara.

Y llamar al padre de Clara... eso ya era caminar sobre cristal.

Gabriel se levantó de la mesa y fue hasta la ventana del estudio. Valdería estaba abajo, funcionando sin darle importancia a su cataclismo privado. Un repartidor dejó una furgoneta mal aparcada. Dos chicas cruzaron riéndose. Un hombre sacó a un perro pequeño que se negó a caminar hacia donde le ordenaban.

La vida siempre continuaba con una falta de educación admirable.

Volvió a la libreta.

Escribió:

No pedir nada.

Debajo:

No explicar.

Debajo:

No perseguir después.

Esa tercera línea fue la más difícil.

Gabriel sabía preparar. Sabía llamar. Sabía insistir. Sabía buscar otra puerta cuando la primera se cerraba. Sabía convertir un no en “déjame verlo”. Sabía hacer de la obstinación una herramienta casi profesional.

Lo que no sabía era soltar.

Y aquella campaña, si quería tener alguna dignidad, exigía precisamente eso.

Preparar y soltar.

El ramo fue la primera decisión cerrada.

Gerberas naranjas.

Botón marrón chocolate.

No doce rosas, no una composición solemne, no una exageración de floristería de disculpa. Gerberas. Las suyas. Con verdes discretos, sin artificio excesivo, con una envoltura cuidada pero no teatral. Gabriel llamó a dos sitios, luego a un tercero, preguntó por el tono exacto del naranja y se odió un poco por seguir siendo así.

—Necesito que no parezca un ramo cualquiera —dijo.

La florista respondió con paciencia profesional:

—Ningún cliente quiere que parezca un ramo cualquiera.

Gabriel cerró los ojos.

—Ya. Pero este de verdad.

Después vino la tarjeta.

Escribió veinte versiones.

“Perdón por no haber estado.”

Demasiado directo.

“Por todos los cafés que sí tomamos y por el que perdimos.”

Demasiado literario.

“Feliz 3J.”

Demasiado críptico.

“Un café de un euro cincuenta puede valer una vida.”

Demasiado Gabriel.

Al final dejó solo:

Por el café perdido.

La frase le pareció pequeña.

Por eso funcionaba.

El preestreno del libro fue peor.

Ahí la tentación de explicarlo todo era casi insoportable. Gabriel quería que Clara supiera que no había escrito para juzgarla, ni para juzgarse, ni para cobrar memoria atrasada. Quería decirle que cada página intentaba salvar algo de lo vivido sin convertirlo en acusación.

Pero sabía que si lo explicaba, lo estropeaba.

Así que preparó una portada sencilla. Papel bueno. Nada brillante. Nada de dramatismo barato.

Solo título.

3J.

El día del café perdido.

Al sostener el primer ejemplar impreso, sintió una punzada de miedo.

Una cosa es recordar.

Otra, entregar el recuerdo encuadernado.

El videobook lo montó de madrugada.

No porque hiciera falta, sino porque algunas tareas solo se pueden hacer cuando el mundo no interrumpe. Revisó carpetas antiguas, discos duros, móviles, copias duplicadas con nombres absurdos. Clara en Gijón. Clara en Ultzama. Clara con Blus. Clara con Kika. Clara mirando mal a la cámara porque no le gustaba cómo había salido. Clara riéndose de verdad en una foto movida. Clara con

Centurión. Clara cansada en una terraza. Clara importante.
Clara sin defensa.

La foto que más tiempo dejó en pantalla fue una donde
ella no estaba especialmente guapa según sus criterios.

Pero estaba feliz.

Y eso era mucho más raro.

Quitó varias imágenes con él.

No quería ocupar el vídeo.

Luego volvió a meter una.

No por vanidad.

Porque negar que habían existido juntos habría sido otra
mentira.

Al final escribió una frase:

Hubo días que merecen ser salvados.

La miró largo rato.

No pidió volver.

No pidió perdón.

No pidió respuesta.

Solo decía que algo había merecido existir.

La caja para los perros la preparó con una delicadeza
casi supersticiosa. Una manta suave. Snacks naturales. Un
detalle útil. Nada que compitiera con Maison Canis, nada

que pareciera elegido sin conocerlos. Y debajo, escondida, una tarjeta con nombres.

Lua.

Lagun.

Iru.

Blus.

Kika.

Centurión.

Nevada.

No añadió más.

Los nombres ya eran una oración completa.

La última llamada fue la del padre.

Gabriel tardó casi una hora en marcar.

Cuando lo hizo, caminaba por el estudio como si al otro lado pudieran verlo.

—Es el cumpleaños de Clara —dijo, después de saludar—. Solo quería recordárselo. Llámela, si puede.

No dijo “por mí”.

No dijo “no le diga que he llamado”.

No dijo “ella lo necesita”.

Porque todo eso habría convertido el gesto en otra forma de intervención.

El padre guardó silencio unos segundos.

—Gracias, Gabriel.

Nada más.

Después de colgar, Gabriel se sentó frente a la libreta negra.

La campaña estaba preparada.

Por primera vez, no sintió satisfacción.

Sintió miedo.

Porque las campañas normales se medían en ventas, prensa, fotos, asistentes, impacto.

Esta se mediría en algo mucho más cruel:

si Clara, al recibirla, se sentía acompañada...

o invadida.

Y esa diferencia ya no dependía de él.

CAPÍTULO 65

Gerberas naranjas

El ramo tenía que ser de gerberas naranjas.

No rosas.

No flores solemnes.

No algo elegido por catálogo ni por costumbre.

Gerberas naranjas, con el botón marrón chocolate.

Las suyas.

Gabriel lo sabía desde hacía años. Por eso no quiso improvisar. Llamó, preguntó, encargó, revisó tonos, tamaños, centros. Le parecía absurdo preocuparse por el marrón exacto del corazón de una flor cuando la historia entera estaba rota, pero Gabriel era así: si no podía arreglar el mundo, al menos intentaba que el ramo dijera la verdad.

Aquel ramo no debía pedir perdón con palabras.

Debía recordar.

Gijón.

El curso.

Los hoteles.

Las habitaciones.

La mujer que abría una puerta y se encontraba una escena esperando.

Pero esta vez había una diferencia.

Gabriel no quería invadir.

No quería arrinconar.

No quería obligar a Clara a responder.

El ramo sería una puerta, no una trampa.

Junto a las gerberas iría una tarjeta breve.

No un discurso.

No una defensa.

Solo una frase:

Por el café perdido.

Y nada más.

Porque a veces, cuando una historia ha tenido demasiadas palabras, lo único decente es aprender a callar a tiempo.

Gabriel pensó en el mensajero.

Pensó en Clara recibiendo el ramo en Maison Canis, quizá rodeada de cajas, etiquetas, colonias caninas, pedidos pendientes y alguna franquicia preguntando por teléfono lo que podía esperar cinco minutos.

La imaginó mirando las flores sin saber si sonreír o enfadarse.

La imaginó buscando la tarjeta.

La imaginó leyendo aquella frase.

Por el café perdido.

No había más.

Y en ese vacío estaba, quizá, la parte más honesta de todo el gesto.

CAPÍTULO 66

El preestreno

Imprimir el preestreno fue más difícil que escribirlo.

En pantalla, las páginas todavía parecían reversibles. Se podía cambiar un párrafo, borrar una frase, suavizar una escena, mover un recuerdo. En papel, todo adquiría una gravedad distinta. La memoria dejaba de ser archivo y se convertía en objeto. Algo que Clara podía sostener, cerrar, tirar, guardar o no abrir.

Gabriel eligió un papel de buen gramaje.

No demasiado lujoso.

No quería que pareciera una invitación de boda ni un dossier institucional. Quería que tuviera cuerpo, que las páginas pasaran bien, que al tacto dijeran cuidado sin decir ostentación.

En la imprenta le preguntaron cuántos ejemplares.

—Uno —dijo.

El empleado levantó la vista.

—¿Solo uno?

—Solo uno.

No hacía falta más.

Toda la tirada de aquella parte de la historia tenía una única lectora posible.

El mensajero llevaría también un paquete.

No la novela completa.

No todavía.

Un preestreno.

Un cuadernillo cuidado, con portada provisional, prólogo, el capítulo del café y algunas páginas escogidas. Las suficientes para que Clara entendiera que no era un arrebato, ni un chantaje, ni una carta disfrazada.

Era memoria.

Ordenada.

Dolorosa.

Imperfecta.

Pero memoria.

Gabriel dudó mucho con la dedicatoria.

Escribió versiones largas.

Demasiado largas.

Clara habría dicho que se enrollaba como siempre.

Las rompió.

Al final dejó la página casi vacía.

La dedicatoria quedaría para el último momento.

Porque algunas frases, si se escriben demasiado pronto, envejecen antes de llegar.

En el preestreno no quería demostrar que tenía razón.

Tampoco quería contarle a Clara su propia vida como si ella no la conociera.

Quería enseñarle otra cosa: que todo aquello, incluso lo roto, había sido lo bastante importante como para merecer forma.

No expediente.

No reproche.

Forma.

Una novela no absuelve a nadie.

Tampoco condena del todo.

Solo intenta que el dolor no quede desperdigado por el suelo.

Gabriel preparó el paquete con una precisión casi ceremonial. Papel grueso. Cinta sencilla. Nada ostentoso. Nada que pareciera una trampa de marketing. Una etiqueta con el nombre de Clara.

Lo sostuvo unos segundos antes de cerrarlo.

Pensó que quizá ella no lo abriría.

Pensó que quizá lo abriría de inmediato.

Pensó que quizá leería el prólogo de pie, en medio del estudio de Maison Canis, y tendría que sentarse.

Pensó que quizá lo dejaría en una mesa y no lo tocaría hasta la noche.

Pensó demasiadas cosas.

Como siempre.

Luego cerró el paquete.

A veces preparar también consiste en aceptar que ya no puedes acompañar el efecto.

CAPÍTULO 67

El videobook

El último regalo no cabía en una caja.

Gabriel preparó un videobook con las mejores fotografías de Clara.

Las de ella riendo sin darse cuenta.

Las de los viajes.

Las de los perros.

Las de su sobrina.

Las de días normales que en su momento no parecieron importantes.

También algunas con él.

No demasiadas.

Solo las necesarias para demostrar que, durante un tiempo, habían existido juntos.

No quería obligarla a recordar.

Quería regalarle una prueba de que no todo había sido dolor.

Ordenó las fotos como quien ordena una vida ajena con miedo a romperla.

Clara con Kika.

Clara con Blus.

Clara con Centurión.

Clara en Ultzama.

Clara en Gijón.

Clara con gerberas.

Clara mirando a cámara como si el mundo tuviera que pedir permiso para fotografiarla.

Clara cansada.

Clara feliz.

Clara importante.

Clara sin armadura.

Gabriel eligió música sin letra al principio. Luego pensó que quizá una canción conocida la emocionaría más. Después temió manipularla demasiado.

Todo en aquella campaña tenía ese riesgo.

Cruzar la línea.

Hacer de un gesto una presión.

Convertir el amor en una operación.

Por eso decidió que el videobook no llevaría exigencia final. Nada de “vuelve”, nada de “perdóname”, nada de “mira lo que fuimos”.

Solo una frase al final:

Hubo días que merecen ser salvados.

Gabriel cerró el archivo.

Durante unos segundos no pudo mirar la pantalla.

Hay personas que guardan fotos para no olvidar.

Gabriel las ordenó para pedir perdón.

Después revisó el vídeo una vez más.

Se detuvo en una imagen de Clara con los perros. No era la mejor técnicamente. Estaba algo movida, la luz no era perfecta y al fondo se veía una manta doblada de cualquier manera. Pero Clara sonreía sin posar.

Esa era la Clara que más le dolía.

No la ejecutiva.

No la mujer con joyas.

No la que entraba en una sala cambiando la presión.

La otra.

La que existía un segundo antes de recordar que tenía que defenderse.

Gabriel dejó esa foto más tiempo que las demás.

Si Clara veía el videobook completo, quería que esa imagen respirara.

CAPÍTULO 68

Para quienes nunca dejaron de acompañarte

Gabriel entró en tres tiendas antes de decidirse.

En la primera todo le pareció demasiado comercial. En la segunda, demasiado cursi. En la tercera, casi acertó, pero una dependienta demasiado entusiasta le habló de “packs emocionales para mascotas” y tuvo que salir antes de contestar mal.

No buscaba un pack emocional.

Buscaba algo para los animales que habían sostenido a Clara cuando las personas no sabían cómo hacerlo.

Eso no se compra fácilmente.

Al final eligió piezas sueltas. Una manta suave, discreta, de esas que no gritan regalo. Unos detalles personalizados, útiles, pensados. Nada que invadiera Maison Canis ni compitiera con el mundo profesional de Clara. Algo que pudiera entrar en su casa sin parecer que Gabriel estaba intentando colocar una bandera.

El regalo para los perros fue lo que más le costó decidir.

El ramo era obvio.

El preestreno también.

El videobook dolía, pero tenía sentido.

Lo de los perros debía ser perfecto.

No caro necesariamente.

Perfecto.

Porque los perros eran el centro de Clara. El sitio al que regresaba cuando todo lo demás fallaba. El lenguaje que no necesitaba explicaciones. El amor que no le pedía que bajara la guardia.

Gabriel pensó en una cama.

Después en collares.

Después en placas grabadas.

Después en una caja premium de Maison Canis, pero eso era peligroso: podía parecer una burla, o una invasión de su propio territorio profesional.

Al final decidió preparar una caja sencilla, elegante, con detalles personalizados para Kika y los pequeños, y una manta suave de color neutro.

Dentro colocó una tarjeta:

Para quienes nunca dejaron de acompañarte.

Nada más.

Porque Clara sabría entenderlo.

O no.

Pero si no lo entendía, ninguna explicación lo arreglaría.

Gabriel dudó antes de meter un pequeño recuerdo para Blus.

Blus ya no estaba.

Y precisamente por eso seguía estando de una manera más difícil.

Pensó en una placa sencilla, sin exceso, con su nombre. No como objeto para exhibir. Como memoria.

Después la retiró.

Le pareció demasiado.

Volvió a meterla.

La retiró otra vez.

La campaña entera estaba llena de ese movimiento: acercarse, apartarse, temer invadir, temer quedarse corto.

Al final eligió algo más limpio: una pequeña tarjeta interior, escondida bajo la manta, donde escribió los nombres.

Lua.

Lagun.

Iru.

Blus.

Kika.

Centurión.

No añadió frase.

Los nombres ya eran frase.

CAPÍTULO 69

El padre

La llamada al padre de Clara para el cumpleaños le costó más que encargar las flores.

Las flores dependían de él.

El padre no.

Con las flores podía elegir color, tamaño, hora, tarjeta. Con un padre, en cambio, solo se puede tocar el timbre de una relación ajena y esperar que al otro lado alguien quiera abrir. Gabriel lo sabía desde la operación de Clara. Había logrado entonces que una llamada iniciara una costumbre de buenos días, pero no podía confundirse: él no había reparado nada. Solo había empujado una puerta.

Volver a tocarla era delicado.

Demasiado delicado.

Marcó el número y colgó antes de que diera tono.

Luego se enfadó consigo mismo.

—Pareces idiota —murmuró.

Volvió a marcar.

Esta vez esperó.

Había un último gesto que no dependía del mensajero.

El padre.

Clara había reprochado alguna vez que su padre no la felicitaba.

No siempre con esa frase exacta. A veces lo decía como quien no quiere darle importancia, pero el dolor viejo tiene una forma particular de asomar: parece una anécdota y es una herida.

Gabriel recordó el hospital.

Recordó aquella llamada durante la operación.

Recordó cómo, desde entonces, el padre había empezado a enviarle buenos días.

Fotos.

Vídeos.

Mensajes.

Pequeñas pruebas de presencia.

Si una vez había conseguido que el padre supiera que su hija entraba en quirófano, quizá esta vez podía conseguir algo más simple.

Más difícil.

Que la llamara por su cumpleaños.

No para aparecer él como héroe.

No para que Clara lo supiera.

No para cobrarse nada.

Solo para que ese día no se sumara otra ausencia.

Gabriel sabía que tocar la familia de Clara era entrar en terreno delicado. No podía manipular. No debía forzar. Solo podía recordar.

Así que preparó una llamada breve.

Sin dramatismo.

Sin reproches.

—Es su cumpleaños. Llámela.

A veces el amor, cuando ya no puede entrar por la puerta principal, intenta dejar una luz encendida en otra habitación.

Después de colgar, Gabriel se quedó un rato con el teléfono en la mano.

No sabía si había hecho bien.

Nunca lo sabía del todo cuando se trataba de Clara.

Podía parecer una intromisión.

Podía parecer un gesto hermoso.

Podía ser ambas cosas.

Con ellos casi todo era ambas cosas.

Pero imaginó a Clara recibiendo aquella llamada. Imaginó su gesto. Su forma de endurecerse al principio, quizá, para no emocionarse demasiado deprisa. Imaginó la voz del padre felicitándola. Imaginó un silencio. Imaginó un gracias pequeño.

Y pensó que, aunque Clara nunca supiera que él había intervenido, aquel gesto merecía existir.

Porque no todos los regalos tienen que llevar firma.

Algunos solo tienen que llegar.

CAPÍTULO 70

Un café

Gabriel no sabía qué ocurriría.

Podía no ocurrir nada.

Clara podía recibir el ramo y enfadarse.

Podía devolver el paquete.

Podía no ver el videobook.

Podía llorar y no decirlo.

Podía sonreír y no llamarlo.

Podía interpretar la campaña como otra invasión, otra escena diseñada por él para hacerle sentir lo que él necesitaba que sintiera.

Podía ser todo un error.

Gabriel lo sabía.

Por primera vez en mucho tiempo, aceptó que no podía controlar el resultado.

Eso quizá era lo más parecido al amor limpio que había sentido nunca.

Preparar algo y soltarlo.

Sin exigir.

Sin perseguir.

Sin convertir el silencio en interrogatorio.

La campaña no buscaba recuperar una vida entera.

Eso sería demasiado.

Buscaba algo más pequeño.

Hacer feliz a Clara aunque fuera por un segundo.

Recuperar un café.

Un abrazo, quizá.

Un beso, si el mundo se ablandaba de una forma improbable.

Gabriel dejó la libreta abierta sobre la mesa.

Miró la última página.

Había escrito una frase y la había subrayado dos veces:

Esta vez, estar antes que la ausencia.

Esa era la campaña entera.

No las flores.

No el preestreno.

No el videobook.

No la caja de los perros.

No la llamada del padre.

Todo eso eran piezas.

El centro era otro:

estar antes que la ausencia.

Llegar antes que el reproche.

Acompañar antes que explicar.

Sentarse antes que escribir.

Gabriel no sabía si había aprendido demasiado tarde.

Pero, por primera vez, no quiso demostrar que había aprendido.

Quiso simplemente actuar de otra manera.

Y después callar.

EPÍLOGO

3/J/26 - Un año después

El 3 de junio de 2026 amaneció con una luz limpia, casi insolente. Una de esas mañanas que parecen no saber nada de lo que ha ocurrido antes, como si el calendario tuviera la costumbre cruel de estrenar los días sin preguntar a nadie qué heridas siguen abiertas.

Gabriel llegó a la agencia antes de las ocho. No porque hiciera falta. No porque quedara nada importante por preparar. Precisamente por eso estaba allí tan pronto: porque cuando todo estaba previsto, cuando cada detalle había sido revisado dos, tres, diez veces, empezaba la parte más difícil.

Esperar.

Sobre la mesa tenía la libreta negra abierta, el teléfono cargando, una carpeta con horarios, un sobre cerrado, la confirmación del mensajero, dos copias impresas del recorrido y una nota escrita a mano que había reescrito tantas veces que ya no sabía si decía demasiado o demasiado poco.

Todo estaba organizado.

Y, aun así, estaba nervioso.

Había coordinado cosas mucho más grandes. Había levantado campañas enteras con presupuestos imposibles, comerciantes impacientes, políticos queriendo aparecer en la foto, proveedores llamando a destiempo y periodistas preguntando justo lo que no convenía.

Había sacado adelante los Premios Internacionales Valdería Impulsa, donde una entrega de galardones a empresarios europeos terminó funcionando con la precisión fría de una maquinaria de relojería. Había diseñado el Congreso Europeo Retail Nexus, con ponentes de cuatro países, traducción simultánea y un alcalde que llegó tarde sin que nadie lo notara. Había convertido la Gala Maison Canis Excellence Awards en una noche elegante, medida, casi perfecta, donde cada entrada, cada luz y cada copa parecieron obedecer a una partitura invisible. Y había salvado, contra toda lógica, la campaña Ciudad Abierta 2018 cuando una tormenta desmontó media plaza dos horas antes de empezar.

Aquello sí habían sido campañas.

Aquello sí eran operaciones grandes.

Y, sin embargo, todo había salido como un auténtico Rolex suizo: exacto, brillante, silencioso por dentro. Incluso cuando algo fallaba, Gabriel encontraba una forma de salvar el día. Cambiaba el orden de una intervención, movía una furgoneta, pedía un favor, improvisaba una

frase, inventaba un plan B y luego fingía que todo había estado previsto desde el principio.

Pero aquella mañana no se trataba de salvar una gala.

Se trataba de un café.

Y un café era mucho más peligroso.

Porque una campaña puede rehacerse. Una entrega de premios puede retrasarse diez minutos. Una luz puede cambiarse. Un discurso puede acortarse. Un invitado puede esperar. Un fallo técnico puede convertirse en anécdota si se sonríe con suficiente seguridad.

Pero un café no.

Un café ocurre o no ocurre.

Una silla está ocupada o está vacía.

Una persona entra por la puerta o no entra.

Gabriel miró el reloj. Luego el móvil. Luego la puerta. Después volvió a mirar el reloj, como si el tiempo pudiera darle alguna pista distinta si lo vigilaba con más atención.

No quería cometer el mismo error de un año atrás. No quería llegar tarde a lo sencillo. No quería envolver la ausencia con explicaciones ni convertir una herida en un expediente. Esta vez había aprendido, o al menos eso deseaba creer, que algunas cosas solo podían hacerse bien de una manera: estando.

El ramo ya no era el centro. Ni el sobre. Ni la nota. Ni siquiera aquella pequeña estructura de detalles que había preparado con la vieja precisión de siempre. Todo eso era decorado. Un decorado cuidado, sí; una forma de decir sin invadir; una manera de recordar sin exigir.

Pero el verdadero gesto era otro.

Estar allí antes que la ausencia.

A las nueve y doce recibió la confirmación del mensajero. Entregado.

No llamó.

No escribió.

No preguntó.

Durante años había confundido amar con actuar. Con mover. Con insistir. Con buscar. Con resolver. Con fabricar escenas. Aquella mañana, en cambio, tenía que hacer algo mucho más difícil para él: dejar que la escena respirara sola.

Afuera, Valdería seguía con su vida. Los comercios abrían, los repartidores dejaban cajas en doble fila, los camareros servían desayunos y la gente hablaba de cosas pequeñas sin saber que, en algún lugar de la ciudad, un hombre estaba más nervioso por un café que por cualquiera de los actos públicos que había organizado en su vida.

A media mañana el teléfono vibró.

Gabriel no lo cogió enseguida. Lo miró como se mira una puerta cerrada justo antes de saber si alguien va a abrirla desde dentro.

No era un mensaje largo.

No era una explicación.

No era una promesa.

Solo una frase.

¿A qué hora sería ese café?

Gabriel cerró los ojos.

No sonrió al principio. Primero respiró. Como si el cuerpo necesitara comprobar que seguía allí, entero, después de tanto tiempo midiendo la vida por ausencias.

Luego abrió la libreta negra. En la última página, debajo de todo lo que había tachado y vuelto a escribir durante meses, anotó una sola línea:

3/J/26. Un año después.

No añadió nada más.

Ni Birmingham.

Ni Crufts.

Ni planes imposibles.

Solo la hora de un café que, quizá, todavía podía esperarlos.

SOBRE EL AUTOR



Iván Carbonero Mendía

Iván Carbonero Mendía es empresario, gestor comercial y autor. Con formación en Ciencias Químicas e Ingeniería Técnica Agrícola, especialidad en Hortofruticultura y Jardinería, ha desarrollado una trayectoria profesional multidisciplinar vinculada al comercio, la empresa, la comunicación, la dinamización comercial y la gestión de proyectos.

Durante más de dos décadas ha estado al frente de iniciativas empresariales en sectores como los servicios, la limpieza especializada, la jardinería, el diseño floral, la consultoría comercial y la gestión asociativa. Su actividad profesional ha estado marcada por la creatividad aplicada a la empresa, la organización de campañas, la puesta en escena de proyectos y la construcción de experiencias con identidad propia.

Su trayectoria institucional ha estado especialmente ligada al comercio. Ha formado parte del Pleno de la Cámara de Comercio e Industria de La Rioja, de la Comisión de Comercio de Cámara

de España, del Consejo Regional de Comercio del Gobierno de La Rioja y del Consejo Municipal de Comercio del Ayuntamiento de Logroño, además de participar en distintas asociaciones comerciales como presidente, secretario y gestor.

En el ámbito formativo cuenta con estudios y especialización en derecho mercantil, prevención de riesgos laborales, negociación y conflictos, gerencia y dirección, comercio urbano, fitotecnía, instalaciones de riego, instalaciones acuáticas, normativa agroalimentaria, manipulación de alimentos, enología y viticultura.

Ha desarrollado también una destacada actividad social y deportiva. Fue gerente, secretario, entrenador y presidente del C.D. Logroño F.S., entrenador nacional de fútbol sala, seleccionador universitario absoluto de La Rioja y miembro de órganos federativos deportivos. También ha participado en proyectos de voluntariado, educación, implantación del euro en centros escolares y colaboración comunitaria.

Fue distinguido con la Medalla de Oro al Mérito Civil por su colaboración social.

En el ámbito literario es autor de la trilogía *La línea delgada*, compuesta por *La línea delgada*, *La puerta roja* y *3.17*. Con *3J: El día del café perdido* explora la memoria emocional, la ausencia, los regalos que no se olvidan y las segundas oportunidades desde una narrativa íntima, visual y profundamente sentimental.

